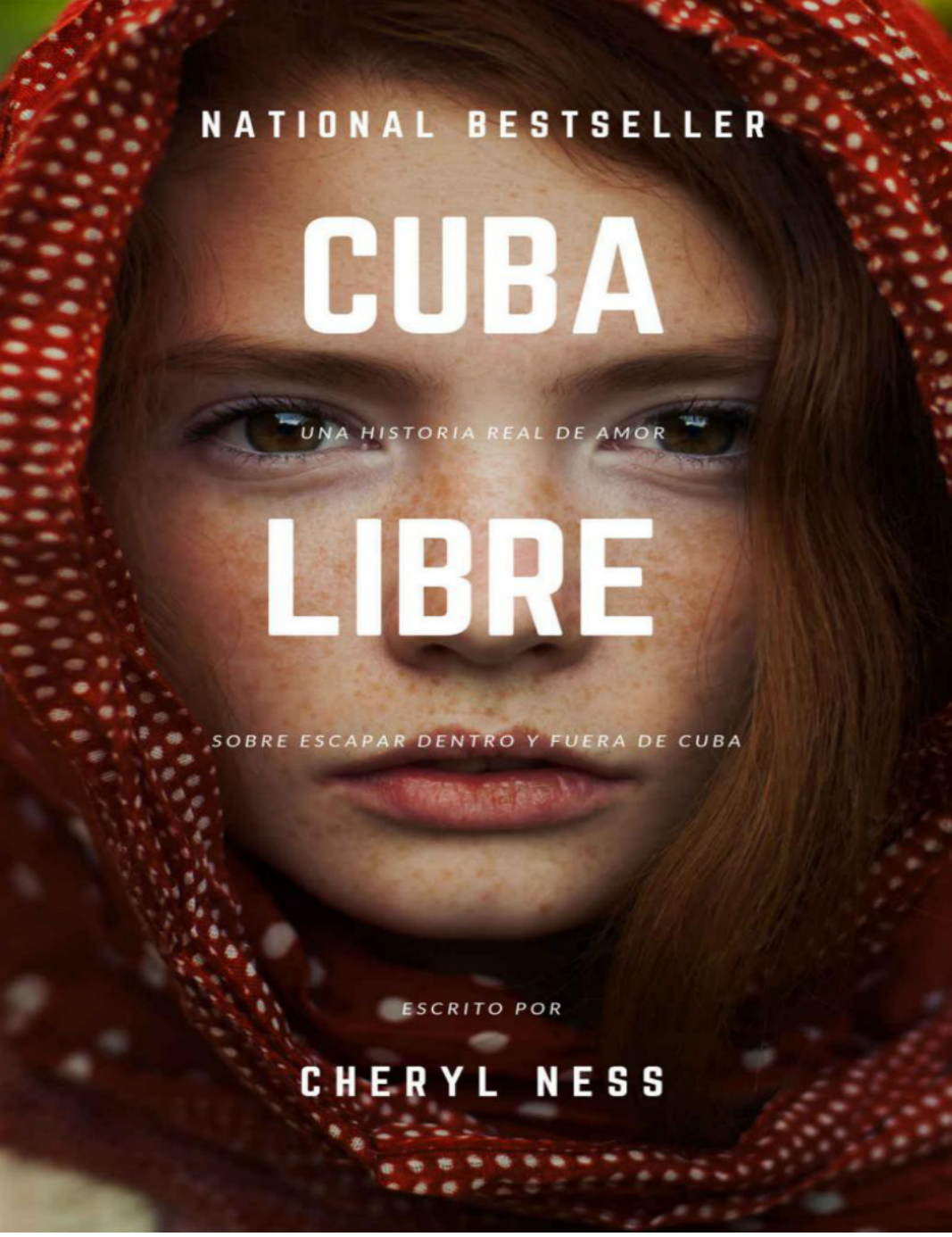
NATIONAL BESTSELLER
CUBA
UNA HISTORIA REAL DE AMOR
LIBRE
SOBRE ESCAPAR DENTRO Y FUERA DE CUBA
ESCRITO POR
CHERYL NESS

CUBA LIBRE UNA HISTORIA REAL SOBRE ESCAPAR DENTRO Y FUERA DE CUBA

Copyright © 2019 Cheryl Ness

All Rights Reserved

Contents

PREFACIO
Chapter 1: El paraíso
Chapter 2: Nuestro pasado y presente
Chapter 3: Un entorno diferente
Chapter 4: Días de Cuba
Chapter 5: Banana Bacardi
Chapter 6: Gente de Cuba
Chapter 7: Todavía aquí y completamente presente
Chapter 8: Herida
Chapter 9: Ver a Alexis de nuevo
Chapter 10: Obtención de distancia
Chapter 11: Despertar solo
Chapter 12: Sangre de Vida Cósmica
Chapter 13: Silencio secreto
Chapter 14: Bajo la Superficie
Chapter 15: Amor inesperado
Chapter 16: Un Triste Adiós
Chapter 17: La Llamada
Chapter 18: Preparativos matrimoniales
Chapter 19: Boda
Chapter 20: Despertar temprano
Chapter 21: Tesoros escondidos
Chapter 22: Viejos recuerdos
Chapter 23: El vínculo anterior
Chapter 24: Viejas cicatrices
Chapter 25: Una verdad
Chapter 26: Larga vida, largo amor
Chapter 27: Maneras comunes
Chapter 28: La carta de Alexis
Chapter 29:L'amore
Chapter 30: Medidas Desesperadas

Chapter 31: Rompiendo récords

PREFACIO

Francine y Todd, dos jóvenes estadounidenses, se van a casar, y deciden que, antes de hacerlo, realizarán un viaje a Cuba, para disfrutar sus últimos días como solteros. El viaje que prometía ser una hermosa experiencia caribeña termina siendo un torrente de sensaciones para ambos, que poseen visiones muy distintas de la isla; visiones que terminan transformando sus vidas irremediablemente, y no precisamente por la falta de belleza tropical.

Percibir el espíritu del Caribe podría considerarse como algo difícil para alguien que no es proveniente de allí, y aún más compleja siquiera la idea de escribir un libro al respecto; pero en realidad, '*Cuba Libre*' de Cheryl Ness, es un viaje de verdades tanto para quienes viven en el Caribe, como para quienes no.

Es importante saber que un turista, difícilmente va a entender la vida en un país en el que no ha sentido el pasar de los años, en el que no ha sido capaz de enfrentarse a la cotidianidad desarmado. Sin embargo, a través de sus experiencias, la protagonista llega a entender y a obtener una visión que la separa de toda esa belleza natural e idílica que posee superficialmente la isla, para, sin adentrarse en exceso en el contexto político, comprender a fondo toda la oscuridad que rodea los días de quienes viven en Cuba.

La historia se sitúa entre principios de los años 90 y mediados de los años 20, y describe con especial atención las fluctuaciones de un corazón inseguro expuesto a miles de estímulos románticos, dudas existenciales y deseos carnales.

Sin duda, la labor de investigación que hace la autora para cada una de las referencias utilizadas es admirable. Ésta, combinada con una frescura envidiable en su narrativa, deja ver una muy talentosa manera de contar su relato.

Todas las características de los personajes están puestas sobre la mesa de una forma que claramente es producto de una importante reflexión en búsqueda del mejor resultado posible, tal como un plato de comida, o un cóctel con todos los mejores ingredientes, y si hay algo que no le falta a "*Cuba Libre*" es el sabor.

Decía el filósofo alemán Friedrich Nietzsche que "lo que se hace por amor está más allá del bien y del mal". Esta es, sin duda, una historia que pone a reflexionar sobre este atrevido planteamiento… y, realmente, ¿lo está? Juzgadlo vosotros mismos a través de estas páginas.

Por '*Cuba Libre*' ¡salud!

1

El paraíso

¿Qué es lo que tiene La Habana? ¿Por qué la vida allí parece tomar otro significado? Cuba vive anclada en el realismo mágico latinoamericano; con sus calles de fachadas coloridas resplandecientes bajo la luz del sol; con sus coches antiguos que parecen haber sido diseñados con un molde que solo se podría dar aquí; esa paz que se siente en El Malecón; las viejas paredes desconchadas que no encajarían nunca en ninguna ciudad estadounidense, y, por supuesto, ese ritmo de vida que, en algunos momentos, va como el son, la guaracha, el cha cha chá o el guaguancó y, a veces, como la salsa, la conga o el danzón, invadiendo todos los rincones de la isla…

Es una cosa de la que uno se tiene que enamorar. Se sentía como una cápsula del tiempo viviente donde prevalece el romance y hay un aprecio y respeto general por el otro. Mientras que los lugares turísticos de lujo siguen apareciendo a un ritmo sin precedentes, todavía hay lugares rodeados de campos de caña de azúcar y maíz, donde los taxis tirados por caballos llevan a los compradores a sus casas cansados, y donde poseer un coche, incluso un gigante estadounidense de los años 50, está más allá de la riqueza de la mayoría de la gente.

Los agricultores, o campesinos como se les conoce, todavía usan bueyes para arar la tierra roja y los agricultores de tabaco recogen grandes hojas verdes a mano. La isla está llena de tantas plantas, animales, e incluso personas distintas, que para mí, habiendo crecido en medio de desarrollos industriales a gran escala, no sólo quería ver, sino también sentir esa tierra que Cristóbal Colón había descrito como la tierra más hermosa que los ojos humanos jamás habían visto.

Cuando llegué por primera vez a Cuba lo hice acompañado de Todd. Estábamos a punto de casarnos y decidimos vivir nuestra propia aventura caribeña. Un viaje a uno de esos paraísos tercermundistas en los que los estadounidenses somos los reyes, países dispuestos a dar todo por el todopoderoso dólar. Queríamos tomarnos unos mojitos en la playa y disfrutar de las noches de salsa. Queríamos pasear por las calles de La Habana Vieja y sentir que lo nuestro, como esas calles, era algo digno de ser eterno. Queríamos descubrirnos el uno al otro bajo el sol del Caribe. Queríamos ser fuego antes de empezar la vida que se esperaría de una pareja de toda la vida, y para la cual el matrimonio es la simple continuación de lo vivido hasta ahora.

A mí me había hablado muy bien de la Isla Bella una compañera

de trabajo que había ido a pasar allí su luna de miel, y yo tenía una ligera idea de la cultura cubana gracias a una clase que vi en la universidad. “Pero eso sí —me dijo Todd antes de comprar los billetes, “no pienso saludar a nadie alzando el puño, ni visitar ningún museo del Che Guevara.

Todd era así, como él solo. Nos habíamos conocido en la universidad, y él era el hombre que toda familia hubiese querido para casar con su hija: era atlético, inteligente, exitoso en todo lo que hacía, y su familia tenía un próspero negocio, ya de varias generaciones.

Los niños son influenciados por su entorno desde una edad temprana. ¿Y a cuántos les roban sus sueños en los primeros años? Pues, a Todd no. Todd había aprendido que había sido un niño único, un milagro al que todas las puertas le serían abiertas y que, un día, tendría la fuerza para redefinir el paraíso por sí mismo.

Esto también se reflejaba en todo lo que le rodeaba. Los demás se sentían cómodos con él; lo amaban, y él cumplía todo lo que la sociedad le exigía.

Pude encontrar mi paz interior eligiendo lo que la vida me tenía reservado… y no era Todd. Nuestra percepción era demasiado diferente, así como nuestro lugar en la sociedad.

Sí, mi vida estaba llena de sorpresas para mí como lo estaba para cualquier ser humano; con la única diferencia de que yo sabía cómo vivir.

Para mí, Todd era un deseo vago. Mis amigos me dijeron que nunca podría conseguir un tipo tan bueno, pero la verdad no sé si eran realmente mis amigos, porque traté de estar a la altura de este ideal… y me resigné.

Nuestro pasado y presente

Todd podría haber tenido a cualquiera, incluyendo a Angelina Jolie, y estaba acostumbrado a que todos quisieran algo de él. Tenía un porte espectacular y rebosaba de confianza en sí mismo, como a casi todos los novatos de mi gimnasio les hubiera gustado lucir.

No se había dado cuenta, a pesar de todo el tiempo que había pasado. Pensé: 'Un tipo con tantas virtudes no tiene por qué ser tímido… y mucho menos con esos ojos verdes...'. Él y yo vamos a estar muy bien juntos.

Justo acabábamos de despedirnos después de una celebración, cuando nos pusimos frente a mi casa; él me había traído como de costumbre, pero algo era diferente. De repente lo pude ver en sus ojos, era como si lo hubiese entendido todo en una sola mirada.

Comenzamos a salir al poco tiempo de conocernos. Es cierto que Todd en algunos momentos puede parecer un hombre malhumorado, pero es porque trabaja muchas horas y tiene que atender con amabilidad a un sinfín de clientes a lo largo del día. Cuando llega a la casa, tristemente ya no le queda nada de esa amabilidad derrochada.

Cuando Todd volvía a la casa del trabajo, a menudo estaba de mal humor, quejándose de que no tenía tiempo, de las cosas que tenía que hacer, de cómo era el lugar, y pare usted de contar. Estaba cansado, molesto y sólo quería descansar. Nada de risas, nada de charlas graciosas. Por lo general, esto duraba toda la noche hasta que... o alguien venía o sonaba el teléfono. Era como si todo se le olvidara, había risas de nuevo y el buen humor se extendía.

Su humor era como un columpio. Desafortunadamente, se devolvía tan rápido que nunca sabía si el columpio estaba arriba o abajo.

Si el dolor tiene un color, entonces, fue esta mezcla de azul brillante y rojo bermellón; esa que bajó por mis mejillas. Todavía puedo sentir cómo corrían los torrentes de lágrimas, los restos de rímel pecaminoso y delineador, para cuya aplicación tuve que completar media formación como esteticista a través de semanas de auto-estudio en revistas femeninas y canales de Youtube.

Quería verme bien en esta fiesta, en la boda de mi mejor amigo. Y en realidad todas las señales indicaban que sería un día maravilloso, hasta ese fatídico momento en que Todd dejó que su mal humor se desatara.

Como tantas veces, no había sido su día. Mientras se aparcaba

frente al sitio de la boda, golpeó la matrícula de la madre de la novia; en la recepción, el camarero le echó zumo de naranja en la camisa; y hasta se resbaló sobre las flores de los niños frente a la capilla. En realidad, no pensé que fuera tan terrible todo, pero para él, era una prueba más de que el destino estaba en su contra… y lo está, de todos modos. Al final, a pesar de su miseria, había decidido divertirme; eso le demostró que nunca iba a poder contar con mi solidaridad.

Puede ser, como a menudo se escucha, que uno puede comportarse con su pareja de la manera en que se siente. Yo no lo veo de esa manera. Si estoy de mal humor, no importa quién llama o quién está allí. En cierto modo podía sentir empatía con Todd, aunque él estuviese de mal humor, pero lo que no pude soportar fue que con demasiada frecuencia buscaba ocasiones para instalarse cabizbajo en la barra. Esa vez me dijo que con mi vestido me veía mayor que su prima de 37 años, cuando apenas podía contener las lágrimas en el inodoro. Cuando algo así sucedía, siempre miraba las pinceladas de pintura bajo mis ojos y regularmente juraba que esta era la última vez que me haría tanto daño.

Pero la verdad es que no fue así.

En el momento en el que decidimos aprovechar las vacaciones de verano para hacer nuestro viaje a Cuba, Todd y yo acabábamos de comprometernos. Cuba iba a ser el destino perfecto para unas vacaciones románticas en las que se afianzase nuestro amor, que, en poco tiempo, juraríamos eterno. Yo no creía que podrían surgir diferencias entre nosotros, ¿por qué sucedería? Casi siete años habíamos pasado juntos y yo creía conocerlo… y conocerme.

Un entorno diferente

Al llegar al aeropuerto *José Martí*, me sentí embriagada por el olor de la isla y una brisa de aire caliente golpeó mi rostro. Hacía calor. A Todd no le gustó tanto. Lo primero que me dijo al bajar del avión fue que no perdiese ni un momento de vista mi equipaje y que esperaba que el hotel tuviese aire acondicionado. A mí no me importaba tanto.

Tomamos un taxi para acercarnos hasta nuestro hotel. El taxista hablaba inglés con un fuerte acento y estuvo conversando con Todd sobre la importancia que tenía el béisbol en la isla. Yo no les prestaba mucha atención; estaba entretenida mirando por la ventanilla del coche las maravillas que aquella ciudad tan distinta a la que yo estaba acostumbrada podía ofrecerme. Las fachadas coloridas de las casas, la ropa tendida entre balcones en ruinas, y los vendedores ambulantes que asaban papas y yuca. Sí, en ese viaje en taxi pude sentir que Cuba, desde el primer momento, me había enamorado.

Nuestro hotel se encontraba en plena Habana Vieja. Yo había preferido alquilar una habitación en un hotel de no mucha categoría, con la idea de poder vivir una realidad muy diferente a esa a la que estaba habituada, y poder entrar en contacto con la gente de Cuba. Pero a Todd no le gustó tanto mi idea. Para él, hospedarnos en una habitación en un hotel cinco estrellas era una condición indispensable para poder venir a Cuba. Pensé que no importaba concederle eso. Al fin y al cabo, iría a Cuba; y esa experiencia nada, ni nadie me la iba a quitar.

Al llegar al hotel, un botones pulcramente vestido se hizo cargo de nuestras maletas. Subimos a la habitación tras pasar por recepción y cruzar un elegante recibidor estilo colonial. La habitación era enorme; espaciosa y con ropa de cama de un blanco tan prístino como el que imaginarías que solo se encuentra en el paraíso. Y, por supuesto, había un minibar y aire acondicionado.

Deshice mi maleta y me di una ducha rápida. Cuando terminé de vestirme con ropa cómoda con la que poder pasear y salí del baño, me encontré a Todd tumbado sobre la cama y con la maleta sin deshacer. Estaba frente al televisor, cambiando y cambiando de canal. “¡No te lo vas a creer, Francine! ¡Desde aquí puedo ver más canales americanos que desde nuestra casa! Al final, va a ser que Cuba no está tan mal”. Él rió y yo reí también, pero sobre todo, porque, desde que dejamos nuestra casa para irnos de vacaciones, de los labios de Todd, no había salido ni una sola palabra agradable.

Lo apuré para dar un paseo, pero él no parecía tener muchas ganas de hacerlo. Finalmente accedí a bajar a cenar al hotel, que era lo que Todd quería. Me sentía un poco tonta cambiándome de ropa otra vez. Me puse un vestido de algodón, unos tacones y me maquillé modestamente. Cuando terminé de prepararme, Todd seguía igual. No se había movido de la cama ni se planteaba darse una ducha siquiera. Parecía estar muy interesado en un debate sobre una propuesta del senado. Esperé resignada a que se incorporase. Lo hizo con una sonrisa de niño travieso que consiguió ablandarme de inmediato. Me rodeó con sus brazos y me dio un fuerte beso en la mejilla. —Hoy estoy agotado, amor. Habrá días para explorar juntos este paraíso comunista. —Me hizo reír, y lo besé con fuerza. Él me atrajo hacia su cuerpo… y terminé necesitando una nueva ducha. Esta vez Todd sí que me acompañó.

Se acercó, me sonrió y me quitó la bufanda. Pasó su cara contra mi cuello, y pude sentir su barba rascándose contra mi piel. Inclinándome hacia atrás en sus brazos, me dio besos castos en el hombro y en el cuello mientras subía sus manos por mis brazos y los presionaba suavemente, casi sin fuerza. Cuando se detuvo, me volteé para verlo. Sus ojos estaban desolados, completamente vacíos, mientras miraban más allá de mí hacia el cuadro con la imagen del mar en la pared. Pregunté con algo de miedo: —Todd, ¿está todo bien? —Cuando me miró, no estaba segura si estaba triste o si tenía otros pensamientos. Se estremeció cuando puse mi mano en su brazo. Tenía la misma mirada que tenía la última vez que en la boda, y, tal como en ese entonces, no estaba segura de cómo proceder. No quería presionarlo para que me hablara, pero quería saber qué tenía en mente. Me estaba causando dolor. Trataba de consolarlo frotando su rostro. Nuestras miradas se cruzaron y vi sus ojos brillar. Me incliné y le di un suave beso en los labios.

—Oye, estoy bien. Sólo soñando despierto y perdido en los pensamientos —me respondió finalmente. Odiaba verlo así, sin saber qué era lo que realmente estaba pasando. Por alguna razón, el dolor de Todd se sintió como si fuera mío, incluso peor, y eso me asustaba mucho. No quería decírmelo.

Me dio una sonrisa brillante y puso sus labios contra los míos. Sentí su lengua tocar la comisura de mis labios, pidiendo entrar; le di acceso y nuestras lenguas se rozaron entre sí. Me besó lenta y tiernamente, sin apresurar el beso. Se sintió dulce y casi tímido; mis manos deambulaban por su pecho y alrededor de su cuello mientras sus dedos se enredaban suavemente en mi cabello. Nuestro beso se mantuvo suave, como si estuviera vertiendo emoción en mí. El dolor, la pena, la tristeza y el sentimiento de pérdida de los últimos días brotaban. Lo que antes nos llevaría al sexo, ya carecía de pasión…

Después de eso, nos dormimos… No bajamos a cenar.

Días de Cuba

Al día siguiente me despertó un potente rayo de sol que se colaba entre las cortinas como si pretendiese anunciar la venida de algún profeta. Me estiré en la cama y abracé a Todd, haciéndole caricias para despertarle. Su respuesta fue automática y me dejó en el lugar de una molesta mosca. Entre sueños trataba de liberarse de mi abrazo. Por lo que no insistí y me aparté. Me levanté de un salto, dispuesta a no permitir que el perezoso estilo de vida de mi prometido fuese a arruinarme esa preciosa mañana. Me lavé la cara, me vestí y sin molestarme demasiado en ponerme guapa, bajé a desayunar.

El restaurante, que la noche anterior no habíamos podido visitar, era bellísimo; como todo en el barrio de la Habana Vieja, era de estilo colonial, con techos altos, columnas corintias y suelos lisos de mármol. De fondo continuamente sonaba una música animada que te invitaba a abandonar los huevos revueltos y a unirte a una marchosa conga. Como no podía ser de otra manera, estaba repleto de turistas; en su mayoría americanos, o europeos.

El desayuno que me esperaba era demasiado cuantioso. Llamé a un camarero para indicarle que se debían haber equivocado y aprovechar la ocasión para practicar mi español. El camarero me explicó que no había error alguno, que en Cuba se desayunaba así. Al preguntarle cómo era esto posible me dijo con una sonrisa amigable "en Cuba acostumbramos a comer todo lo que podemos cuando podemos" y se alejó a atender la llamada de otra mesa. Yo, por mi parte, me sumergí en la tarea de probar todo lo posible del desayuno. Todo era sencillo y cargado de calorías. Algo ideal para mí, que planeaba pasar el día paseando. Me gustó, sobre todo, una especie de pan frito al que llaman *torrejas.* Tras una media hora de comer de todo un poco, apareció Todd, y se sentó junto a mí, todavía soñoliento; miró el desayuno con cara de no comprender muy bien lo que pasaba. Me dijo que con lo que le habían cobrado, esperaba un desayuno de verdad, no esa mediocre comida cubana. Le rogué para que no molestase al camarero y acabó tomando un zumo, un café y a regañadientes un pedazo de fruta.

Después de desayunar, subimos a cambiarnos a la habitación. Yo estaba tan nerviosa por recorrer esas calles que había visto desde la ventanilla del taxi, que, tan solo en cinco minutos, ya estaba lista para salir por la puerta. Todd se lo tomó con calma, e hizo todavía un par de llamadas para asegurarse de que todo estaba bien en el bufete.

“Llevan un día sin ti, Todd. No creo que haya ocurrido nada extraordinario. Relájate, estamos de vacaciones —le dije un poco enfadada, y pareció surtir efecto, porque inmediatamente Todd desconectó el teléfono y no tardamos en marcharnos.

Nuestro hotel se encontraba cerca de la Plaza de la Catedral, por lo que ésta fue nuestra primera visita. Por el camino, Todd caminaba con una mano sobre mi hombro y otra en el bolsillo de sus pantalones, sujetando su billetera. Miraba a todo el mundo con desconfianza y tan solo se detenía cuando no había nadie cerca para tomar algunas fotografías con su smartphone de última generación. Por mi parte, me sentía como una niña pequeña que empezaba a caminar y a descubrir el mundo. Miraba de un lado a otro, arriba y abajo, y siempre trataba de zafarme del abrazo de Todd para acercarme corriendo a ver lo que se exhibía en los puestecitos callejeros. El pueblo cubano es muy hospitalario, enseguida la gente te invita a que te sientes junto a ellos, te preguntan de dónde vienes e intentan charlar contigo para practicar algo de inglés. Hablan de todo menos de política, cosa que agradezco, porque yo de política no sé nada.

La Catedral era algo digno de ver. Un estilo barroco que nunca había visto y que no podía menos que encantarme. Toda la plaza era un ejemplo arquitectónico del barroco cubano. Repleta de palacios que debieron pertenecer a viejos nobles y gobernadores de la isla, ahora reconvertidos para darles distintos usos: restaurantes, labores administrativas o incluso una escuela de artes gráficas a cuya puerta los alumnos tratan de vender sus obras a los turistas que pasean.

Recorrimos una larga calle empedrada hasta dar con la *Bodeguita del Medio*, una taberna icónica de visita obligatoria para los turistas, por la que en sus tiempos pasaron personalidades insignes de todo tipo, incluyendo al mismísimo Ernest Hemingway. Tomamos dos zumos de fruta tropical y firmamos en las paredes, como era costumbre de los visitantes del lugar, estampando nuestros nombres y la fecha de nuestra visita. Todd pareció entusiasmarse cuando le tomé una foto junto a la estatua del escritor en la barra. —Francine, estoy seguro de que este tipo y yo nos hubiésemos llevado bien, porque nos gustan las mismas cosas: el whisky, las armas y las mujeres. —Todd rió, pero a mí no me hizo ninguna gracia que dijera eso de que a él le gustaban tanto las mujeres, pues estaba prometido solo con una.

Después, volvimos sobre nuestros pasos y cruzamos la Plaza de la Catedral para conocer el Castillo de la Real Fuerza, una antigua estructura arquitectónica que, en el pasado, había servido a los españoles para defender la ciudad de los asedios. De ahí bajamos paseando por el Malecón, disfrutando de la preciosa vista de la bahía que quedaba a nuestra derecha. Cualquier persona que haya estado en La Habana tendrá un delicioso recuerdo del Malecón, pues, más que

un paseo, es un lugar de encuentro para los cubanos, donde se baila, se fuma, se bebe y se canta esperando el amanecer.

Las aguas vistas desde allí eran de un precioso azul añil, reflejo de los cielos abiertos, y las barquitas que navegaban en la bahía se apreciaban desde allí, como coloridas hormigas que realizaban sus tareas afanosamente, aderezadas con el tranquilo ritmo de vida cubano.

Seguimos caminando hasta el Castillo de San Salvador de la Punta, lugar dónde la bahía se encontraba con el mar y desde el que, mirando hacia la ciudad, se aprecian las diferencias de la Habana Vieja por la que había paseado, y los nuevos enormes edificios, algunos en construcción, de la Habana moderna. El castillo conservaba viejas piezas de artillería y algunos viejos barriles que ya no contenían rastro alguno de pólvora. Me llamó la atención encontrarme con muchos pescadores a lo largo de la bahía. No se me ocurren muchos quehaceres que requieran de más calma y paciencia que la pesca, reflejo del modo de vida cubano.

En contraste, Todd miraba su reloj de pulsera repetidamente. No tardó en decirme que deseaba sentarse a comer. Tras una larga y ardua negociación, lo convencí de seguir paseando un rato más por el Malecón. Para mí, era toda una experiencia el pasear con esos bellos edificios antiguos a mi izquierda y el mar en calma a la derecha; sentir la suave brisa marina refrescar mi piel, ayudándome a soportar el calor caribeño sofocante, como si la isla tuviese una preciosa conexión de todos sus elementos, con la única intención de hacer que vivir ahí fuese algo realmente bello.

Después de ese maravilloso instante que me hizo recobrar la fe en la belleza del mundo, Todd volvió a arremeter con sus quejas. Quería comer algo y quería hacerlo de inmediato. Volvimos sobre nuestros pasos hacia la zona turística, que era el único lugar en el que podríamos encontrar algo que estuviese al gusto de Todd, pues desde la mañana ya me había dejado bien claro que los exóticos sabores de la isla no eran de su agrado… en lo más mínimo. Nos sentamos en una terraza y se pidió un filete y una sopa de guisantes. Yo tomé un delicioso pollo al limón, que es un tradicional plato cubano que me encantó. Y aprovechando que él no tenía ánimo de caminar tras llenarse la barriga, pedí unos mojitos como postre, esperando cambiar el ánimo de mi prometido a base de alcohol.

Y puedo dar fe de que funcionó. Al primer trago, le sucedió un segundo y luego un tercero. Todd pronto estaba de un humor increíble, de lo más locuaz, bromista y cariñoso. Desde luego que a ese Todd es al que quería amar durante toda mi vida; bromeaba con los camareros y hacía gala de un español lamentable mezclado con su estado de ebriedad que hacían de él un personaje de lo más divertido

y pintoresco. Ya no era el Todd amargo y quejumbroso, incluso se ofreció para sacarme a bailar. —¿A bailar, Todd? —le pregunté yo sorprendida— ¡si a ti nunca te ha gustado bailar!

—Pero es que ahora estamos en Cuba —me respondió en su pésimo español— y Cuba me hace sentir diferente.

Dicho esto, miró su reloj y acto seguido derramó el mojito encima de sus pantalones. Entre risas decidimos que ya era suficiente alcohol y pagamos la cuenta. Todd dejó una suculenta propina que, de haber estado sobrio, estoy segura de que no habría sido ni la décima parte. Le cogí fuerte la mano y caminamos juntos de regreso a nuestro hotel. Poco a poco el sol descendía y yo me sentía feliz como nunca.

Ya en la habitación del hotel tratamos, ahora sí, de tener sexo, pero el mojito era un *hándicap* demasiado fuerte para nuestro deseo, y acabamos con los cuerpos enredados sobre las blancas sábanas.

Todo salió mal; en su frustración y su borrachera, Todd quería fumar en la habitación, pero yo no quería que lo hiciese.

—¿Qué quieres que haga, Francine?

—Que me escuches cuando te digo las cosas, Todd, y que sepas que estamos comprometidos, tú y yo. La relación es de dos.

—No me interesa saber nada de esto, Francine. Siempre tienes que estar discutiéndolo todo. ¿Por qué todo tiene que ser como tú lo quieres? Todo tiene que ser una…

Se calló por un segundo, antes de decir algo verdaderamente hiriente y decidió que quería dar un paseo por la playa para fumar y calmarse. No le contradije, y se fue de la habitación. Sentí como mis mejillas se llenaban de nuevo del color del dolor, vi al techo, y sentí como esa mezcla de azul y rojo de mi maquillaje se convertía en el mar y el cielo de un atardecer. Estando sumergida en ese profundo azul, miré de cerca, examinando a un pez disco, y como si fuese una célula haciendo mitosis, de él salió otro idéntico; me pregunté de dónde podría haber salido, y dándome cuenta de que no podía respirar bajo el agua, supe que debía estar soñando. Miré alrededor y había otras personas en este sueño conmigo. Tenía un marido, un hijo y un perro. Antes de mirar a los peces, yo había seguido adelante, viviendo mi vida diaria de una manera mundana. Lo último que recordaba era alimentar al perro y besar a mi hijo en la cabeza, mientras jugaba en el suelo de la cocina.

Cuando eso sucedió, empecé a dudar de mi propia percepción y perdí mi conciencia al volver a caer en un estado de sueño normal. Antes de despertar, recuerdo haber mirado mis manos y haber notado que estaban cubiertas de ese mismo color del dolor.

Decidí quitarme el maquillaje y me levanté. Al retirarme, me di cuenta de que había pasado algún tiempo y decidí buscar a Todd, a quien esperaba que estuviera bebiendo en la playa.

Caminé y pasé por muchos clubes de playa, sin embargo, no pude encontrarlo. Como estaba muy oscuro y no había gente en la calle, me di por vencida y volví sola al hotel. De inmediato me quedé dormida, buscando pasar la borrachera.

5

Banana Bacardi

Por la mañana desperté oyendo a Todd vomitar en el cuarto de baño. Me retumbaba la cabeza. Intenté ponerme en pie y me sobrevinieron los mareos. Llamé a la puerta y, con una voz muy débil, Todd me pidió que no entrase, no deseaba que su prometida le viese en ese estado lamentable. Al cabo de una hora, salió, sudoroso y con el rostro pálido.

—Creo que me sentará bien un poco de fruta de desayuno —musitó.

Dicho esto su cara se volvió todavía más amarilla y corrió de nuevo a encerrarse en el cuarto de baño. Al cabo de un rato, volvió a salir, esta vez sin entonar palabra, igual de sudoroso que antes y se tumbó en la cama boca arriba, poniendo las palmas de las manos sobre su abdomen. Respiraba fuertemente.

—Todd, ¿estás bien? Puedo pedir al hotel que llamen a un médico…

No hubo respuesta.

—Todd…

—No. Cállate. Y haz el favor de apagar esa luz.

Obedecí, molesta por las maneras que tenía a veces Todd de decir las cosas. Y me senté a su lado, cogiéndole del brazo para que no olvidase que yo estaba allí con él. Me retiró la mano.

—Márchate, Francine. Me das calor.

—¿A dónde quieres que me vaya? No pienso dejarte aquí de esta manera…

—¡Que te marches! Yo que sé a dónde. ¡Algún lugar te quedará por recorrer de esta isla tercermundista! Yo hoy no pienso levantarme de la cama, así que vete.

Me puse algo de ropa cómoda y salí de la habitación cuanto antes dando un consciente portazo. No comprendía como Todd podía haber estado ayer tan dulce, y ahora se comportaba como un verdadero idiota. Todos teníamos malas resacas, pero de nada servía pagarlas con los demás. Estaba tan enfadada, que no respondí al botones que me abrió la puerta del restaurante deseándome los buenos días.

Pedí un zumo de guaraná, unos huevos pasados por agua y, ¿cómo no? unas torrejas. Pregunté al camarero si podría conseguirme un ejemplar de la prensa local. No tardó en traerme varios de ellos con una amplia sonrisa puesta. Me maravillaba la actitud frente a su trabajo del joven cubano. Parecía estar más que agradecido de poder

desempeñar ese empleo, que normalmente suele ser tan poco agradecido, y que tiende a ir cargado de altas dosis de frustración y mal humor. Le di una propina y me puse a ojear los distintos ejemplares. Buscaba algún acontecimiento interesante al que poder asistir -con o sin Todd- a la vez que intentaba poner a prueba mi español. Me sentí cuanto menos realizada al comprobar que prácticamente comprendía la totalidad del contenido de los distintos periódicos y de toda la oferta cultural. Me sentí muy tentada de ir al Gran Teatro a ver una obra de ballet.

Imaginé que no iba a ser la idea que más atrajese a Todd, pero ¿qué diablos? Si él no quería venir conmigo, iría sola. Además, era para esa misma noche. Por un momento pensé que, con un poco de suerte, Todd no se habría recuperado y podría ir totalmente sola sin preocuparme por él. Pero, luego me sentí fatal por tener ese tipo de pensamientos rondando mi cabeza. Lo que haría, sería convencerle para que me acompañase. Reemplacé en mi cabeza la fantasía de ir sola por la de ir acompañado de Todd, al que tan bien le sentaba cualquier traje elegante; pero es que, era innegable… tenía una percha magnífica.

Decidí dejar a Todd en el hotel recuperándose y pasar el día visitando La Habana cultural. Me dijo que esperaba estar recuperado para la hora del ballet y que me esperaría listo para salir. Eso estaba por verse.

Comenzando mi aventura, me conseguí con el edificio Bacardí, que me pillaba de camino y, claro está, era una de las visitas obligadas.

El edificio me provocó tanto admiración por su belleza, como cierta repugnancia. A pesar de la evidente hermosura arquitectónica del edificio, la cual me maravillaba; me inspiraba, a la vez, un sentimiento sórdido por el contexto de su construcción. Representaba todo el espíritu de la Cuba de Batista, una Cuba al servicio de los norteamericanos, que habían convertido esta ciudad en su parque de recreo. La historia es la que es, y no voy a negarla, ni a decir que esa repugnancia de la que hablo es totalmente peyorativa. Realmente no deja de tener ese componente mórbido que hace querer mirar cuando sabes que algo no te va a gustar, como en las películas de terror. Pero tampoco es que me provocase *el síndrome de Stendhal,* transportándome o sintiéndome como parte de ese pasado; así que no tardé mucho en decidir seguir con mi camino hacia la ruta museística de La Habana.

No voy a negarlo. Mis expectativas en cuanto a la calidad museística de la ciudad no eran muy altas, y creo que esa es la mejor fórmula para lograr que algo te sorprenda. El arte que albergan los museos de bellas artes cubanos sí que me produjo una suerte de

catarsis. Encontré desde arte de las antiguas Grecia y Roma, pasando por toda la historia del arte europeo, a arte norteamericano y americano en general. Todo resultaba tan fuera de lugar, y a su vez, tan en sintonía con su entorno que me sentía parte del mismo arte.

Cuando terminé mi ruta de museos me sentía tan eufórica que hice caso omiso al dolor de pies que me atenazaba hacía ya un buen rato, y decidí pasear un poco más en busca de lo que la calle me pudiese ofrecer. Caminé durante un par de horas más por la Habana Vieja, hasta que la decoración de una pequeña taberna me hizo sentirme tentada a entrar; y así lo hice.

La taberna era pequeña, apenas había espacio para tres mesas y sus correspondientes sillas. Sonaba salsa en el equipo de música y el camarero era un viejo cubano negro que servía a sus pocos parroquianos con una calma que habría sido inaceptable en cualquier local de copas en Estados Unidos. Me acerqué a la barra y esperé paciente a que el señor terminase de charlar con el último cliente que había atendido. Se acercó a mí y me saludó con una sonrisa jovial preguntándome qué se me ofrecía. Pedí una cerveza y le di un largo trago. El camarero hizo un gesto de calma. “Ustedes los americanos siempre hacen todo con ansiedad. Beba despacio, señorita.

No pude menos que darle la razón y dejé mi cerveza reposando sobre la barra del bar. El camarero me mostró una sonrisa en la que pude apreciar que faltaban algunos dientes, sin que eso le quitara encanto en lo más mínimo. Con el cambio de ritmo musical, una pareja que estaba sentada en una silla salió a bailar en el poco espacio que había libre. Los parroquianos hicieron todo el sitio que pudieron y contemplaban sonrientes el baile, mientras, aplaudían al ritmo del compás de la canción. El modo de bailar de la joven pareja me fascinaba. Se movían con gracilidad y elegancia, pero sin por ello dejar de imprimir una pasión y fuerza increíbles a sus movimientos. Eran la viva imagen del equilibrio, del poder, de la juventud cubana. Al ver que no quitaba el ojo de la pareja, el camarero me dijo “esos dos llevan bailando juntos desde chiquitos. Lo hacían en la calle para ganarse la vida. Ahora son profesionales, imagínese usted. Y aunque no lo necesitan para ganarse la vida, siempre que vienen por aquí, bailan. Se les nota cuánto les gusta hacerlo”. Desde luego que les tenía que gustar. Acabé mi cerveza y pedí otra. No me molestó ni un poco que ese “enseguida, señorita” fuese el más largo de mi vida. Disfrutaba viendo bailar a la pareja y empezaba a sentir que comprendía la esencia de ser cubano. El tiempo no importaba ni un poco, aunque sonase salsa, vivían a un ritmo mucho más suave, mientras disfrutaban de la vida.

A mi tercera cerveza, ya habían dejado de bailar. Me uní al largo aplauso de los pocos presentes y volví a centrar mi atención en mi

cerveza. Tras dos tragos un hombre al que apenas había prestado atención, se acercó a mí. Debía pasar de treinta por ese plateado en su rizado cabello moreno. Vestía de blanco y parecía estar en buena forma. Podría decirse que era un hombre atractivo. —No quisiera importunarla, señorita. —Me hablaba en un inglés casi perfecto—. Solo quería gastar un poco de mi saliva para decir algo obvio acerca de su belleza. —Me quedé mirándole con una mueca de desagrado en la cara.

Me sonrió y se apartó de la barra ligeramente. Pidió varios chupitos de tequila y se sentó en una mesa. Por alguna razón me habría gustado que insistiese un poco más. Claro que no quería hacer nada con él. Todd para mí era lo primero y ni se me pasaba por la cabeza involucrarme en una aventura con otro hombre…pero, algo dentro de mí, parecía ansioso por gustar. Terminé mi cerveza y pedí una última, pendiente del galán cubano. No me había vuelto a mirar, simplemente charlaba con otros parroquianos alegremente.

La pareja de bailarines se había sentado en la misma mesa y brindaban con él. Se formó un pequeño ecosistema alrededor de la mesita del que yo me sentía excluida, y, puesto que había venido a la isla con un fuerte afán de inmersión cultural, no era esta una situación en la que quisiera estar. Me armé de valor, cogí mi cerveza tras darle un trago y me acerqué a la mesa. Saludé y todos me devolvieron el saludo amablemente. El hombre que se me había acercado se levantó para cederme su asiento. Traté de negarme, pero él insistió, así como el resto. Entre avergonzada por la atención y envalentonada por el éxito de mi iniciativa, me uní al grupo y pedí otra ronda de tequila.

Pasé unas cuantas horas charlando con el grupo. Alejandro y Tamara, como se llamaban los bailarines, eran de lo más dicharacheros y sin duda que el baile era su vida. Por lo que me contaron, distaban mucho de vivir sobradamente gracias a su arte, pero no les importaba. En La Habana contaban con el respeto de la gente por la profesión que ejercían y eso les bastaba. Y ese hombre que se me había acercado, se llamaba Alexis y era cirujano. Pude notar también que era uno bastante respetado por el modo en que le trataban los demás. También estaba Pedro, un pescador. Mary, camarera de un restaurante de La Habana Vieja… y unos cuantos más que ya no soy capaz de recordar por la cantidad de alcohol ingerido en aquel momento tan agradable.

Cada tanto, pude ver cómo Alejandro, con una cara pícara, le susurraba cosas al oído a Tamara, y ella reía y le besaba muy apasionadamente. Traté de ignorarlo, pero no podía engañarme, sentí celos, de alguna forma de cómo ellos parecían ser tan felices, tanto en público, como en su intimidad.

Charlamos animadamente hasta bien entrada la madrugada. Para

el momento en que el camarero decidió echarnos, ya tan solo quedábamos Alejandro, Tamara, Alexis y yo. El hombre nos amenazó con su cepillo, bromeando, aunque buscando ser tomado en serio, e incluso golpeó en la cabeza a Alexis, quien riendo dio un rápido salto y, seguido por todos los demás, abandonó la taberna.

Ya fuera de la taberna, nos despedimos todos con el deseo de volver a encontrarnos en algún momento. Alexis se ofreció para acompañarme, y aunque no creo que tuviese ningún tipo de mala intención, me sentía plenamente capaz de regresar sola y, la verdad es que yo soy una mujer de mi tiempo. Le agradecí el ofrecimiento y me marché sola en la dirección contraria a la de mi hotel. Alexis me lo hizo notar entre risas, me volteé y me despedí de nuevo del grupo para seguir mi camino hacia el hotel.

Cuando llegué a la habitación, una parte de mí fantaseaba con que allí estaría Alexis esperándome. Me sacudí ese pensamiento de la cabeza, y, de cualquier modo, ya todos sabíais qué me esperaba… todos excepto yo. Me encontré a Todd dormido sobre la cama, sin siquiera una manta sobre su cuerpo, encendí la luz y lo pude ver claramente. Me sobrevino un pequeño ataque de pánico que tuve que contener a fin de no despertarle, cuando lo vi vestido con un esmoquin. ¡Me había estado divirtiendo tanto que olvidé por completo el ballet! Saqué el teléfono móvil de mi bolso y pude ver la larga lista de llamadas perdidas. Desde que llegué a la isla no había revisado el teléfono, bastante decidida a prescindir de él, con la intención de disfrutar. Tremendo error. Me había inmerso tanto en La Habana que me olvidé de mi cita con mi prometido.

Quería soñar que éramos Tamara y Alejandro, pero seguro que ellos no sentían esa mezcla de colores en las mejillas cada noche antes de acostarse… Borracha como estaba, sin desvestirme, me tumbé junto a él y le abracé con fuerza hasta quedarme dormida.

Gente de Cuba

Cuando desperté al día siguiente solo me acompañaba una resaca terrible. En mi cabeza se cruzaban los recuerdos de la divertida noche anterior con el temor a las consecuencias y el enfado de Todd.

Tenía la boca seca, estaba deshidratada, cubierta en sudor y me dolía horrores la cabeza. Me levanté con mucho esfuerzo, llamando a Todd, pero no recibí respuesta. Fui al baño, bebí al menos un litro de agua y me di una larga ducha. Tras la ducha, me vestí lentamente y bajé al bar del hotel. Se había pasado la hora del desayuno.

Todd estaba sentado solo en una mesa, tomando un café con cara de pocos amigos. Me acerqué, le di un beso en la mejilla y me senté frente a él.

—Lo siento —dije con una leve sonrisa nerviosa, pero no hubo respuesta de su parte. Mantenía la mirada fija en el ventanal del bar, evitando cruzarla con la mía. Pedí un café y el camarero me lo trajo junto con la cuenta. No había bajado con mi bolso, por lo que tuve que pedirle a Todd que lo pagase. Sacó un billete de su cartera de mala gana y pagó sin dirigirme la palabra. Tomamos el café en silencio y cuando él terminó el suyo y se levantó de la mesa, yo hice lo mismo, a pesar de no haber terminado el mío, y le seguí hasta el ascensor.

Una vez dentro le abracé con fuerza y le expliqué lo sucedido. Se dignó a hablarme para decir que 'no importaba' y no volvió a abrir la boca en lo que quedaba de mañana, la cual pasé tumbada en la cama de la habitación mientras Todd trabajaba en su ordenador portátil. Esta era una respuesta habitual en él. Siempre que algo no le gustaba lo ignoraba todo lo posible y se centraba en otras cosas, generalmente en el trabajo. Era algo que yo odiaba. Sentía que me castigaba negándome su atención y me hacía sentir realmente culpable. Tras disculparme por duodécima vez y no hallar más respuesta que su clásico 'no importa' decidí que iría a dar otro paseo. Estaba decidida a no arruinar mis vacaciones paradisiacas. Le pregunté a Todd si deseaba acompañarme a lo que respondió que: —tenía trabajo que hacer. —Resoplé con fuerza para que me escuchase y salí de la habitación dando un sonoro portazo.

Caminé desde el hotel al Malecón. Me encantaba sentir la brisa del océano en mi rostro. Me daba un poco de frescura en ese día que había amanecido tan seco. Cada tanto me sentaba a contemplar la bahía y todo lo que hacía vida en ella. No entendía por qué Todd no

podía fluir como fluían las cosas en Cuba. Todo parecía encajar y, de no hacerlo, no parecía importar. Claro que no le quitaba razones a su enfado, pero me habría gustado que me pudiese entender.

De hecho, me hubiese gustado que Todd hubiese disfrutado bebiendo conmigo y se hubiese perdido del ballet conmigo allí y no solo en la habitación. Que hubiese visto bailar a Alejandro y Tamara. Que me hubiese sacado a bailar, así fuese para hacer el ridículo bailando. Que hubiese charlado con Alexis… Y, un momento, ¿no era él quién estaba charlando con un pescador, con una cesta de mimbre en la mano, unos metros más adelante?

Me levanté y caminé hacia ellos dispuesta a saludar. Al verme llegar me reconoció y me recibió con una amplia sonrisa. Me preguntó riéndose si fui capaz de llegar bien al hotel y por mi resaca. Ante estas preguntas mi respuesta no fue sino una sonrisa. Me presentó al pescador. Su nombre era Martín, y pescaba en ese lugar todos los días a la misma hora desde hacía años. Cuando les encontré, Alexis le estaba comprando un atún. Generalmente, lo que pescaba era para su familia, pero si le iba bien el día y pescaba de más, le vendía a sus amigos y vecinos. Al parecer, a pesar de tratarse de una isla, el pescado era un recurso muy caro debido a algunas políticas de gobierno, que, por cierto, no terminé de entender; pero, el precio al que Martín vendía el pescado que le sobraba, quizás porque era solo para gente cercana, era prácticamente un regalo.

—Hoy sí que fue un gran día, doctor —le dijo Martín.

—Y mi estómago dirá lo mismo más tarde, cuando lo prepare, Martín. Ya te contaré —le respondió riendo.

Alexis le pagó y guardó el atún en la cesta.

Se despidió de Martín y se ofreció a acompañarme un tramo de mi paseo ya que su casa estaba en la misma dirección en la que yo caminaba. Me habló de la ciudad, de la situación política de la isla, del pueblo cubano. Al escucharle sentí cierta compasión que no dudé en confesarle, ante lo que respondió que ese era un sentimiento del todo inapropiado. El pueblo cubano era un pueblo humilde pero que trabajaba constantemente en ser feliz. Tenía la teoría de que la situación en Cuba les había convertido en un pueblo más solidario, más respetuoso, más unido. Yo no podía dejar de maravillarme ante tal punto de vista.

Para los norteamericanos, un sentimiento de unidad de ese tipo, solo se da como respuesta a ataques terroristas o a conflictos exteriores. Pero, para ellos era una cuestión de inclusión. Eran pueblo, en todos los sentidos que tiene esa pesada palabra. Le pregunté acerca de su opinión respecto al turismo y me respondió que no le parecía mal al nivel que se daba; debido al aislamiento político de la isla y los numerosos embargos, el turismo no estaba tan explotado como en

otros lugares. Le parecía bien que la gente de todas partes del mundo pudiese disfrutar de las maravillas de su isla.

—Lo que no me gusta tanto es la actitud de algunos turistas, sobre todo la de los 'gringos', y perdóname que use esa palabra, pero es que algunos vienen con los dólares por delante, sin siquiera un poquito de respeto por nuestra tierra, por nuestra cultura.

En este punto no pude evitar bajar la mirada pensando en Todd. Alexis se percató y se disculpó de nuevo.

—No quería hacerte sentir parte de esa afirmación, perdón que diga eso así, pero espero me puedas entender.

Le dije que todo estaba bien y continuamos nuestro paseo hasta el fin de la bahía. Una vez llegamos al Castillo de San Salvador de la Punta, Alexis y yo nos separamos. Me invitó a comer, cosa que rechacé amablemente prometiéndole que me animaría una próxima vez con Todd. Alexis se despidió con una sonrisa y me pareció muy amable que no preguntara quién era Todd. Yo por mi parte eché a caminar en busca del Capitolio, visita recomendada por todas las guías que había ojeado antes de viajar.

El capitolio es un edificio hecho a la más pura imitación del capitolio de Washington. La fachada neoclásica, prueba de un pasado esplendoroso y colonialista de la isla. Actualmente es la sede de un ministerio y de la Academia de las ciencias de Cuba. —Vaya, aquí seguro que le gustaría estar a Todd. —Recordé que Todd estaba en algún lugar del hotel, muy enfadado y que en el fondo tenía razones para estarlo. Me sentí llena de culpa. ¿No era yo una egoísta por marcharme a visitar la ciudad, dejándole solo?

Tomé un taxi y le di la dirección del hotel. El taxista era un tipo muy charlatán, y estaba empeñado en contarme toda la historia de Cuba, y cuando digo toda, lo digo literalmente. Empezó remontándose desde los primeros yacimientos jurásicos, pero yo no le prestaba mucha atención; yo intentaba mirar por la ventana, y buscar esas escenas que me ofrecía Cuba, pero en mi mente solo estaba Todd. ¿Persistiría en su enfado? ¿Si fuera así, sería capaz de perdonarme?

Llegué al hotel, y pagué al taxista, que quería cobrarme de más por las clases de historia. Me negué, y lo dejé discutiendo solo. Solo podía pensar en Todd. Recorrí velozmente la recepción, y me asomé al bar del hotel. Allí estaba, apoyado junto a la barra, charlando con el camarero.

—Todd... —Me acerqué y enseguida volteó a verme. El camarero se fue a fingir que limpiaba unos vasos, sabiéndose a salvo de una incómoda discusión de pareja—. Todd… —volví a repetir.

—¿Qué quieres, Francine?

—Discúlpame, Todd. No debí marcharme hoy sin ti. Nunca debí dejarte solo en el hotel. Entendería si ya no me quieres en tu vida.

Me agarré el anillo con el que Todd me había pedido la mano, intentando quitármelo por no sentirme digna de él. Se me escaparon algunas lágrimas. En ese momento Todd pareció olvidarse de su enfado y me cogió de las manos.

—Francine, ¿qué dices? No lo dudes ni un segundo. Yo estoy convencido de que me quiero casar contigo. Yo reconozco que no he estado muy comunicativo esta mañana. Pero como comprenderás, después de dejarme plantado ayer cuando íbamos a ir al ballet… hoy no podía evitar sentirme furioso, pero es cierto eso que decías de que Cuba es un país que te hace pensar. Yo mismo he pasado toda la mañana pensando.

Luego Todd me habló sobre su decisión de adelantar la boda. Quería evitar que su abuela Jessica muriese antes de poder presenciar la boda. —Me han llamado esta misma mañana, Francine. Poco después de que te marchases. Mi abuela está algo delicada, y mi madre- ya sabes como es mi madre- ha insistido en que adelantemos la boda. Yo lo he estado pensando y creo que es lo mejor —me dijo con una leve sonrisa.

Le pregunté a Todd cuándo podríamos celebrarla.

—La boda sería dentro de dos semanas, tendríamos que marcharnos antes de Cuba. —Me respondió.

No podía creerlo. Estábamos en Cuba, yo acababa de sentir que descubría algo profundo de mí misma y Todd ya estaba pidiéndome que nos marchásemos pronto para que la moribunda de su abuela pudiera vernos frente al altar, y para regresar a nuestra vida monótona y gris en Estados Unidos.

—Pero Todd… —intenté explicarme. No podíamos marcharnos tan pronto, acabábamos de llegar, habíamos gastado una ingente cantidad de dinero en el viaje y en el hotel. Y la verdad es que yo no tenía ningunas ganas de abandonar aquel colorido país.

—Ya está decidido. En nuestra casa el dinero nunca ha sido ningún impedimento. Cogeremos el avión mañana.

Cuando Todd pronunció estas palabras no pude evitar que mis ojos se inundasen de lágrimas. Él, acostumbrado a verme llorar, tan solo apartó la cabeza cómo era costumbre.

—Es lo mejor” Musitó en un tono imperativo. “Intentaré negociar con el gerente del hotel, a ver si podemos llegar a un acuerdo. Seguro que sí, es un hombre de negocios…

Antes de que Todd terminase la frase, muy estresada, agobiada, y por todo menos por la alegría, caí perdiendo el conocimiento.

7

Todavía aquí y completamente presente

No desperté hasta la mañana siguiente, y me alegré muchísimo cuando abrí los ojos y comprendí que todavía estaba en Cuba. Durante aquel extraño y largo letargo, mi mente se había trasladado otra vez a Estados Unidos, a la futura casa que compartiría con Todd, al tedio de nuestro matrimonio todavía no iniciado; a las noches de sábado frente al televisor. Algo dentro de mí se revolvía, era como si algo metafísico, ubicado entre lo más profundo de mis entrañas se retorciese indicándome que no debía dejar la isla tan pronto. Ya había tenido esa sensación alguna vez, y sabía que era síntoma de que debía tomar, no una decisión correcta, sino la decisión correcta.

Me incorporé sobre la cama, y aparté las límpidas sábanas. Todd no estaba. La ventana permanecía abierta y entraba una suave brisa que me refrescaba los pómulos. El olor a tierra mojada, procedente del pequeño terrario que había en el hotel, me indicó que durante la noche había llovido. Intenté llamar a Todd, pero no apareció. De golpe, sonó el teléfono. Descolgué, pensando que sería Todd, que me llamaba desde algún punto del hotel para averiguar si me encontraba bien. Para mi sorpresa, era Ramiro, el conserje, anunciándome que había alguien en el gran Hall del hotel preguntando por mí. “Se llama Alexis —me dijo, y acto seguido se me heló la sangre. ¿Qué hacía Alexis allí? Y ¿cómo se atrevía a presentarse allí sin avisar, pudiendo cruzarse con Todd en cualquier momento? Pero, ¿qué diablos estaba pasando por mi mente? Me abofeteé, porque sentí la necesidad de hacerlo. Entre Alexis y yo no había, ni habría nunca nada. No pasaría nada porque él y Todd se encontrasen y charlasen; si seguro hasta se caerían bien.

A pesar de todo, tuve la precaución de sugerirle al conserje que le ordenase a Alexis esperar en el vestíbulo, y yo, todavía sin haber abandonado del todo el estado de letargia, me vestí rápidamente y me di cuatro pinceladas rápidas de maquillaje.

¿Cómo se llama cuando ves a alguien y los latidos de tu corazón comienzan a acelerarse y puedes sentir que la sangre fluye por todas tus venas? ¿Me estaba enamorando? Siendo una amante del cine, siempre pensé que estas cosas solo pasaban en las películas. Que no existían esos sentimientos en la realidad. ¿Cómo podía ser posible? Comencé a sentir que mi cuerpo temblaba, ¿por qué sentía tanta

ansiedad? ¿Qué me estaba pasando?

Bajé al vestíbulo con un paso rápido y enseguida encontré a Alexis, de espaldas a la recepción, mirando el terrario.

—Hola, Francine. ¿Te recuperaste ya de tu desmayo?

—¿Tú cómo sabes lo de mi desmayo? —Le contesté, todavía con las pulsaciones aceleradas por la prisa… o al menos eso me hice creer.

—Porque fui yo el médico al que avisaron para que te examinase.

Por segunda vez, en el poco rato que llevaba despierta, se me heló la sangre. —¿Tú? ¿Pero no eras cirujano?

—Cirujano de profesión, médico de este hotel en mis ratos libres —dijo y se rió.

En Cuba era normal tener dos empleos, me explicó. Su cuñado era el gerente del hotel, y, no le venían mal unos ingresos extra por atender a los huéspedes de vez en cuando; cosa que normalmente no le implicaba mucho trabajo, ya que los turistas usualmente solo padecían terribles resacas y alguna que otra intoxicación etílica.

—Me sorprendió mucho acudir a la llamada y ver que eras tú la que necesitaba mis atenciones médicas. Te diste un buen golpe al caer, te debe doler mucho ahora la cabeza.

La verdad es que me dolía horrores la cabeza, pero no me había percatado hasta ese momento de que me había dado un golpe.

—Y tuve el placer ayer de conocer a tu marido. Un tipo muy… ¿cómo decirlo? profesional. —El corazón me dio un vuelco. ¿Así que finalmente Todd y Alexis se habían conocido? —Prometido —le corregí—. Todd y yo somos prometidos. —Acto seguido, me mordí la lengua. ¿Por qué diantres había hecho esa quisquillosa matización?

—Prometidos, ¿dices? —Lo miré interrogativamente. A Alexis le cambió la cara, como si pareciese haber descubierto algo interesante. Luego derivó la conversación a un tono jocoso—. Qué ricura. La gente todavía tiene esa fea manía de casarse. Yo, a pesar de parecer muy joven —dijo y se rió—, ya me casé dos veces. Dos mujeres, dos matrimonios fracasados. Espero que la tercera sea la vencida —exclamó y soltó una risa muy simpática—. Pero, cuéntame algo, ¿cuándo ustedes celebrarán la boda?

—La semana que viene —dije, acordándome en el acto de la desafortunada conversación con Todd. Para evitar que se me notase la profunda sensación de frustración que me producía el tan solo pensar que en poco tiempo tendría que abandonar Cuba y casarme, tragué saliva y forcé una falsa sonrisa.

—Pues reciban mis más cordiales felicitaciones. Su marido es un tipo con suerte

—Y sí que lo soy. —Y de golpe, noté como un brazo me cogía de la cintura y me apretaba contra su cuerpo.

Era Todd, que había aparecido en un santiamén procedente del

bar del hotel, apestando a alcohol y acompañado de la esposa del Gerente.

—Buenos días —le saludó Alexis, tendiéndole educadamente la mano a Todd—. Le decía a su futura esposa que reciban mis más cordiales felicitaciones por su inminente casamiento. —La mano de Alexis quedó suspendida en el aire, sin que Todd hiciera el menor gesto de corresponderle al saludo. Todd le miraba directamente a los ojos, sonriéndole y agarrándome con fuerza de mi cintura, como el que presume de una novia bonita... ¿y cómo no? Pasaron unos segundos que se me hicieron muy largos. En mi interior este momento me produjo demasiadas contradicciones: por un lado me sentía incómoda y culpable de algo que no sabía muy bien qué era, y por otro, me sentía deseada por dos hombres dispuestos a pelearse por mi amor.

—No se ofenda doctor. No puedo darle mi mano, a saber en qué viejo culo cubano las ha tenido que meter para colocar un termómetro..

Todd rió, pero nadie más. Era un comentario ofensivo que pudo herir la sensibilidad de Alexis, y de la esposa del gerente, que se llevó las manos a la cabeza.

Finalmente, Alexis fingió reírse. —El sentido del humor de los gringos. Una maravilla, como siempre. Espero Francine, que te recuperes pronto del desmayo. Descansa y toma mucha fruta. Y usted —dijo dirigiéndose a Todd— cuídela. —Dicho esto, Alexis tomó a la esposa del gerente del brazo y juntos se encaminaron hacia el exterior del hotel. Todd se quedó mirando a Alexis, con la cabeza muy alta, y no dejó de seguirle con la mirada hasta verlo desaparecer por la puerta de la terraza. Persistió durante unos segundos, con una mueca de enfado grabada en la cara, y los ojos llenos de rabia.

—¿Explícame, Francine, —dijo Todd lentamente— de qué conocías exactamente a ese médico?

—¿Yo? —dije, sin saber muy bien qué es lo que debía contestar para no enfurecerle. “Lo conocí ayer… En la calle… A una mujer le dio un soponcio por este calor espantoso y tuve que atenderla y preguntar si había algún médico por alguna parte… En lo que apareció Alexis.

—Ya… —Todd no parecía nada convencido con mi respuesta. Su mirada seguía clavada en el punto exacto dónde había desaparecido Alexis con la mujer del gerente agarrada del brazo—. Haz las maletas. Nos marchamos esta misma tarde.

—¡Qué! ¡No! ¡No podemos marcharnos hoy, Todd!

—Sí podemos, sí. De hecho, ya tenemos los billetes de avión. Y cuando lleguemos, estará mamá esperándonos con su Land Rover en el aeropuerto. He arreglado los papeles con el gerente, que se ha

mostrado muy comprensivo con nuestra delicada situación. Así que no hay más que hablar, nos marchamos esta misma tarde.

—No, Todd, yo no me voy a ninguna parte, no podemos marcharnos así tan rápido.

—Vendrás conmigo, Francine, lo quieras o no. —Y dicho esto Todd me agarró del brazo con fuerza, y tiró de mí intentando arrastrarme hasta el ascensor—. ¡No, no, no! —recuerdo haber gritado, antes de que se volviese todo negro otra vez, y me desmayara una vez más.

8

Herida

Volví a despertarme en la cama, pero esta vez era de noche. Las persianas estaban abiertas, y corría un aire que levantaba suavemente las cortinas, entreabriéndolas y dejando asomarse así la luna a un rincón de la habitación. Una luz tenue resplandecía al fondo de la habitación. Me intenté incorporar, observando como una sombra se levantaba del escritorio y se acercaba a mí. Cuando estuvo lo suficientemente cerca pude distinguir los rasgos de Todd, pero no del Todd que yo conocía, sino de un Todd diferente. Tenía los ojos hinchados de haber estado largo rato llorando, y estaba despeinado, como si se hubiese estado agarrando y tirando fuertemente del pelo en un acto de desesperación. No sé por qué, pero me complació verlo de esa manera.

—Me alegra que ya estés despierta, Francine.

—Todd…

—Shhh. Cállate. El médico ha dicho que no debes hacer esfuerzos innecesarios. Te debo una disculpa por mi parte. No has descansado bien estos días, han sido demasiadas emociones fuertes. Puede que haya sido algo de la asquerosa comida de este país que probablemente te haya sentado mal y que te haga sentirte débil. Quizá yo te he forzado demasiado, y eso es culpa mía. No debí agarrarte de esa manera esta mañana. Lo siento.

—Está bien Todd… todos cometemos errores

—Algunos más que otros. Solo quiero que sepas, Francine, que sigo completamente enamorado de ti, como desde el primer día. Quiero que nos casemos, y que formemos una familia, que dejemos atrás malos momentos como el de esta mañana, y que seamos felices juntos.

—Yo también quiero eso, Todd —dije sin creérmelo demasiado.

—Entonces… No voy a agobiarte. Sé que la noticia de adelantar la boda ha sido un tanto… precipitada. Que quizá tú necesitabas prepararte un poco más para dar este gran paso, que será tan determinante en nuestras vidas. Pero ya sabes lo delicada que está la abuelita Jessica. No sabemos si llegará a Navidad, y ya veremos si no nos amarga Acción de Gracias con malas noticias. He pensado, que lo mejor será que yo me marche mañana, que ayude a mi madre a hacer los preparativos. Tu podrías descansar, relajarte aquí en Cuba, y volver en unos días para casarnos, sin demora, a finales de la próxima semana.

—Pero Todd…

—Creo que es lo mejor. Necesitas soledad, necesitas unos días de reposo y reflexión. Quiero que seamos felices, no quiero que nos casemos a toda prisa y por obligación.

—Me parece bien, Todd.

Todd me besó en la frente, y me inclinó para que volviese a apoyar mi cabeza en la almohada. Me acarició el pelo, susurrándome palabras bonitas. Al poco rato, me dormí.

A la mañana siguiente amanecí completamente descansada. Ya no me dolía la cabeza, ya no sentía el cuerpo pesado. Era como si me hubiese revitalizado un sueño reparador. Recordaba con vagas impresiones la charla mantenida con Todd a lo largo de la noche, pero era incapaz de distinguir si había ocurrido o si, por el contrario, se había tratado de un sueño.

Me incorporé en la cama. La puerta del baño estaba abierta, y entraba la luz por la venta del patio. Todo estaba en completo silencio. En el escritorio, había una carta envuelta en un sobre marrón, que parecía haber sido reutilizado varias veces. “Para Francine” se leía en el dorso de la solapa. Indiscutiblemente era la letra de Todd. En la carta, decía lo siguiente:

Queridísima Francine, amor de mi vida,

Tal y como hablamos anoche, me marcho con objeto de preparar lo que va a ser el momento más feliz de nuestras vidas. Quiero que todo esté como es debido, para que sea un momento único y los dos podamos decirnos frente al altar el ‘sí quiero’. Ansío verte vestida de blanco, con el vestido que lució en su día mi abuela – es algo que le hace especial ilusión a la pobre vieja - y rodeada de todos nuestros seres queridos. Pronto nos tendremos el uno al otro como eternos compañeros de nuestras vidas, no puedo esperar más hasta el próximo sábado.

Ven pronto,
Todd

Era un Todd distinto, y que no correspondía con lo que había vivido los últimos días. Leí la carta, y no podía sino pensar en Alexis. A él sí le creería cada una de las palabras que estaban en ese texto que escribió Todd para mí… Pero seguramente el doctor, escribiría algo más bello. Aunque los doctores no tienen fama de tener muy buena letra. Me reí sola y me detuve pensando cómo era posible que ese hombre se hubiese podido apoderar de tanto espacio en mi corazón, en tan poco tiempo. Me sentí un poco mal por pensar en él, luego de leer la carta de Todd, pero ¿cómo esperaba sentirme con respecto a esa carta luego de cómo me había hecho sentir mi prometido, ya tantas veces?

De cualquier modo, lo cierto es que la carta confirmaba que la conversación con Todd no se había tratado de un sueño y que Todd

realmente se había ido a preparar el momento que se suponía el más dulce de nuestras vidas. Yo estaba llena de dudas y de frustraciones, ¿por qué diantres una se había metido en este lío del amor? Todd era realmente maravilloso, pero creo que él y yo sencillamente no congeniábamos. No estábamos hechos el uno para el otro. Y estaba bien loco si pensaba que me iba a poner el traje de su abuela para casarnos. Cosa que para él, aparentemente, era indiscutible.

No tardé mucho en vestirme y bajar a desayunar. Tenía todo el día para mí y no iba a desaprovecharlo. Quería disfrutar un poco más de La Habana, y visitar, en especial, el Museo de la Revolución, para aprender algo sobre Fidel Castro. Quizá no fuese un tipo tan malo como Todd decía. Por lo menos a mí me parecía un tanto peculiar con su barba, sus puros y ese chándal.

Al salir del hotel tomé un taxi y me volvió a recoger el taxista que no podía parar de hablar. Ahora al tipo le había dado por la historia de Rusia, y le corté enseguida preguntándole si es que en su escuela pública no se aprendía la historia de países que no fueran comunistas. Se mantuvo un rato callado, un poco ofendido por mi comentario. “La escuela pública cubana es de las mejores del mundo. Acá donde usted me ve, tengo dos carreras y míreme aquí, conduciendo el taxi, llevando a gringos como usted a ver la Isla Bella. Ya que no he podido ejercer de profesor, déjeme que por lo menos le regale mi talento.

No le insistí, porque me apiadé un poco de él. Le dejé que me lo contara todo sobre Catalina de Rusia. Al bajarme del coche le pagué y añadí algo de propina. El pobrecito sabía más que Aristóteles y seguro que hasta pasaban hambre en casa.

Me despedí de él y avancé por el Paseo Durruti hasta llegar a la Plaza de Camoes, donde se ubicaba el Museo de la Revolución. Me propuse entrar, tomar la audioguía e ir cuadro por cuadro asomándome a la historia de Cuba y poniéndome en la piel de la Revolución, de los guerrilleros en el asalto al cuartel Moncada y en la toma de Santa Clara. Pero antes de emprender este camino, necesitaba un sabroso y reconfortante café de Starbucks. Estaba en pleno centro de la ciudad, y pensé que no debía estar muy lejos la cafetería más cercana de esta universal franquicia. Comencé a parar a gente por la calle, preguntándoles por Starbucks. La gente me miraba extraño, se marchaba aprisa, como quien quiere dar la espalda a un loco que se le acerca tambaleándose por la calle. Me tomaron por una artista de performance.

Al final, unos policías de paisano me apartaron y me interrogaron. Me preguntaron si había venido a Cuba a hacer propaganda del capitalismo. Les dije que no, que tan solo quería tomar un buen café, y que lo sentía si había atentado sin querer contra sus principios del marxismo-leninismo. Me perdonaron la ignorancia, y me

acompañaron a una buena cafetería, donde según ellos se tomaba el mejor café de la Habana, un local conocido como “La Guajira — situado en la Calle del Regidor García.

Me hallé de nuevo pensando en Alexis, y eso que había dicho de los gringos. No me gustó sentirme como parte de ese comentario que había hecho él, pero pronto estaba pensando más bien en su aspecto, en su cara, en sus manos, que Todd se negó a estrechar, en su simpatía… ¿Sería el café el que me hacía viajar así?

Después de haberme tomado ese café, me dispuse a entrar en el museo. Tuve que pasar un control de seguridad y pagar un absurdo precio de entrada, que no me pareció muy comunista. Lo que más me llamó la atención, a la entrada del museo, fue el tanque SAU-100 que fue utilizado por Fidel Castro durante la invasión de la Toma de la Bahía de Cochinos. Dentro del museo había una exposición de banderas, de armas, de folletos y de insignias. Luego decenas de cuadros, recreaciones de la vida de la guerrilla, y muchas cosas más.

El problema de los museos es que siempre vas con buena intención y con muchas ganas, pero finalmente son tan grandes y albergan tantas cosas que o bien te saturas, o bien te aburres. Yo me sentía de las dos maneras a la hora y media de estar en el museo así que decidí caminar por las calles de la Habana, en busca de aventuras, a la espera de que cosas increíbles me sucediesen… y sobre todo, buscando encontrarme, en una aparente casualidad con Alexis.

9

Ver a Alexis de nuevo

Todo el día anduve de arriba para abajo. Me sentía libre, me sentía bien, pero notaba que algo entre Todd y yo había dejado de funcionar. Su marcha me había producido una gran sensación de libertas, ¿y se suponía que tenía que regresar en menos de dos semanas para casarme con él? Solo imaginarme allí, frente al altar, vestida de inmaculado blanco… me devolvía esa sensación en las entrañas, y no podía sino sentirme mal. Ya no estaba enamorada, era indiscutible que algo, si no todo, había cambiado entre Todd y yo.

A la noche me senté en el bar del hotel, y me propuse coger yo sola una buena borrachera. Últimamente no solía beber mucho con Todd, porque mi prometido era de esos a quienes les sienta muy mal beber. Hablaba, se ponía feliz y ridículo durante un rato y luego le cambiaba el humor muy rápido hasta ponerse malhumorado e incluso, a veces, violento. Por eso nunca bebía con Todd, porque con Todd era horrible beber. Era mejor que una tratase de mantenerse serena, porque luego él no sabía ni donde tenía las manos y había que llevarle hasta la cama a rastras a que pasase la embriaguez. A menudo aprovechaba cuando Todd se quedaba dormido, y empezaba entonces yo a tomar. Sí, soy de esa clase de gente que le gusta beber a solas, es una faceta de mí que descubrí en la Universidad. Rodeada de gente, raramente acepto un trago. Cuando llego a mi habitación, y ha sido un día estresante, cierro la puerta y me bebo hasta los frascos de colonia.

Se me acercó el camarero, reconociéndome enseguida.

—Usted es la prometida de Todd, ¿verdad?

—Sí.

—También la recuerdo por ser la mujer más bonita que se ha desmayado en mi bar.

Me sonrojé.

—No se habrán desmayado muchas, seguramente.

—¿Se ha marchado ya su prometido?.

—Sí.

—Pues entonces estará usted libre esta noche para ir a bailar.

—No, esta noche no bailo, prefiero emborracharme yo sola.

Me echó una mirada de extrañeza y me preguntó qué era lo que quería beber.

—Comenzarás trayéndome un par de Daiquiris y luego, ya te iré avisando.

El camarero se marchó, y yo saqué mi espejo para repasarme el

brillo de labios. Mi sorpresa fue total cuando vi una cara conocida en la superficie cóncava: Alexis acababa de entrar en el bar del hotel y se dirigía hacia donde yo me hallaba sentada. El corazón me comenzó a latir muy rápidamente, hasta que coincidió la llegada de los daiquiris con el cariñoso saludo de Alexis.

—Hola, Francine.

Llevaba un traje blanco, y un pantalón negro a rayas. Alexis tenía un porte muy aristocrático. Pensé que solo le faltaba el bastón y el sombrero de ala para parecer un modernista.

—Hola Alexis, ¿qué es lo que te trae hoy por aquí? ¿Alguna urgencia médica?

—No, qué va. Tan solo pasaba cerca, y me dije, voy a tomar una copa.

—Casualmente, yo me dije lo mismo. Bueno, lo de una copa no, porque ya has visto que he pedido dos solo para ir empezando.

—Pensé que una era para mí, y que me estabas esperando…

—No. Esta noche no esperaba a nadie.

—¿Ni siquiera a tu prometido?

—Ni siquiera a él

Vio a los lados y notó que Todd no estaba. Pude notar quizás una sonrisa formándose en su rostro, pero no podía estar segura de ello.

—¿Dónde está, por cierto?

—Regresó a los Estados Unidos. Está terminando con los últimos detalles para la preparación de nuestra boda.

—¿Y tú? —me preguntó interesado.

—Yo me quedo unos días más aquí. Me agobian todos esos preparativos, los invitados, hablar con los cocineros de los restaurantes… Ya sabes, es todo un trabajo. Y yo ahora estoy en mis vacaciones. Me las merezco.

—Sí, sé bien de qué me hablas. Creo que ya te dije que me casé dos veces.

—Sí, creo que algo me dijiste ¿Quieres que nos sentemos en alguna mesa?

El siguiente rato lo pasamos Alexis y yo hablando, riendo y bebiendo. Sorprendentemente me notaba feliz, y no me sentía mal por sentirme de esa manera. Era muy interesante la vida del joven cubano: su padre había sido profesor de piano, y su madre actriz. Él estaba destinado a triunfar en las bellas artes, pero finalmente sus excelentes resultados académicos y la presión del profesorado le impulsaron a estudiar medicina. Todos auguraban que llegaría a ser un gran médico. Pero él, en el fondo, me confesó que quería ser poeta.

—¿Poeta? —le pregunté atónita.

—Sí, poeta. En Cuba hemos tenido grandes poetas: José María Heredia, José Martí, Salvador Sartriano. Yo me identifico bastante con

el espíritu y la sensibilidad de la Cuba prerrevolucionaria. No me interesa tanto la tarea política, sino que me interesa la individualidad, el sentirse uno como un ente irreducible a un sistema económico, político o social. Pasan grandes cosas en el terreno de la individualidad, y de eso fueron conscientes una generación de poetas que vivieron antes de la revolución. Por no hablar de los grandes poetas rusos. ¿Tú has oído de Pushkin?

—Me suena que una amiga tiene el microondas o el horno de esa marca.

Él rió y me dijo: —No, chica. No se trata de ninguna marca de electrodomésticos. Es quizá el poeta ruso más importante, de los primeros en escribir en lengua vernácula, capaz de captar precisamente la intimidad de la vida en Rusia. Su poesía está llena de vivas imágenes que expresan con sencillez la cotidianidad de la vida diaria del pueblo ruso. Tuvo que marcharse de Rusia durante un tiempo porque al zar Alejandro I, no le gustó lo que decía Pushkin en su Oda a la Libertad. Su profundidad y su hondura fueron especialmente valoradas en la Unión Soviética, y gracias al trato que allí recibió lo hemos heredado el pueblo Cubano. Pushkin fue un hombre extraordinario

—Y un gran visionario de los microondas —respondí.

Alexis no rió, sino que me miró con severidad. Parecía que con mi desafortunado comentario había denigrado su bonito discurso sobre poesía prosoviética. Para deshacer esa incomodidad, le comenté que a mí también me gustaba mucho la poesía, y que, de hecho, había escrito algunos versos durante mi época universitaria. Me pidió que le recitase algo, y al reconocerle que no me acordaba de nada, me pidió que improvisase.

—Un poeta, aunque no lleve sus cuadernos encima, siempre lleva la poesía dentro. —Lo único que se me ocurrió fue lo siguiente:

“La luna es hermosa
El sol, grande y amarillo
Tus dientes, serían bonitos
Si acaso usaras cepillo.

Alexis rió y aplaudió en un evidente acto de compasión. “Deberías venir a alguno de los certámenes que organizamos aquí en Santiago para los poetas de toda Cuba —dijo con evidente tono de burla.

Me disculpé. Hubiese sido mejor que no hubiese recitado nada, ahora estaba avergonzada.

—No, no, todo el mundo tiene la creatividad dentro y debe sacarla como sea. Igual tú sirves para inventar chistes verdes.

No entendí muy bien si se trataba de un cumplido, pero sus palabras sonaron como música para mis oídos. Le pedí que me recitase él algo suyo. Como era un poeta bohemio y consagrado, se subió a la

mesa y se dirigió a todo el auditorio recitando los siguientes versos:

“El mar está profundamente en calma
Mi corazón, late encerrado entre las palmas.
No he vuelto a verte, alma mía,
Entre las palmas.
Las horas pasan lentas,
Yo, ojeo un recetario,
Nunca volveré a ver
Tu cuerpo desnudo en un calendario.
Me sofoco cada vez que pienso
Que con otro te has marchado
¿Qué fue de nosotros, amores viejos
Paseando y comiendo aquel helado?
El paseo de la estación de tren,
Está ahora repleto de locutorios
Ya no hay heladería que valga,
Solo viejos abalorios.

Le aplaudimos yo, y los pocos parroquianos que quedaban en aquellas horas en el bar del hotel, y Alexis nos sonrió. La verdad es que era muy talentoso, y solo hacía que me encantara más, esa pasión con la que recitaba y parecía decir conforme los sentía, los versos de cada poema. Recitó hasta treinta de ellos, sin exagerar.

Durante toda la noche, además, bebimos, conversamos sobre la vida, sobre sus matrimonios anteriores, le conté sobre mi vida en Estados Unidos, y noté cómo cuando sonreía se le formaba un hoyuelo en la mejilla, que me pareció de lo más encantador. Estaba segura de que me estaba enamorando cada vez más de él.

Pasadas ya varias horas, no quedaba más nadie en el bar y ya los dos íbamos bastante borrachos. Le dejamos al camarero la cuenta sin pagar, porque despistados salimos por la puerta del jardín, y nos tumbamos en el esponjoso césped del hotel para contemplar las estrellas.

—Aquello de allí, es Marte —me dijo Alexis señalando un puntito en el cielo. “Y aquello de allí, Júpiter. ¿Sabías que hay infinidad de estrellas que nosotros vemos y que hace tiempo que se extinguieron? Es debido a la luz que tarda miles de años en viajar por las grandes distancias que hay en el espacio.

—No lo sabía —respondí. Y a continuación pregunté:

—¿Y aquello de allí que brilla tanto qué es?.

—¿Eso? Ese es un satélite yanqui vigilando y monitoreando todo lo que pasa en Cuba por miedo a que fabriquemos armamento nuclear.

—Qué romántico —respondí.

En ese instante Alexis giró la cabeza y se me quedó mirando fijamente.

—Eres muy hermosa —me dijo, y yo me sonrojé.

—Es una lástima que te vayas a casar pronto.

—Sí, quiero a mucho a Todd.

—¿Si le quieres tanto, por qué él se ha marchado y tú te has quedado aquí?

—Porque….

En ese momento no supe qué contestar. Dudaba sobre qué era lo que sinceramente debía responderle a él, y en el fondo responderme a mí misma. Me sentía completamente a la deriva. Alexis aprovechó ese instante de desconcierto para intentar besarme, y mi respuesta natural fue apartarme. Quedamos durante un segundo congelados en el aire, y se hizo más que evidente mi actitud de rechazo hacia su atrevimiento. No sé ni por qué lo hice, Alexis en el fondo me gustaba.

Fue entonces cuando los aspersores del hotel comenzaron a funcionar obedeciendo al horario habitual de riego de la mañana. Nos levantamos, y corrimos para no mojarnos, pero ya entre nosotros se palpaba una especie de incomodidad, producto del momento pasado.

—Me voy a ir a la habitación, estoy algo cansada" le dije.

—Lo comprendo. Nos podríamos ver mañana si tú quieres….

—No lo sé, ya veré, tengo que pensar…" y sin dejarle decir una palabra más me marché corriendo por el vestíbulo y subí por las escaleras para no darle tiempo a abordarme en el ascensor. Cuando entré a la habitación, cerré la puerta y me dejé caer, de espaldas a la pared y rompí a llorar. ¿Qué demonios tiene que pasar para que pueda ser feliz?

10

Obtención de distancia

Me desperté a la tarde siguiente, igual de confundida por las dudas sobre lo que había pasado con Alexis. Tomé la resolución de aclararme, y para hacerlo no podía continuar viéndome con el médico poeta, así que pregunté en el hotel qué clase de excursiones solían reservar los turistas para ver el resto de la isla. La opción que se me presentó más acorde con mi necesidad vital fue la de ir a pasar unos días a la Isla de Cayo Coco; una isla situada en el archipiélago Jardines del Rey, que destaca por sus parajes naturales y por la gran variedad de fauna autóctona. Miré en el catálogo que me ofrecía el recepcionista y vi fotografías de las lagunas, las marismas y los arrecifes de coral. Soledad y naturaleza virgen, esa podía ser la solución momentánea a mi caos existencial.

Reservé esa misma tarde, y el resto de la noche la pasé preparando el viaje, pero sin salir demasiado del hotel, no fuera que Alexis estuviera cerca y fingiese un casual encuentro como había estado haciendo hasta entonces. Desde que la noche anterior, en los jardines del hotel y bajo el cielo estrellado, había intentado besarme, algo dentro de mí no deseaba volver a encontrarlo. Reconocía que Alexis me gustaba, que la isla entera había sido para mí un gran descubrimiento vital, pero yo era una mujer prometida y él tan solo una fantasía que no conducía a ninguna parte.

Sin duda trataba de convencerme de que lo que Alexis me producía no era auténtico amor, sino una evasión temporal a la que me aferraba, de cara a esa boda que se hacía cada vez más inminente, y sobre todo con la idea de lo mal que me había estado tratando Todd en los últimos días, sin contar todas las incomodidades que me había hecho sentir en los años que llevábamos juntos, por su mal humor, por su… bueno, la verdad es que necesitaba desconectarme y conseguir respuestas. Aclararme, así que decidí romper mi aislamiento social con los Estados Unidos.

Mientras preparaba el viaje y mi maleta, llamé a mi amiga Martha; quien era profesora, y nos conocíamos desde la infancia. Habíamos compartido todas nuestras intimidades desde que teníamos uso de razón, y sin duda valoraba mucho sus consejos, pues, al contrario de mí, que solo había tenido una monógama relación amorosa con Todd, ella había experimentado con muchos hombres, y mujeres, las vicisitudes del amor. Actualmente compartía una relación sentimental con Brad, el padre de su hija pequeña, y con Anna, una

columnista de moda francesa con la que se había ido a vivir y de la que decía estar 'últimamente muy enamorada'.

Cuando le conté a Martha lo ocurrido con Todd y con Alexis no pudo evitar una sonora carcajada que sinceramente a mí me hizo daño.

—¿Quién iba decir que tú, que parecías una mosquita muerta, estuvieras a punto de tener una aventura a dos semanas de casarte?.

—No es ninguna aventura, Martha. Yo amo a Todd.

—¿Y lo que sientes por ese poeta Cubano qué es?.

—Simplemente atracción.

—Mira, Francine, yo he estado en multitud de relaciones y sé de qué te hablo. Yo lo que creo que te pasa es que con Todd no te sientes realizada; que su antipatía característica —perdona que te lo diga así, pero ya sabes que para mí Todd siempre ha sido un antipático -ya te cansa, y necesitas encontrar lo que realmente necesitas como mujer en otra persona. No te culpo. Los hombres son, en sí, deficitarios. Al principio puede parecer que te llenan, que tienen cierta gracia y soltura, pero en el fondo, todos –y cuando digo todos es todos- por naturaleza son incapaces de satisfacernos emocionalmente. Una mujer es la compañera ideal de otra mujer, por eso yo ahora estoy tan bien con Anna, porque por fin he encontrado a una persona que me comprende y me completa emocionalmente.

Se hizo silencio.

No sé de dónde saqué esa costumbre de llamar a Martha en momentos importantes y de dudas, como éste, pero siempre que lo pensaba, recordaba a mi madre llamando a mi tía, o a su amiga Rose, que es casi como una tía, para preguntarle qué debía hacer conmigo cuando me enfermaba de algo tan inofensivo como una gripe. Mamá era un poco patética y con muchas dudas… y siempre que lo pienso, y más en estos momentos, siento que me parezco a ella más de lo que me gustaría. Si bien, no siento que esté mal exteriorizar mis sentimientos y buscar ayuda en los otros, creo que es muy importante tener claro en quién busco esa ayuda y sobre todo tomar nuestras propias decisiones. Fácil de decir, pero miradme ahora… Pensando en dos hombres, sin idea de qué demonios quiero con mi vida, con mi boda pautada para el próximo sábado, y pidiéndole consejos amorosos a la zorra del cole…

Y, por si fuera poco, Martha era una de esas personas a las que les gustaba considerar que su propio ejemplo era digno de que todo el mundo lo imitase, de que las soluciones que para ella habían resultado, obligatoriamente tenían que ser buenas para el resto.

Después de ese breve silencio, Martha continuó: —Mira, sé que es difícil. Sé que estás confundida con Alexis, porque te atrae de tal manera que te asusta, y eso amenaza lo que, hasta ahora, creías que

había sido tu camino en la vida. Ya desde la adolescencia yo soñaba con hacerme actriz y tú con tener una aburrida vida de mujer casada. No te juzgo, a todos nos hacen creer cosas que no somos. Lo que ha sucedido con Alexis amenaza lo que hasta ahora habías creído que era tu destino, pero eso es la esencia de la vida, el que nunca podemos dar nada por seguro, ni ningún tema por zanjado. Estamos en continuo cambio.

—¿Y qué hago para saber cuál es mi verdadero destino?.

—Solo puedes intentar, y fracasar, y volver a intentar otra vez, hasta que al final el camino se vaya volviendo liviano y comprendas dónde está tu sitio en la vida. Mi único consejo, es ese. Experimenta; prueba si el camino que has elegido, el de casarte con Todd, es verdaderamente el correcto. Quizás te sorprendas.

—Gracias, Martha.

Al colgar el auricular sentí que, por primera vez, uno de los discursos de Martha me había serenado un poco el ánimo, miré la guía de Cayo Coco que había comprado esa misma tarde en la tienda de souvenirs del hotel, y acaricié la portada. Debía exprimir al máximo esos últimos días que me quedaban en Cuba, y entonces, en la víspera del gran día, tomaría una difícil decisión.

Si me preguntaran cuál creo que podría ser declarado un trozo del paraíso en la Tierra, sin duda respondería que la Isla de Cayo Coco, en la provincia de Ciego de Ávila. Playas de arena fina, de aguas tranquilas y celestes, donde la mayor preocupación de uno radica en cómo llegar al chiringuito más cercano.

Desde el hotel había reservado un resort a pie de playa. No me había andado con chiquitas: quería algo caro, porque mi situación personal necesitaba de una terapia urgente, y quizá podría iluminarme más rápido si disponía de un todo incluido en el que pudiese contratar los servicios de un buen masajista. Total, todo gasto iba a la cuenta de Todd.

Llegué a Cayo Coco en avión. Me permití el lujo de reservar desde mi hotel en La Habana, una excursión de submarinismo para esa misma mañana, así que tan pronto llegué al hotel, ya tenía a un coche esperándome para ir a la escuela de buceo. Compartía el viaje con una pareja de ancianos británicos, que según me contaron, esta era la segunda vez que visitaban Cuba.

—Vinimos por primera vez cuando éramos jóvenes, y Cuba nos cambió la vida. Ahora que ya somos viejos, hemos decidido volver para ver si recuperamos algo de esa magia perdida.

Eran adorables. De alguna manera me hicieron pensar en mí y en Todd, y en sobre si llegaríamos de la misma manera a la senectud. Luego, mi mente se trasladó a preguntarse cómo narices iba a bucear esa viejecita británica, si ya de por sí tenía grandes dificultades en

bajarse del todoterreno.

Cuando llegamos al centro de Buceo de Cayo Coco, nos presentaron a nuestro monitor; Andrés. Era un chico joven, de unos veintitantos, alto, moreno, atlético y guapo. Según nos explicaron, Andrés nos iba a enseñar primero los principios del buceo, y luego supervisaría nuestra inmersión por los arrecifes de corales. No debíamos temer, pues, en todo momento, Andrés estaría pendiente de nosotros para que no nos pasase nada, y eso me hizo sentir muy segura.

Por lo visto los arrecifes se extendían formando una barrera submarina que alcanzaba los diez kilómetros, y donde se desarrollaba un ecosistema riquísimo, por lo que abundaban peces de todo tipo de colores y formas. Una vez nos hubieron dado las indicaciones pertinentes, nos pusimos los trajes de neopreno y no tardamos en subir a la lancha que nos llevaría unos metros mar adentro. Lo que me dejó helada fue la facilidad con la que la viejecita británica se movía con las aletas y el equipamiento de buzo puesto, parecía que hubiera estado completamente habituada a ello. Se puso de espaldas y sin esperar el aviso del monitor, se dejó caer para sumergirse luego con una profesional habilidad. Me imagino que, ante mi cara estupefacta, el viejecito se vio obligado a ofrecerme una explicación:

—Marianne fue militar, del escuadrón de buzos, concretamente. Desde que se jubiló, está un poco desentrenada, pero se maneja muy fácilmente.

Yo miré hacia donde la viejecita se había zambullido, y tan solo pude ver moverse una sombra con aletas, moviéndose con la facilidad de un delfín. El viejecito no era tan hábil, pero enseguida se zambulló con una confianza envidiable, que me dejó con la palabra en la boca.

—Bueno —le dije a Andrés— pues tan solo quedo yo. Si quieres podemos quedarnos aquí, y hablar sobre nuestras cosas… —Andrés, viendo que yo no tenía el coraje suficiente para zambullirme me empujó al agua y luego se tiró tras de mí.

Lo que vi a continuación, es una de esas imágenes que retendré de por vida, debido a la gran belleza que experimenté. Al principio, cuando te zambulles, no ves mucha cosa. Estás pendiente de mover manos y pies para no hundirte, la luz del sol entra por la superficie reflejándose de manera distinta, y percibes la lancha como una gran sombra negra que tu cuerpo ha dejado atrás en esa caída hacia lo desconocido. Te mueves rápido y todo alrededor se torna burbujas. Los peces, al sacudirte de esa manera, se asustan en sus milimetradas formaciones que cambian todos a una, y solo ves movimiento por un lado y por otro, hasta que te concentras en respirar por ese incómodo tubo que te conecta con la bombona. Son unos instantes de inestabilidad, pero cuando logras mantener la calma y aprendes a

moverte con cierta soltura, accedes a un paraje maravilloso.

Debajo del mar no es como la tierra, que es un medio violento, sujeto a multitud de brusquedades e inclemencias. Debajo del mar todo es muy tranquilo, es un sitio donde el habitual ritmo de vida es lento y sereno, donde los peces se mueven pareciendo peinar el agua, donde la preciosidad y la quietud van de la mano. Es cierto, tiene sus peligros y también está poblado por violentos depredadores, pero es tal la inmensidad del mar, es tal la amplitud de sus aguas, que la quietud, -sobre todo el silencio- sin quererlo lo invaden todo, y lo hace más fuertemente, conforme vas encaminándote hacia el fondo marino. El fondo marino es un medio todavía por descubrir. Allí donde la luz no llega, allí donde la presión se hace tan insoportable que los únicos animales que la soportan han de tener un esqueleto de goma, seguro que se esconden grandes secretos, sobre antiguas civilizaciones o sobre los orígenes del planeta.

Estaba ensimismada con la belleza que me producía ver a esos peces de colores entrando y saliendo por la gran barrera de coral, tipos de peces que ni siquiera había oído antes de su existencia. ¡Qué envidia sentía yo en ese momento por aquellos peces! Ellos, que podían gozar de vivir en un sitio privilegiado como ese, resguardados entre sus casas de coral, sin pagar por vivir ni tener que trabajar, tan solo nadando, peinando esas aguas celestes con la tranquilidad absoluta del que no tiene pensamientos que le incordien la conciencia. ¿Por qué no había nacido yo pez, y había tenido que nacer humana? ¿Por qué mi vida no podía ser un rato de nado tranquilo y sereno sobre esas aguas que conformaban lo más parecido que había visto yo al paraíso? ¿Por qué tenía yo que lidiar con la decisión de casarme o dejar a Todd, de vivir en Estados Unidos o lanzarme a la aventura de la vida?

Sin darme cuenta, y como me hallaba, había ido yo nadando hasta alejarme de la zona en que habíamos varado la lancha. Mi sentido de la vista estaba tan estimulado por tanta belleza y por tanto color, que casi no vi a un pez dorado que se me cruzó, rozándome la mano. Era un pez que parecía de oro, y sus escamas brillaban con una intensidad tal que lo primero que hice al verle fue lanzarme a perseguirle. No quería cogerlo, simplemente verle nadar, jugar con él, porque era un placer ver la ligereza con que movía sus aletas, y cómo la luz se traslucía por los huecos que albergaba entre sus escamas. Llegó un momento, en que estaba haciendo tal esfuerzo por seguir su ritmo, que necesité parar para recuperar los músculos. Noté entonces que la presión allí era muy fuerte, y me di cuenta de que me había apartado de la gran barrera de coral, y que estaba rodeada tan solo por un azul inmenso.

El pez dorado había desaparecido. Confieso que me puse un poco

nerviosa, que la paz de los fondos oceánicos se tornó algo amenazante. No sabía cuánto tiempo podría haber pasado desde la inmersión, quizá un par de horas, quizá más. ¿Cuánto podría quedarme de oxígeno en la bombona? Estaba segura de que no mucho. Decidí ascender hasta la superficie, y comencé a moverme con cierta premura, porque en estas situaciones la ansiedad hace que te pongas en el peor de los casos, y en mi cabeza el oxígeno casi no daba para alcanzar la superficie. Me pareció ver, a lo lejos la sombra de la lancha, parada, y seguí ascendiendo acercándome poco a poco hacia ella.

Pensaba que si moría, no tendría por qué casarme con Todd. Pero no quería morir, quería simplemente seguir mis instintos y dejarme llevar; quería estar con Alexis en la habitación del hotel; descubriendo su cuerpo y dejándome ser descubierta por él; tal vez por terminar con esta incertidumbre, o por temor a que después terminara arrepentida de algo que quise hacer y no hice. No podía sino pelear con mis pensamientos, y tratar de mantener la cordura

Pero la sombra era en realidad un pez, y no era otro, sino el pez disco con el que había soñado hace unos días en el hotel; aquella noche en la que Todd me dejó sola en la habitación y se fue a fumar borracho. Vi cómo hizo mitosis, tal como lo había visto en sueños, e intuí que estaba alucinando por la angustia, y por la preocupación que me generaba estar allí, perdida y a punto de ahogarme. No podía darle otra explicación. Los dos peces me daban vueltas y me intentaban llevar, cada cual por su lado, pero no podía hacer nada. Estaba paralizada.

Por un instante no me preocupaban ni Todd, ni Alexis, ni nada. Todos esos asuntos me parecían ridículos. Tan solo estaba la vida y la muerte, y todo lo demás era pura pantomima. ¿Por qué había decidido irme tan lejos y no prestarle atención al instructor de buceo? Forcé un poco el traje de neopreno y creo que me corté con algo del traje. Vi el mismo rojo mezclado con el azul y sentí que esta sería la última vez que vería esa combinación trágica.

Recuerdo, ver aparecer a lo lejos la silueta de una sirena, que avanzaba rápidamente hacia dónde estaba yo, y ya no notaba la presión del agua, sentía que me desvanecía, y me caía hacia la profundidad del océano, convirtiéndose mi campo de visión en una gran mancha negra.

11

Despertar solo

Desperté en el Hospital de Las Dunas, que era el único hospital de la isla de Cayo Coco. Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue la amable y dulce cara de Marianne, la británica que había conocido en la escuela de submarinismo y que me sonría con ternura. —Alfred, ven, la niña ya abre los ojos. —Me sentí como si volviese a mi infancia, cuando me ponía enferma y me cuidaba mi abuela—. Que buena noticia —respondió Alfred tomándome de la mano.

Me ayudaron a incorporar en la cama, y me pusieron al corriente de lo que había pasado horas antes. Por lo visto, y sin haberme percatado en lo más mínimo, me había ido alejando de la zona delimitada para bucear, y sin quererlo, me había arrastrado una corriente mar adentro; lo que explicaba por qué había aparecido tan alejada de la barrera de coral.

—Las corrientes son muy traicioneras —me dijo Marianne—. Por suerte yo estaba buceando lejos de la barrera, y vi cómo la corriente te llevaba. Cuando me quise dar cuenta, ya estabas lejos y traté de seguirte como pude, entrando yo también en la misma corriente. Fue difícil, y cuando te hallé estabas como en otra dimensión, como hipnotizada.

—Fue horrible. Estaba muy angustiada —exclamé con dolor.

—Sí, pero hubiese sido mucho peor si Marianne no hubiese estado allí. Entonces ahora tendríamos una desgracia —intervino Alfred.

—¿Fue usted entonces la sirena que me salvó? —pregunté mirando agradecida a Marianne.

—Sí —respondió Alfred—, Marianne es toda una heroína. Es mi sirena.

Entonces la viejecita le puso una mano encima a Alfred, como si quisiera decirle que parara de halagarle.

—No fue nada. Hice lo que tenía que hacer. Creo que ya te explicó mi marido que yo había sido militar. Treinta años estuve en el escuadrón de buzos de la Armada Británica. Me enorgullece poder decir esto, porque no hay muchas mujeres que puedan presumir de ello. Mi tío que era un marine condecorado por sus actuaciones en la Segunda Guerra Mundial e insistió en que me alistase al ejército. Ya te digo que, en mi época, crecer allí dentro no era fácil para una mujer, pero terminé acostumbrándome.

Marianne hizo entonces una pausa dramática, para darle más intriga a lo que estaba contando.

—Y aunque ya soy vieja y el pulso me tiembla, y mis ojos ya no ven como antes, en el momento en que vi que habías perdido el conocimiento, no dudé que tenía que ayudarte como fuera. Y acerté. El problema fue que, de algún modo se te había reventado la bombona de oxígeno y te estabas quedando sin aire. Comenzaste a caer al abismo marino, pero afortunadamente te pude rescatar.

—Mu…muchas gracias Marianne —balbuceé con las lágrimas en los ojos.

—No sé como agradecértelo… no sé qué fue lo que me pasó. Cuando estaba en la barrera del coral, por un momento estaba tan serena, tan tranquila, tan llena de una paz interior… Era como si hubiese habido una interrupción de todo lo que hasta entonces me había preocupado. Me sentía tan bien, tan libre de perturbaciones, que no sabía ni lo que estaba haciendo, ni dónde estaba… estaba completamente fuera de mí.

—Es el mar. Te atrajo para devorarte. No es el primer caso que conozco así. Muchos marineros y muchos submarinistas han caído en tentaciones similares. Algunos hablan de espejismos, de visiones de criaturas fantásticas que les empujan a meterse en lugares peligrosos donde acechan terribles bestias. Llevo tanto tiempo conociendo el mar… es tan imprevisible…

En este preciso momento entró el doctor en la habitación, acompañado de Andrés, el que había sido mi casi inexistente profesor de buceo. Andrés se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ay, Dios mío, suerte que estás viva, chica!

Se me acercó y me agarró por los hombros.

—¿Tú sabes lo mal que me lo hiciste pasar, pendeja? ¡Por poco me despiden!

—Y deberían haberlo hecho —intervino Alfred protestando— no estás pendiente de lo que tienes que estar, de lo que consiste tu trabajo. Si hubieses estado controlándola, nos hubiéramos ahorrado todo esto.

—Bueno, bueno —interrumpió el médico— dejen para luego estas discusiones, la paciente tiene que descansar para recuperarse pronto. Así que les voy a tener que pedir a todos ustedes que abandonen inmediatamente la habitación.

Todos se marcharon, y antes de irse, Marianne me dio un beso en la frente. —¿Me vendrás a ver mañana? —pregunté, temiendo que mi salvadora se marchase y me dejase sola.

—Claro que sí. —respondió—, pero ahora descansa.

Al día siguiente me desperté y poco rato después llegaron Alfred y Marianne. La verdad es que me gustaba pasar rato con ellos, eran una pareja adorable con mucha experiencia de vida sobre sus espaldas. Sin poder evitarlo, me empujaban a pensar en mí y en Todd, e imaginaba

si realmente nosotros alguna vez llegaríamos a continuar juntos a esa edad, y, a pesar de todos los vaivenes de la vida, a querernos tanto.

Hasta no hacía mucho había creído firmemente que Todd y yo permaneceríamos juntos hasta el final de nuestros días. Que seríamos una excepción de nuestra generación, compuesta básicamente de divorciados y de parejas con fecha de caducidad. Que lo que pasaba entre nosotros era especial, un resquicio de otro tiempo donde los valores de la durabilidad y del constante esfuerzo por salir adelante reinaban sobre el abandono y la promiscuidad sexual. En resumen, que seríamos una pareja, un matrimonio, que pese a todos los obstáculos que le interpusiese la vida, se amase.

Pero justo todo lo que había pasado desde que habíamos aterrizado en Cuba, me había hecho replantear mis antiguos anhelos. Yo quería hacer lo que, hasta el momento, me parecía lo mejor que podía lograr en mi vida. Quería envejecer junto a mi pareja, junto a alguien con quien incondicionalmente me amase. Yo quería pasar el resto de mi vida junto a mi amor eterno. Quería ser tan feliz como lo era Martha con sus dos parejas; o como lo es alguien que anhela vivir solo por toda su vida. Yo quería tener esa felicidad a la que creía estar destinada; entregarme a una sola persona incondicionalmente, y que ella se entregase de la misma manera a mí ¿Pero era realmente Todd esa persona?

Me había dado cuenta de que Marianne y Alfred llevaban largo rato hablando y mi cabeza se había trasladado a pensar en mi dudosa situación con Todd. Ellos dos eran adorables. Me preguntaba si alguna vez habrían vivido una situación similar.

—Entonces mañana marcharemos a Santa Clara. Estás invitada a venir con nosotros si quieres, no te quepa ninguna duda —dijo Marianne.

—¿Santa Clara? —pregunté yo atónita pues nunca había oído hablar de esa ciudad.

—Sí. Es una población del Interior, famosa por la heroica liberación que llevó allí a cabo el Che Guevara. Alfred tiene unos conocidos allí a los que debería ir a visitar —dijo la viejecita.

—Podría ser buena idea acompañaros —les dije.

Quedamos en que, si la situación era favorable y el médico me daba el alta esa misma tarde, iríamos a pasear por las playas y a ver los bancos de flamencos. Así fue, y antes de las cinco de la tarde, ya estábamos Marianne, Alfred y yo paseando por las paradisíacas playas de Cayo Coco. Viendo esas maravillosas aves despegar con su vuelo elegante sobrevolando las marismas, los vi besándose y, así fuese solo por un momento, estuve segura de que el amor eterno existía.

12

Sangre de Vida Cósmica

A la mañana siguiente, tomamos el avión que nos iba a llevar a Santa Clara. Actualmente una de las ciudades más modernas y liberales de Cuba, por los monumentos que tiene dedicados a la revolución, y sobre todo, por ser la ciudad en la que el Che Guevara alcanzaría una conquista decisiva para el triunfo de los guerrilleros. Por eso no es extraño ver imágenes del comandante por todas partes; en los edificios, en murales en las calles, en las paradas del autobús… De verdad, en todas partes.

Tan pronto llegamos, decidimos encontrar un hotel en el que poder instalarnos y dejar nuestro equipaje. Yo les ofrecí mi guía de hoteles de Cuba y la abrí directamente en la sección de los '5 estrellas', pero Marianne rechazó mi ofrecimiento. —A nosotros no nos gustan los hoteles; solo vamos a casas de huéspedes —dijo.

Me alegró oír eso. La verdad es que esa era mi idea original al venir a Cuba; hacer como Marianne y Alfred. Allí sabía que podría entablar conversaciones con la población local; pero Todd y sus preferencias burguesas me habían hecho cambiar un poco mi visión. No me imaginaba estar en un sitio sin ducha con hidromasaje, y la televisión por cable. Pero ya no estaba Todd, y no podía seguir poniéndole como excusa.

Mientras buscábamos, mi teléfono comenzó a sonar. Era un número que no conocía, pero mi móvil decía que era una llamada de Cuba. Debía ser del hotel; eran los únicos que tenían mi número en la isla. ¿Qué me habría dejado? Lo contesté y pregunté quién llamaba.

—Soy yo, Francine —me dijo.

—¿Yo quién? —pregunté pretendiendo no saber de quién se trataba.

—Tú sabes quién soy yo. El que le susurra a la mañana para que llene de rocío tu jardín.

Reí, porque me pareció muy lindo lo que decía. Estos poetas. Sin embargo, no podía mostrarme así ante él. No después de lo que había pasado entre los dos.

—Alexis…

—Ah, pero ¿tú ves que soy inolvidable? —comentó riendo, pero no le seguí el juego, así que de inmediato, cambió a un tono más serio. "¿Dónde estás? No te he visto más en La Habana, y me parece muy triste que te hayas ido sin despedirte. Tuve que pedir tu número de teléfono en la recepción del hotel, porque necesitaba comunicarme

contigo.

Le conté lo que había pasado en Cayo Coco, sin muchos detalles, y se preocupó mucho por mí.

—Mi amor, ¿cómo te va a pasar eso? ¿Cómo tú te vas a alejar así del bote? ¿Estás bien?

—Sí, Alexis… Emm… Hablamos mejor cuando regrese a La Habana, ¿sí?

—Ah, pero vas a regresar… Seguro que sí, Francine hermosa. Acá te estaré esperando.

—Bye.

—Hasta luego, Francine.

Terminé la llamada y guardé su número en mi móvil. ¿Qué rayos quieres con tu vida, Francine?, me pregunté.

Después de toda la mañana pensando y buscando alojamiento en casas de huéspedes y comparando precios; cosa totalmente ajena a mí, porque la pereza siempre me llevaba a quedarme con lo primero decente que encontrase, por muy caro que fuera; encontramos dos habitaciones en casa de una mujer a las afueras de la ciudad.

Mi habitación era económica, limpia, y la ventana daba a un patio interior donde había un pequeño huerto comunitario. La dueña de la casa se llamaba Melisa; una mujer muy simpática y que de inmediato se hizo buena amiga de Marianne.

Después de haber pasado la mañana de arriba para abajo, y como yo todavía estaba algo convaleciente, decidimos tomarnos la tarde para descansar, mientras Alfred iba a visitar a sus conocidos. Marianne y yo, nos quedamos con Melisa, que nos invitó a tomar café y nos contó muchas cosas sobre la ciudad. Según relató, su padre había sido un guajiro; un campesino que durante la dictadura de Batista se había lanzado al monte a hacer la revolución, y que había estado durante tres años a las órdenes del comandante Raúl Castro. Después del triunfo de la Revolución, había vivido bien en La Habana trabajando como funcionario público, hasta que decidió marcharse a Santa Clara para formar una familia, debido a ciertos asuntos políticos que lo apartaron del poder. Según nos contaba Melisa, “lo apartaron del gobierno porque no quería dejarse la barba.

En una de mis visitas al cuarto de baño de Melisa, me fijé en que al final del pasillo había una habitación pequeña por la que debajo de la puerta se asomaba una pequeña luz. Me acerqué, y lo que vi en ese momento me convenció de habíamos ido a parar a la casa de una satánica. Se trataba de un pequeño cuartito en el que había construido un modesto altar, y le rodeaban toda clase de imágenes de vírgenes y de santos negros montados a caballo. Algunos muñecos de trapo pendían de unos hilos, atravesados por agujas y por alfileres, y fotografías de personas pendían puestas en círculo alrededor de

pequeños cuencos llenos de los restos de algo que parecía incienso.

Al volver al salón donde charlaban tranquilamente Marianne y Melisa, intenté mantener la calma, pero mi cara debía ser un cuadro porque apenas me senté, Melisa se me quedó mirando y me dijo: —Chica, parece que viste un fantasma". "No, un fantasma no" y entonces, incapaz de contener mi nerviosismo y sintiendo que Marianne y yo corríamos inminente peligro, interrogué a Melisa por el altar pagano que tenía al fondo del pasillo. Melisa se echó a reír.

—¿Es que nunca has oído hablar de la santería cubana, chica?.

—Pues, no —respondí.

Y entonces Melisa me explicó una de las cosas más interesantes que había escuchado en mi vida.

—Como todo el mundo debe saber, la historia de Cuba es una historia de mestizaje de razas, culturas y religiones. Esto último es muy importante para entender los orígenes de la Santería Cubana. Muchos de los esclavos que durante los siglos XVIII y XIX fueron trasladados a Cuba, provenían de los alrededores del río Níger, en África occidental; concretamente de la etnia de los Yoruba. Todos ellos, tenían su propia religión que llevaban practicando cientos de años, formada a partir de unas prácticas mágicas y sincréticas, y la adoración de una serie de dioses animistas. Al ser esclavizado el pueblo de los Yoruba y ser trasladados a las plantaciones de azúcar de Cuba y de Brasil, a los yorubas les fue prohibida la práctica de su religión, y fueron obligados a abrazar el catolicismo.

Muchos de ellos aceptaron las enseñanzas del catolicismo, y esto es lo más interesante, estos solo lo hicieron aparentemente, ya que en esos santos católicos vieron similitudes con los antiguos dioses paganos de los yorubas, y los identificaron, de tal manera, que interiormente mantenían su antigua religión. A esos santos que dominan diferentes aspectos del mundo, velando por que cada mortal cumpla el destino que tiene marcado desde su nacimiento se les conoce como orishas, mi hermana.

Nuestra fe adora a una fuerza central y creativa llamada Olodumare. De él procede todo lo que existe y todo regresa a él. Olodumare se expresa a sí mismo en el mundo creado a través de Ashe, una especie de corriente energética, poéticamente llamada 'Sangre de la vida cósmica' que lleva el impulso de Olodumare hacia la vida.

A los sacerdotes de la santería se les conoce por el nombre de 'babalawos'. Son personas iniciadas en los rituales y en las prácticas que permiten el contacto con lo sobrenatural destinado a fines muy diversos: la adivinación, los sacrificios, la maldición, la curación. La religión no está directamente relacionada con un orden moral del mundo, es decir no se separa la realidad entre lo bueno y lo malo, y

no existe el concepto de pecado. Cada persona tiene un destino específico en la vida, y para ello está dotado de un ritmo vital. Si ese ritmo vital se interrumpe, la persona no podrá realizarse plenamente y andará por siempre perdida, vagando de un lado para otro.

Las palabras de Melisa sobre la santería me atrajeron y a la vez me dejaron profundamente impresionada.

¡Precisamente era lo que me pasaba a mí, que andaba tan desorientada! Algo en mí, ese flujo vital del que hablaba Melisa se había visto interrumpido en mi interior, y era incapaz de realizar mi destino. ¡Por eso había llegado a Cuba, para reencontrarme a mí misma, para retornar a ese camino perdido que en algún momento se torció!

—Lo que tú debes hacer —me sugirió Melisa después de que le confesase que me sentía totalmente perdida en la vida— es ir mañana mismo a visitar a mi babalawo. No hay excusas. Él te curará y te dirá lo que debes hacer.

Así que, al día siguiente, fuimos a visitar a Kumar, el babalawo de Melisa.

13

Silencio secreto

El babalawo Kumar vivía a las afueras de la ciudad. Melisa nos llevó hasta él, en el Cadillac azul cielo que su padre le dejó en herencia, y que es el coche que luce más de toda Santa Clara. Melisa aparcó el coche y nos bajamos Marianne y yo frente a una casa con un patio amplio. —Vayan por allá —nos dijo Melisa señalándonos una puerta en la cerca—, que es por allá por donde se coge el turno. Yo ahora las alcanzo.

Llegamos a una sala donde había gente sentada esperando. Dos mujeres que parecían trabajar allí estaban sentadas en dos sillas custodiando uno y otro lado de una cortina.

—¿La última?

—Yo —dijo una mujer indígena.

—Aquí pasarán cuando se les llame —gruñó una de las empleadas.

Marianne y yo nos sentamos. Me sentía segura porque estaba acompañada de Marianne, pero sé que si hubiese tenido que ir yo sola hubiese estado bastante asustada. Ese no era un sitio que me agradase del todo, todo me causaba cierta extrañeza. De golpe la cortina se abrió, y salió una mujer gritando, con una cabeza de gallina colgando del cuello, y la cara embadurnada en heces. Detrás salió un hombre negro, de mediana edad, que lucía unos cuernos y unas conchas colgando del cuello y de las orejas.

—Cóbrenle una curación, y un lavado de cutis. Y que pase el siguiente.

Detrás fue una mujer y se cerraron de nuevo las cortinas.

—Marianne, yo no sé si hemos hecho bien en venir aquí…

—Tu tranquila. Llevo mi navaja suiza.

En ese momento llegó Melisa. Pasaron cinco minutos y salió la mujer. Tenía la ropa puesta al revés, y estaba sudando.

—Cóbrale una extirpación de maldición y hazle precio amigo. El siguiente.

Melisa se levantó y me tomó del brazo.

—Somos nosotras.

Atravesamos la cortina, y entramos en la habitación del Babalawo Kumar.

El babalawo echó unas hojas a las brasas y nos preguntó qué era lo que habíamos venido a buscar.

—Quiero tomar la decisión correcta —le respondí—. Pero ando

completamente perdida.

—¿Cuándo te perdiste?

—Fue aquí al llegar a Cuba.

—No. Ahí fue cuando te diste cuenta, mi hermana. Yo te pregunto cuando fue que te perdiste.

—No… no lo sé.

—Llevas toda la vida perdida. Y es ahora cuando te diste cuenta. Siéntate preguntaremos a los huesos de los ancestros por tu futuro.

Me senté en un pequeño taburete que había frente a él. El babalawo volvió a avivar las llamas y una bocanada de pesado humo ascendió y se mantuvo durante unos instantes suspendida en el aire. El babalawo comenzó a recitar cosas que me parecieron incomprensibles, y a hacer movimientos bruscos con un rosario sobre unas imágenes religiosas. De vez en cuando bramaba algunas cosas en español, pero eran palabras inconexas que parecían pertenecer a alguna clase de oración pagana. Cerraba los ojos, y los volvía a abrir poniendo violentamente los ojos en blanco mientras gemía. De golpe, abrió el puño y chocaron contra la pared unos huesos que inmediatamente cayeron tomando determinadas posiciones.

—Ya veo —musitó pensativo.

—¿Qué dicen? —pregunté muy nerviosa.

—Dicen que el destino se escribe por sí solo, y que no hay transformación posible sin el sacrificio.

—No lo entiendo. Quiero saber si debo o no casarme con Todd.

—¡Qué impertinencia! Esto no es un consultorio amoroso, es interrogar a los ancestros para averiguar hacia dónde se dirige tu destino.

—Pero es que no entiendo lo que me dicen… yo por esto no pago un céntimo.

—Déjame ver si puedo pedirles que hablen más claro —respondió molesto.

Entonces el babalawo recogió los huesos, volvió a poner los ojos en blanco, a recitar sus oraciones, y arrojó de nuevo los huesos contra la pared.

—¿Y bien? —pregunté impaciente.

—Vuelven a decirte lo mismo. Que tengas claro que un cambio no se podrá dar sin una renuncia, sin un sacrificio.

—Pero, ¿eso qué tiene que ver con Todd?

—Francine, cariño, creo que la frase la debes interpretar tú según tu situación —intervino Melisa—, que, igual, si quieres cambiar de forma completa y encontrar tu verdadero destino, debes renunciar a lo que has sido hasta ahora…

—¿Y qué es lo que he sido hasta ahora?

—Eso solo lo sabes tú. Fin de la consulta. Debes arrancarle la

cabeza a esa serpiente y arrojarla contra la pared. Es el gesto de gratitud que les debes a los ancestros. Cuidado con el veneno.

Intenté hacer el gesto de gratitud que me solicitó, pero hice un desastre patético, del que no me siento para nada orgullosa.

Desde que salimos de la casa del babalawo Kumar, hasta que llegamos a casa de Melisa en coche, las tres nos mantuvimos en completo silencio. Yo pensaba en qué era lo que me habían intentado decir los ancestros, cómo podía aplicar esas crípticas enseñanzas a mi situación práctica. Si quería encontrar mi destino, debía sacrificar algo… ¿Qué era ese algo? ¿Todd? ¿Debía renunciar a casarme con él para encontrarme a mí misma? No, no podía ser… si renunciaba a Todd, renunciaba a toda mi vida anterior, me quedaba absolutamente sola, perdida y carente de todo el eje que había vertebrado hasta entonces mi existencia. Retumbaban todavía en mi mente las palabras del babalawo:

—Tú has estado toda la vida perdida, y es ahora cuando te diste cuenta.

¿Sería que la llamada de Alexis tendría algo significativo en ese destino? ¿Será que lo descubriré en La Habana? La mente me daba vueltas, pero trataba de no volverme muy loca pensándolo todo. ¿Por qué tendría importancia para mí un encuentro con algo que me era tan ajeno? ¿No podía ir a un psicólogo, como lo hace la gente normal? Y no lo digo porque no respete las costumbres de acá, o de los yorubas, pero, simplemente, no es mi manera de proceder. Todo era muy distinto a lo que seguramente harían en el hospital, donde trabaja Alexis, aunque fuese acá en Cuba también, pero ¿qué idea tenía yo de la vida?

Tanto Melisa como Marianne comprendieron que necesitaba estar sola para pensar, y no me insistieron con que fuéramos a ninguna parte. Por otra parte, Marianne parecía también algo turbada. Ya lo había notado yo que había estado un poco ausente desde que habíamos ido a ver al babalawo, pues en todo el viaje casi no había pronunciado una palabra. Le pregunté, y me dijo que estaba preocupada por Alfred, que había ido el día anterior a visitar a sus conocidos y todavía no había vuelto. No era habitual en él, y Marianne tenía miedo de que le hubiese pasado algo.

—Puede que le hayan secuestrado. Es algo muy normal en cualquier país de Latinoamérica según lo que tengo entendido —le dije a Marianne para ayudarle a llegar al fondo del asunto.

—Imbécil. No digas tonterías, que en Cuba no hay secuestros —intervino con rabia Melisa. “A ojos de tu país quizá seamos una nación tercermundista, pero te aseguro que estás en uno de los países más seguros del mundo, y con menor tasa de criminalidad. Aquí desde que llegó Fidel no hay pandillas, ni venta de armas, ni violencia producto

de mafias, ni del tráfico de drogas. Tampoco nos estamos disparando en las escuelas públicas. La ley es muy severa con quienes la infringen, pero te aseguro que da buenos resultados. En Cuba un turista y un cubano pueden andar tranquilamente con mucho dinero en el bolsillo sin temer que les pase absolutamente nada, ¿entendiste?.

—Tranquila… Solo comentaba posibilidades —respondí buscando disculparme.

—Pues que sean posibilidades reales —dijo Melisa con enojo.

Ante nuestra discusión, Marianne se mantenía ausente.

—Es extraño, no es propio de Alfred… —repetía una y otra vez—. ¿Qué le habrá ocurrido para que no vuelva a casa?

—Santa Clara también es famosa por sus prostitutas —sugirió Melisa.

—No. Alfred no es de esa clase de hombres —respondió mi salvadora.

—Mi ex-marido tampoco lo era —dijo Melisa.

—¿Conoces a la gente que Alfred había ido a visitar? —pregunté.

—No. Sé que vivían en un edificio azul de la Calle de la Independencia, por lo que él me dijo eran antiguos compañeros de trabajo.

—Eso está en el centro —dijo Melisa—. Podemos ir con mi coche a preguntar si saben algo

—Sí… me tranquilizaría mucho saber si Alfred está bien… Quiero averiguar si saben algo antes de preocuparme realmente y llamar a la policía.

—Entonces, está decidido —dijo Melisa.

14

Bajo la Superficie

La verdad es que era toda una experiencia recorrer Santa Clara con el Cadillac de Melisa; sin duda era el coche ideal para atravesar esas coloridas calles. Era descapotable, estaba muy bien cuidado y nos volvíamos el centro de atención por donde pasábamos. Yo me vestí para la ocasión, ya había pensado la primera vez que vi el coche que para subirme allí necesitaba un look especial, algo más de los años 50. Así que me até un pañuelo a la cabeza, y me puse unas gafas redondas estilo Audrey Hepburn. Me gustaba porque la gente me miraba como si fuese una importante actriz.

Al llegar a la calle Independencia, Marianne y yo nos bajamos. Teníamos que identificar cuál podría ser la casa porque Alfred no nos había dejado escrita la dirección por ninguna parte, solo sabíamos que se trataba de una casa azul. En otro lugar del mundo esa descripción hubiese bastado, pero no en Cuba, donde en una calle pueden haber siete u ocho casas de este color.

Comenzamos recorriendo la calle desde el principio. Es cierto que yo ponía toda mi voluntad en ayudar a Marianne, pero me encantaba que aquella gente me mirase tanto y cuchicheasen por dondequiera que pasaba, pensándose seguramente que yo era una famosa. Yo, por supuesto, hacía crecer estas sospechas dándome aires de celebridad. Casi no hablaba y andaba con la cabeza bien alta, tratando de seguir una línea recta imaginaria, como si fuese alguien de verdad importante.

Marianne estaba preocupadísima. Parecía que le atormentaba en exceso la desaparición de Alfred, y en el fondo a mí me parecía que tampoco tenía razones para ponerse así.

—Ya verás cómo tarde o temprano aparecerá, seguro que con cara de aliviado y un extraño olor a prostituta —le había dicho yo para consolarla, pero no me había escuchado. “

Alfred no es de esos. No, no… Estoy segura de que le ha pasado algo.

Cuando estábamos a punto de llamar a la última casa azul de la calle, Marianne se detuvo y se dirigió confidencialmente a mí.

—Mira, Francine, tengo que decirte algo. Alfred era diplomático, y trabajó en las embajadas del Reino Unido en muchos países de Latinoamérica, incluyendo Cuba. Desde hace un tiempo ya está retirado, pero sigue teniendo muchos contactos en todo el mundo. Últimamente, esos contactos le han estado pidiendo su ayuda para

algo – no me dijo el qué - que va a ocurrir en Cuba. Me temo lo peor, que lo hayan descubierto y lo hayan secuestrado… Si es así, no sé qué hacer

Después de lo que me acababa de decir Marianne, me sentí muy sorprendida. Ya me había parecido a mí que debía tener un trabajo importante para formar pareja con una buza militar. Así, si Alfred había acudido a esa casa en calidad de diplomático británico, hubiera sido posible que lo hubiesen identificado, detenido y que ahora estuviese siendo interrogado y torturado en algún sótano de alguna comisaría de Cuba. Y por lo que había oído, la policía secreta cubana no era precisamente conocida por su amabilidad.

Marianne golpeó la puerta con los nudillos, y esperó unos segundos. No parecía haber nadie en la casa. Volvió a intentarlo, esta vez llamando con más intensidad, pero no hubo respuesta.

—No hay nadie, vámonos —le dije.

—No. Es evidente que aquí hay alguien, pero no nos quiere abrir.

—Pues, déjalo. Alguna razón tendrá. Marchémonos, preguntémosle a aquellos que están sentados allá si les suena haber visto pasar por aquí a un turista británico.

—No me voy a marchar, Francine. Tengo una corazonada, y pienso que esta es la casa a la que acudió Alfred. Debo investigar.

Marianne metió la mano en el bolso, y sacó su navaja.

—Ven —me dijo, y rodeamos la casa asomándonos con cautela por las ventanas. Parecía ser una casa normal y corriente, no parecía haber nadie dentro. Llegamos a la puerta de atrás, y Marianne intentó abrirla, pero la puerta no cedió. Se aseguró de que nadie miraba y cogiendo un leve impulso saltó contra ella golpeándola con el hombro. La puerta se abrió, dejando ver un pasillo oscuro que conducía a unas escaleras. Marianne, haciendo gala de su profesionalidad como exmilitar de operaciones especiales, subió cautelosamente, medio agazapada y sin perder el contacto con la pared. Al llegar arriba, abrió la puerta, y se coló dentro de la casa.

Yo me quedé mirando como Marianne desaparecía tras el umbral, porque no tenía ningunas ganas de poner mi vida en peligro siguiendo la pista de un diplomático británico jubilado que acababa de conocer. Pero, ¿y si Marianne en algún momento necesitaba ayuda? ¿No me había salvado ella la vida en Cayo Coco? Le debía por lo menos un pequeño acto de coraje, aunque solo fuera para golpear a alguien que estuviera de espaldas. Pero no podía entrar desarmada, así que miré por los alrededores y agarré el palo de una escoba. Subí las escaleras intentando imitar como lo había hecho Marianne, y me colé en la casa.

Apenas entré, oí unos golpes y movimiento en la casa. Estaba muy nerviosa, el palo de la escoba me temblaba entre las manos.

—¡Imbécil! ¡Capullo! ¡Desconsiderado!

Era la voz de Marianne, que parecía muy enfadada. Corrí a encontrarla, siguiendo los gritos y llegando al salón de la casa. "Ay, ay, ay —se oía una voz que se quejaba. En el salón estaba Alfred, completamente despeinado y Marianne lo sostenía de una oreja, mientras le seguía gritando.

El salón de la casa estaba hecho un desastre: lleno de botellas de ron vacías; de vasos de cristal volcados y de ceniceros llenos de cigarrillos. Parecía que en esa casa se había celebrado una fiesta que había terminado no hace mucho. En el suelo vi una cinta rosa, que me llamó la atención y que seguí hasta ver que se perdía por debajo de una puerta. Abrí la puerta y tras ella, en lo que parecía un escobero se escondían dos chicas vestidas en lencería fina y un hombre de mediana edad, que igual que Alfred, iba completamente despeinado y con la camisa del revés. El hombre salió del escobero haciéndome la señal de que me callase y cerró la puerta dejando a las chicas escondidas tras de sí.

—¡Hombre, Marianne, cuánto tiempo! —dijo el hombre dejándose ver en el salón. Marianne por un momento dejó de concentrarse en martirizar a Alfred y miró al hombre sin mucha simpatía.

—Julián… No sé por qué, pero intuía que tu tenías algo que ver con que mi marido no volviese anoche a casa.

—Discúlpalo, chica, que fue culpa mía. Él vino a verme para tomarnos un café, rememorar viejos tiempos… y lo entretuve un poco más de lo que debía.

—Ya veo —respondió Marianne alzando la vista hacia el desorden de todo el salón—, pues menuda charla que os pegasteis. Estoy segura de que hasta los vecinos tuvieron que llamar a la policía. ¿Tú te crees que yo soy tonta? ¡Aquí montasteis una fiesta, y de las gordas!

—¿Fiesta? Bueno, así como una fiesta, tampoco fue una fiesta, mi amor —se defendió Alfred—. Fue… una reunión de amigos, para rememorar los viejos tiempos.

—¡Sí, una reunión de amigos a la que acudió todo el vecindario! ¡Mentirosos, juerguistas! ¡No te puedes ni imaginar lo preocupada que nos has tenido, a mí y a Francine, que no hemos pegado ojo en toda la noche porque pensábamos que te habían torturado! Así que desfilando para casa —le reprochó y le golpeó en el hombro.

—Y a ti —dijo dirigiéndose a Julián—. No quiero que vuelvas a juntarte con mi marido, que me lo llevas por el mal camino, y ya tiene sus años y el médico le tiene prohibido beber…

Salimos de la casa, primero yo, y luego Marianne llevando de la oreja a Alfred, que no paraba de disculparse. En la puerta nos estaba esperando Melisa con el Cadillac. Cuando me vio llegar, preguntó:

—¿Estaba con putas o no?

15

Amor inesperado

El día siguiente lo pasamos haciendo verdadero turismo en la ciudad. La verdad es que Santa Clara era una ciudad que me había ganado más por sus monumentos que por la amabilidad de su gente. Comimos en un restaurante, fuimos a tomar café… Pero lo que realmente me tenía intrigada era lo gracioso que era ver a Marianne y Alfred, con lo que había pasado el día anterior. Cuando llegó la tarde, me di cuenta de que, a pesar de lo bien que lo estaba pasando allí, debía comenzar a plantearme mi vuelta a la Habana y luego, mi inminente regreso a los Estados Unidos. Faltaban pocos días para la boda y todavía no estaba nada convencida sobre qué decisión tomar, y mucho menos después de la llamada de Alexis. ¿Cómo era posible que Todd no me hubiese llamado hasta el momento? Quizás me quería dejar disfrutar… La verdad no podía quejarme, pero, estaba tan confundida, que no sabía ni qué quería.

Fue difícil despedirme de esa amigable pareja con la que en tan pocos días había compartido tantos y tan buenos momentos. Comprendieron que debía resolverme y continuar el viaje yo sola, y me desearon los mayores ánimos para decidirme.

Alfred se me acercó para despedirse y me susurró:

—Francine, sé que sabes que estoy haciendo algo importante acá en Cuba, y quiero que sepas que tú también me puedes ayudar —sonrió y miró cauteloso hacia ambos lados de la calle. “Si puedes, de alguna forma, ayudar a alguno, así sea solo a uno de los habitantes de esta isla, por favor, hazlo —me pidió con fervor—. Esta isla es una belleza; un verdadero paraíso, pero su pueblo merece ver el resto de las maravillas del mundo que podemos ver tú y yo.

Esa era la razón por la que él estaba allí. Alfred me dijo que ya muchas personas habían empezado a salir 'gracias a la mano invisible de los corazones solidarios' y me expresó la importancia de que no le revelara esa misión, ni su identidad a nadie; a pesar de que no fuese un espía. Me sentí parte de algo muy importante, y le sonreí.

—Haré todo lo que esté en mis manos —le respondí como, muy probablemente, una diplomática lo haría, y hasta me sentí como una superheroína.

—Algún día te iré a ver a los Estados Unidos —me prometió Marianne—, y para entonces, espero que seas muy feliz, decidas lo que decidas.

Despedirme de ella me costó más que de nadie que hubiese

conocido en todo el viaje, y cuando nos separamos no pude evitar derramar algunas lágrimas.

Melisa también se despidió de mí, acompañándome con su Cadillac al aeropuerto.

—Ten muy presente lo que te dijo el babalawo y estate segura de que vas a encontrar tu camino —me aconsejó.

Se despidió de mí con un caluroso abrazo, y aprovechó para regalarme una estampita con la oración a Santa Clara de Asís, patrona de las decisiones difíciles.

—Rézale cada noche, deja la imagen junto a tu almohada y verás como todo se te arregla en poco tiempo, mi hermana.

Ojalá todo en la vida fuese tan fácil.

Cuando llegué a mi hotel de La Habana me informaron que durante mi ausencia había recibido un sinfín de llamadas telefónicas. Eran de Todd, que andaba algo nervioso por no tener ninguna noticia mía desde hacía días.

—¡Pensé que te habían secuestrado! —fue lo primero que me dijo cuando hablamos.

—¡Imbécil! ¿Por qué no me llamaste al móvil? Además todo el mundo sabe que en Cuba no hay secuestros —le respondí enfadada.

Hablamos poco rato, porque le dije que estaba cansada. Le conté muy por encima mi viaje por Cayo Coco y Santa Clara obviando muchas partes y él me contó lo muy atareado que se encontraba organizando todo para que estuviera perfecto para 'el día más importante de nuestras vidas'. Me prometió que nos llamaríamos al día siguiente, así que me di una ducha rápida y bajé a comer algo antes de que cerraran el restaurante. No habían pasado ni dos minutos desde el momento en que había llegado el restaurante, cuando apareció Alexis, como por arte de magia.

—¿Cómo está la muchacha más linda de toda La Habana?

—Bien, bien. Veo que tus amigos ya te han dicho que he vuelto a La Habana.

—¿Quiénes? Nos acabamos de encontrar por pura casualidad…

—Sí, claro…

—¿Decidiste ya si vas a abandonar a tu marido?

—A ti qué más te da eso.

—Me importa.

—Pues no debería porque no tienes nada que decir en este asunto.

Entonces Alexis se arrodilló frente a mí.

—¡Sí que tengo que decir… porque Francine… yo te quiero! No me asusta decir que te amo desesperadamente. Eres mi musa, eres para mí la flor más bonita en este desolador páramo desierto…

—No me recites ahora poesía Alexis por favor que no estoy de humor… —le supliqué pidiéndole que se levantara, pero Alexis alzó la

voz, para que todo el mundo en el restaurante pudiera apreciar la calidad literaria de su declaración de amor:

"Eres mi ángel,
el que todo lo guarda.
Eres mi luna,
y el lucero del alba.
Y por cada segundo que pasa,
que no te tengo a mi lado,
no hay belleza en el mundo:
un silencio apagado.
Por desgracia, con un tirano,
muy pronto te vas a casar.
Menuda mi suerte,
condenado a vagar,
peleando por las migajas otra vez más.
Así que no tengo elección.
Voy a desafiar
a tu prometido,
a un duelo a matar.
Al amanecer, en la colina de los Indianos
su hierro contra el mío.
Invierno contra verano.
¡Y que muera el más endeble y el menos cristiano!

La gente arrancó a aplaudir, y Alexis se vino arriba. Yo no me podía creer lo que estaba sucediendo.

—Están todos invitados al duelo, serán testigos de cómo mato a Teodoro y me gano el amor de esta preciosa mujer.

—Se llama Todd, y no va a celebrarse ningún duelo que valga —le grité a Alexis. "Todd está en Estados Unidos, y tú estás loco si piensas que vas a pelear por ganarte mi amor. ¡Porque no lo quiero!

—¿Qué Todd está en Estados Unidos? ¡Así que ha huido! Despavorido, se ha sentido amenazado y ha huido cual gacela espantada por el rugido del león, rey de la selva. Ja, ja, ja ¡La victoria es mía! —exclamó Alexis.

En ese momento no pude evitar soltarle una bofetada a Alexis. Es uno de los momentos en los que me he quedado más a gusto en mi vida.

—Alexis eres ridículo. Si en algún instante llegaste a interesarme, fue porque me imaginé que eras alguien que no eres. Y que yo también era otra persona distinta. Este viaje, Cuba en general, me ha enseñado a ser quien soy más auténticamente. A no juzgarme severamente por quien quiero o creo ser... Y a darme cuenta de que amo a Todd, pese a todo.

Se hizo silencio. Lo que acababa de gritar, allí delante de toda esa

gente, era la ansiada respuesta que llevaba todos estos días buscando. Había salido de mí, de mi garganta, y había sido mi voz la que la había pronunciado sin ser yo consciente de la vital importancia que tenían esas palabras. ¡Por fin me había dado cuenta de cuál era la decisión que debía tomar!

Emocionada por lo que acababa de descubrir, me marché airosa del restaurante. Dejé a Alexis allí plantado, con la marca de mi mano todavía caliente en su cara, y derramando unas lágrimas que luego le servirían para idear alguna de sus cutres poesías. Cuando llegué a mi cuarto, comencé a organizar mis cosas y a hacer las maletas. Me marcharía en el próximo vuelo a Estados Unidos, convencida por fin de que la decisión que iba a tomar era la correcta y la más auténtica de las que podía imaginar.

16

Un Triste Adiós

Tuve suerte de encontrar un asiento libre para el vuelo del día siguiente hacia Estados Unidos. El precio fue un poco desorbitado, pero merecía la pena. Sentía que, si no me marchaba esa misma tarde y me plantaba ante Todd, y le decía que quería pasar todo el resto de mi vida con él, nada en mi vida tenía sentido. Sentía que tenía la necesidad de irme, que Cuba me había dado ya todo lo que me podía dar, y que ahora tenía que volver y decirlo, decir el sí quiero para toda la vida.

A la mañana siguiente, mientras cogía mis maletas para salir, vi que junto a la puerta había una carta, que no podía ser de otro, sino de Alexis… Dudé por un segundo si leerla o no, pero la curiosidad acabó venciéndome y la abrí. Seguramente sería algún poema cutre.

—Amada Francine,

Puede que hayas rechazado mi amor y que tengas la certeza de que el imbécil al que llamas tu amado, sea, de alguna u otra forma, el amor de tu vida. No puedo hacer nada para cambiar tu corazón. Solo tú eres dueña de él, y por más que añore compartir el mí contigo y que tú compartas el tuyo conmigo, debo dejarte que tú misma tomes la decisión.

Independientemente, quería pedirte un favor, ya que sé que tú eres la única persona que conozco que podrá salir pronto de la isla.

Necesito viajar a Milán, en Europa. Pronto deberé asistir a una boda en Italia. Allá están mi hermana y mi cuñado, y para poder salir de acá, necesito ser invitado. Sé que te puede parecer un poco raro después de haberme conocido, y de la manera en que me conociste, que te pida que les hagas llegar una carta que te entregaré en la recepción del hotel.

Te confieso, que, a pesar de tener una vida acá y amar la isla, necesito salir de aquí. Quiero conocer el mundo y vivir en Italia; y sobre todo me gustaría vivir allá contigo, pero eso es puramente tu decisión y no pretendo exigirte nada. Solo te pido piedad y consideración. Entiende mi situación. Tú que has viajado por el mundo, probablemente, no entiendas lo que quiero decir, pero sé que me entenderás, porque tienes un corazón grande.

Créeme. Si vivieras conmigo en Italia, sería capaz de darte una vida mucho más feliz que la que te dará el idiota de tu prometido.

Jamás lo dudes,

Te amo,

Tu Alexis.

Recordé lo que me pidió Alfred, y pensé en todo lo que había conocido de Alexis, de Cuba y de su gente, y sentí no solo esa solidaridad, sino que mis latidos se volvieron a acelerar. Recordé ese momento bajo el agua de Cayo Coco, en que los peces disco giraban alrededor de mí y en que deseé a Alexis en mi cama. Estaba a punto de casarme, pero deseaba a este mismo hombre al que había abofeteado el día anterior. La convicción acerca de Todd y nuestra boda me había durado muy poco.

Estaba nerviosa. Cuando recorrí los pasillos enmoquetados del hotel con las maletas de ruedas en la mano, sentí una gigantesca añoranza. Sentía que debía irme, pero eso no me extirpaba la tristeza de todo el que abandona un bonito lugar en el que ha sido un poco feliz.

Bajé a la recepción, y me vino a despedir el gerente.

—Dígale a su marido que me debe una botella de whisky —me comentó y, pude ver que del otro lado del salón estaba Alexis con la carta que me entregaría y, también una cajita en sus manos. Le agradecí lo que había hecho por nosotros y le envié besos para su señora.

Tan pronto se había ido el gerente, me acerqué a Alexis. Mi corazón latía rápidamente, y lo primero que le dije fue: —perdóname.

—No te preocupes. Entiendo que me excedí.

—No, ese no es el problema. Yo no sé qué quiero con mi vida, pero creo que Todd es lo mejor para mí en este momento. Ayer lo que te dije, lo dije desde mi corazón.

—Lo sé. Eso fue lo que más me dolió —me respondió.

—¿Por qué?

—Un hombre como él no te merece —afirmó—. Y probablemente yo tampoco te merezco, pero soy mucho mejor que él.

No sabía si eso era cierto. Al final, ya él se había divorciado dos veces. No tenía idea de nada de él, pero lo que sí sabía es que quería que me tuviera entre sus brazos fuertes. Mientras pensaba todo esto, me entregó la cajita que tenía en sus manos.

—Esto es para ti, Francine. No quiero que me olvides —agregó.

—¿Qué es?

—Ábrelo, mujer. Lo más bello de un poema está adentro, no en la superficie.

Lo abrí y adentro había un brazalete de oro con una 'F' grabada. Me sorprendió mucho. Entendía lo importante que era que alguien como él, que vivía en la isla, me regalara algo tan costoso y de lujo. Se veía auténtico y no me cabía duda de que él me estaba dando una gran parte de su corazón. No lo resistí y lo besé. Lo besé con mucha pasión, allí en el salón del hotel, donde todos los empleados nos

podían ver y podían saber que él no era el hombre con el que me casaría el sábado.

—Quiero que sepas, Alexis, que no te olvidaré. Aunque esté casada con Todd, que es el hombre de mi vida —le dije—. Y que este sea nuestro secreto, y el de todos estos que nos rodean, y saben quiénes somos tú y yo.

—Te amo, Francine.

No le pude responder.

—Debo irme, Alexis. Pero dame la carta. Se la haré llegar a tu hermana y a tu cuñado en Milán. Y seguramente algún día nos volveremos a ver, con nuestras familias.

—Gracias, hermosa mía.

—Adiós, Alexis.

Me fui del hotel, besándole una vez más, pero sin atreverme a decirle que lo amaba. No tenía idea de si realmente lo hacía. Solo sabía que había hecho lo que me decía mi corazón que hiciera, y me sentí orgullosa… aunque una parte de mí se sentía tan triste… y me sentía un poco culpable por saber que, de alguna u otra forma, le estaba siendo infiel a Todd…

Tomé un taxi, con la bendita suerte de que me tocó mi amigo el charlatán. Agradecí todas y cada una de las palabras que durante aquel viaje me regaló, haciendo una verdadera clase magistral sobre la guerra de los 30 años. Le dejé una suculenta propina, y nos dimos un cordial apretón de manos para despedirnos.

No hay sitios más tristes que los aeropuertos. Recorrí los pasillos de la terminal del aeropuerto José Martí de la Habana, intentando retardar al máximo mi llegada al mostrador de embarque. Miraba por los cristales, y veía en el fondo, unos cañaverales.

Me marchaba. A pesar de todo lo que Cuba había significado para mí, yo me marchaba.

Cuba había aparecido en mi vida y ya pronto se iba a esfumar, pero había dejado una profunda huella que, estaba segura que iba a perdurar años.

Igual el momento más duro fue cuando estaba sentada en el avión, frente a la ventana, esperando a que el avión se preparase. Te digo adiós, Cuba, pero tus enseñanzas en mí perduran. Sí, sí, te digo adiós, pero todavía sigo mirándote, Isla Bella, desde la ventana del avión, cuando estamos despegando, y tuerzo el cuello y llevo la vista atrás, para verte quedar pequeña y desaparecer entre algún sitio entre el mar y el cielo.

Ya solo de ti me queda el recuerdo.

Aterrizamos en mi ciudad hacia las 7:30 pm. Había sido un viaje algo pesado, en el que, debido a la sobreexcitación, me había sido imposible conciliar el sueño. Y había durado unas seis horas, más o

menos. Hubo un momento en que sufrimos unas leves turbulencias debido a una tormenta. Yo miraba a través de la ventanilla, como las nubes descargaban violentamente contra las recias alas del avión, que resistían con fuerza hasta que atravesamos la última columna. Pero en ningún momento, y a pesar de las sacudidas del avión, tuve miedo. Estaba convencida de que no nos iba a pasar nada porque yo debía cumplir un cometido, y que no me tocaba todavía morir.

Al bajarme del avión, lo vi todo tan diferente a Cuba. La gente caminaba, vestía y se comportaba de otra manera. Tomé un taxi, durante el camino me entretuve en mirar las calles, que lucían tan diferentes a las de Cuba. Aquí eran uniformadas, faltas de color, con excesivo orden y pulcritud. Le pedí al taxista que me hablase de Kublai Khan. No sabía. Pues que me contase algo de la historia de su país de procedencia. Tampoco sabía. Él era taxista. —Pues qué aburrido —pensé. ¿Quién querría vivir en un país donde los taxistas solo son taxistas?

Llegué a casa, por fin. Llamé al ascensor, y en menos del tiempo previsto estaba ya en la puerta. Metí la llave en la cerradura, abrí la puerta…

No había nadie.

Estaba muy emocionada. Quería que llegase ya Todd, y poderle contar mis aventuras y decirle que me moría de ganas por plantarnos frente al altar y prometernos el amor eterno. No debía quedarle mucho, pues casi era la hora de cenar. Decidí hacerle algo especial de cena, con que sorprenderle agradablemente. Saqué una botella de vino. Me arreglé, lo preparé todo para que fuese una velada muy especial.

Pero Todd no llegaba. Dio la medianoche, y la cena se me puso fría, así que opté por guardarla. Traté de contactar con él, quizá se había quedado adelantando algo de trabajo. Seguro que con los preparativos de la boda se ha tenido que estar escapando del trabajo y luego tiene que recuperar horas extra. Pero en el trabajo nadie cogía el teléfono. Le llamé al móvil particular, pero ni siquiera daba señal.

Finalmente me dormí tarde, con la puerta abierta y la luz encendida por si llegaba en medio de la noche.

17

La Llamada

Al día siguiente me levanté muy temprano, y sin realmente haber descansado. Desayuné parte de la cena que había cocinado la noche antes, y me propuse a hacer aún algo de tiempo hasta que fuese hora, para llamar a alguien que me pudiera decir algo de Todd. En menos de una hora, él seguro que estaría en el trabajo, así que sabía que allí podía encontrarle a él, o a algún compañero que me pudiese dar alguna noticia. No pensaba que le hubiese pasado nada grave, pero me preocupaba que hubiese pasado la noche fuera.

No sé por qué, no sé si quizá fue una casualidad, pero estaba mirando por la ventana casualmente en el momento en que un coche blanco- un Audi A6- cruzó la calle y se detuvo frente a mi portal. De la puerta derecha delantera salió Todd, que permaneció un rato conversando con el conductor asomado a la ventanilla. Yo no alcanzaba a ver quién estaba al volante, solo podía ver un jersey azul, y una silueta que me parecía de mujer. Todd reía, alargaba la despedida como el que no quiere marcharse. Finalmente sacó la cabeza y el coche arrancó. Todd se dio media vuelta, entrando por el portal con una bolsa de viaje a cuestas.

Cuando abrió la puerta de casa, era obvio que no esperaba encontrarse a nadie. Entró risueño, silbando, y cuando llegó al salón y vio que la mesa estaba puesta para la velada que yo misma había preparado para la noche antes, comprendió que era muy probable que yo hubiese llegado. Me dolió ver que le cambió la cara. Esperé unos instantes, salí y fui corriendo a abrazarle.

—¡Amor mío! —exclamé.

—Hola, Francine, no te esperaba tan pronto…

—No aguantaba más las enormes ganas que tengo de que nos casemos. ¿Tú no?

—Sí… claro que sí.

—¿Cómo van los preparativos?

—Bien… supongo. Ha estado encargándose de ellos mi madre. Pero no te preocupes, para el sábado todo estará listo.

—¡Estoy entusiasmada! Tengo tantas cosas que contarte…

—Y yo tengo muchas ganas de escucharte, pero cariño, tengo que darme una ducha rápida e irme luego al trabajo. Nos vemos a la noche ¿sí?

—Supongo… ¿dónde has pasado la noche?

—Eh… tenía trabajo acumulado. Horas extra, ya sabes. Estuve

toda la noche en la oficina.

—Qué raro, llamé por la noche y nadie me cogió el teléfono…

—Es probable que hubiese salido a picar algo. O que me hubiese quedado dormido. A veces hecho una cabezadita. Bueno, cariño, no me puedo entretener más. Nos vemos a la noche

Todd se metió rápidamente en el cuarto de baño. Era evidente que me estaba ocultando algo. Su cambio de actitud, su falta de entusiasmo al verme, su siempre patente carencia de habilidad para inventar mentiras… ¿Y qué era eso de que había dejado encargada de los preparativos de la boda a su madre? ¿No había vuelto Todd de Cuba especialmente para dedicarse a ello? Nada en el rompecabezas encajaba.

Arrimé la oreja a la puerta del baño. Se oía el agua correr, y a Todd tarareando. Aproveché este breve instante para abrir la bolsa de deporte con la que había aparecido Todd, y descubrí que contenía ropa sucia. Unos pantalones, una camisa, unos calzoncillos, unos calcetines. Un pequeño neceser de viaje, una toalla, unas zapatillas de esas que te regalan en los hoteles. Miré los envases de los pequeños botes de champús que había en el neceser. “Hotel Remington” Estaba claro que Todd había pasado la noche fuera, y ya sabía dónde.

Oí como Todd estaba terminando de secarse el pelo, así que me apresuré a cerrar la bolsa y a dejarla tal como estaba. No podía ocultar que en ese momento me sentía enfadadísima. Acababa de regresar de Cuba, donde había experimentado un cambio vital, estaba decidida a casarme con Todd y a pasar el resto de mi vida con él. ¿Y con qué me encontraba? Con un mentiroso, un jodido cochino mentiroso que me engañaba y probablemente estaba follándose a otra. ¡A tres días de la boda, después de que yo me hubiese resuelto a pasar toda una vida de matrimonio y fidelidad con él! Ya ni me sentía culpable de haber besado a Alexis.

Fui hasta la cocina. Abrí los cajones y comencé a sacar algo de verdura fresca. Comencé a trocearla con rabia, coloqué sartenes y ollas en la cocina. Preparar comida siempre me ha relajado, pero hay momentos en que una se siente tan enfadada que es imposible que te relaje nada en el mundo. Intenté tranquilizarme, hacer respiraciones tal y como me habían enseñado en la clase de yoga. Quizá solo no tenía la historia completa, quizá no había interpretado del modo correcto las evidencias. Tampoco había evidencias tan claras… en la bolsa no había encontrado nada que pudiese ser prueba condenatoria, como una caja de preservativos o algo así. Llevaba muchas horas sin dormir, con demasiadas emociones durante los días anteriores, y reconocía que quizá mi cabeza estuviese un poco disparada.

Todd salió del baño, ya vestido con su habitual traje del bufete. Me fue a abrazar por la espalda, y me dio un beso. —Nos veremos a la

noche. —Se fue hacia la puerta para marcharse, y en ese momento yo me giré.

—¿Quieres que lave la ropa de la bolsa? —le dije tratando de ver cómo reaccionaba.

Todd se quedó por un momento en silencio. Sin darse la vuelta preguntó: —¿Qué bolsa?

—La bolsa de deporte que has traído esta mañana, apareciste con ella por la puerta.

Todd se giró hacia mí, haciendo gala de una sonrisa forzada.

—Te equivocas amor. No he venido con ninguna bolsa de deporte… cuando he entrado venía tan solo con el maletín del trabajo. Estás… cansada. Necesitas dormir algo, se nota que no has descansado bien desde hace tiempo. ¿Por qué no aprovechas la mañana y te echas una siestecita? Yo intentaré que me dejen salir hoy antes para llegar pronto a casa, y estar juntos antes de cenar. ¿Te gustaría eso, amor mío?

—Sí, claro… —dije algo dolida por lo que Todd me acababa de soltar.

Entonces me dio un beso en la frente, y se marchó al trabajo.

No habían pasado ni diez minutos desde que Todd había desaparecido por la puerta, y yo ya estaba colérica poniendo toda la casa patas arriba. No había ni rastro de la bolsa. No podía ser… yo la había visto, la había abierto, había encontrado pruebas bien palpables de que Todd había pasado la noche en el Hotel Remington, seguramente con la mujer que le trajo a casa en el coche blanco. ¡Pero ahora la bolsa había desaparecido! Y Todd me había hecho creer que todo había sido idea mía...

Descolgué el auricular del teléfono, llamé al servicio de números de teléfono de la ciudad para que me facilitasen los datos del hotel Remington. Llamé y esperé tres tonos, me contestó amablemente una mujer de recepción.

—Oiga, necesito saber si mi marido pasó anoche por el hotel, se llama Todd Nagel y…

—Lo siento, pero no facilitamos datos personales de nuestros clientes —me interrumpió.

—No es ningún dato personal, simplemente le quiero pedir que me confirme o no que mi marido estuviese anoche allí…

—Lo siento, pero el hotel tampoco puede darle esa información, estamos comprometiendo la privacidad de nuestros clientes y…

—¡Me importa una mierda la privacidad de sus clientes! Mire, le hablo de mujer a mujer, ¿usted tiene pareja?

—Sí…

—Pues imagínese que quedan tan solo tres días para casarse con ella, para pasar el resto de su vida juntos. Imagínese que, a esos tres

días, encuentra pruebas casi suficientes para confirmar las sospechas de que su futuro marido le está pegando los cuernos con otra. Querría saberlo a ciencia cierta, ¿verdad?

—Supongo…

—Pues yo también. Estoy desesperada, necesito que me haga este favor, que se salte por un momento el derecho de la privacidad de sus clientes para que me confirme o no, si mi prometido pasó allí la noche de ayer. Se lo suplico… ayúdeme —le imploré.

Se hizo silencio. La recepcionista parecía dudar al otro lado del teléfono.

—Está bien —respondió al cabo de unos segundos—. Repítame cómo se llama su prometido

—Gracias, gracias, le estoy muy agradecida de verdad. Se llama Todd Nagel.

La mujer tecleó el nombre en la base de datos, y pasaron unos segundos en los que no se dijo nada. La recepcionista podía oír los latidos de mi corazón, que latía desesperado al otro lado del teléfono.

—Pues según nuestros datos aquí no ha estado nunca ningún Todd Nagel.

Esa respuesta no me la esperaba, y me dejó completamente en blanco.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó la recepcionista al no oír ningún tipo de respuesta.

—Sí. Gracias. Muchas gracias. Se lo agradezco, de verdad.

Colgué el teléfono, y me dejé caer en el sofá. Quizá realmente estaba muy cansada, y lo único que necesitaba era dormir un poco. Después de esto, había quedado demostrado que la cabeza me estaba jugando malas pasadas.

18

Preparativos matrimoniales

Me desperté tumbada en el sofá cuando casi daban las cuatro de la tarde. El sueño, después de haber averiguado que Todd no había pasado la noche en un hotel junto a otra mujer, había sido tranquilo y reparador. Me sentía bien, descansada y lista para afrontar los dos últimos días antes de la boda.

Lo primero que hice fue llamar a mi madre para decirle que ya había regresado. Mamá se puso contentísima, y me vino a ver inmediatamente para ayudarme a probar el vestido para el gran día. Vinieron también algunas amigas para aconsejarme, y entre ellas estaba, ¿cómo no?, Martha.

—Veo que finalmente has resuelto a quedarte con Todd. Lo entiendo, pero no lo comparto. Seguro que la onda de un cubano te hubiese sentado mejor —me dijo Martha cuando me abrazó, después de tantos días sin vernos.

Yo estaba contenta. A pesar de aquellas terribles horas de sospecha que había atravesado como un mal trago, notaba que todavía me perduraba el entusiasmo y la vitalidad que Cuba me había otorgado. Me sentía lo suficientemente fuerte y valiente como para lograr cualquier cosa.

—Vas muy mal de tiempo, tienes tantas cosas todavía por arreglar antes del gran día —me intentaba presionar mamá.

—Mamá, todo saldrá bien. Lo importante es que Todd y yo nos queremos, y el sábado vamos a darnos el 'sí quiero'. De qué color sean las flores, o qué nos den de postre en el restaurante, no me importa tanto.

Fue una tarde muy entretenida. Entre todas mis amigas me ayudaron a personalizar un poco el vestido y a hacerlo más moderno. Al fin y al cabo, lo había llevado la abuela de Todd y, aunque se trataba de una bonita pieza, necesitaba algunos arreglos para actualizarlo. Antes de que dieran las nueve, regresó Todd.

—Hola, Todd —saludaron todas mis amigas al verle entrar por la puerta. Todd se sintió un poco violentado frente a tanta mujer. Ellas le distrajeron un poco mientras yo me escondía, porque como por todo el mundo es sabido, el futuro marido no puede ver a la novia con el vestido antes de la boda. Cuando me había cambiado, salí a darle un beso.

Al cabo de un rato, todas mis amigas y mi madre se habían marchado. Me disculpé con Todd por el comportamiento que había

tenido con él esa misma mañana, y le dije que efectivamente era culpa de la falta de sueño y de las muchas emociones vividas en tan poco lapso de tiempo.

En ese momento, lo vi, y sentí una pasión muy fuerte que se apoderaba de mí, y pude notar que en él también surgían esas ganas. Nos acaloramos, nos tocamos y, antes de cenar, sobre la mesa del salón, lo hicimos, como no lo habíamos hecho en meses. Disfrutamos tanto de nuestros cuerpos, que, por un momento, me sentí de nuevo como la primera vez que lo hicimos.

Luego, exhaustos como estábamos, nos vimos con mucha hambre y con poca fuerza como para cocinar algo elaborado. Saqué lo que quedaba de la deliciosa cena que había preparado el día anterior, y nos la comimos acompañándola con un par de botellas de vino. No sé si eran los calores de la noche, o la magia de Cuba que todavía me latía en el cuerpo, pero en esos instantes fui consciente de que había tomado la correcta decisión al regresar, y que mi destino no podía estar en otra parte. Las dudas que me habían asaltado en Cuba ya quedaban como un leve rumor del pasado, y las emociones de presentir la boda cerca, quedaban descubiertas a flor de piel.

Al día siguiente, ya era viernes, y quedaban muy pocas horas para el gran día. Me levanté temprano, porque con la emoción casi no podía dormir, y vi el sol salir por la ciudad a través de la ventana del apartamento. Me sentía reconfortada; el mundo era tan bonito. Podía tener momentos malos, podía haber épocas difíciles, y tiempos oscuros, pero era innegable que, pese a todo ello, el mundo era capaz de albergar una gran belleza.

Todd comenzaba ese día unas breves vacaciones que desde el bufete le habían concedido para celebrar la boda. Los dos estábamos muy cariñosos, y nos pasamos la mañana en casa, haciendo llamadas telefónicas que nos confirmasen que todo iba bien, y rematando los últimos asuntos pendientes. Comimos, y por la tarde Todd se ausentó, aludiendo que estaba terminando de afinar los detalles de una sorpresa.

Yo me pasé la tarde deshaciendo las maletas y colocando los souvenirs y recuerdos que me había traído desde Cuba. Aquel había sido un viaje tan especial. Tenía allí la estampita que me regaló Melisa y un pequeño llavero del Ché Guevara que decía “Viva la Revolución —al presionar un botón, que compré en la Plaza de Camoes; solo porque me pareció gracioso que vendieran mercancía comunista.

Había vivido tantas cosas, había descubierto tantas otras, había sido consciente de la necesidad del curso de los acontecimientos. Ya no me sentía como arrastrada por una corriente que me empujaba inconscientemente a hacer lo que se supone que debía hacer. Ahora había tomado las riendas de mi vida, y hacía lo que hacía porque

realmente lo quería hacer, porque había comprendido su total necesidad.

¿Qué diría si me viese tan contenta Marianne? Seguro que se alegraría. ¿Y Alfred? ¡Ese pilluelo de Alfred, que parecía un viejo adorable y luego a la primera de cambio se armaba una fiesta con sus amigos y prostitutas! Recuerdo que al día siguiente de lo ocurrido en la fiesta me dijo: —Francine, sé que tú descubriste lo de las prostitutas. No se lo digas a Marianne. Te juro que yo ni las toqué, yo respeto mucho a esas señoritas y respeto que ejerzan su digno y muy respetable oficio, pero yo siempre me mantengo al margen. Solo tengo ojos para Marianne y ¿sabes lo que sería capaz de hacer ella si se enterase? ¡Me mataría!.

Pensar en esa pareja me hacía enternecer. ¡Se querían tanto! Y en pocas horas Todd y yo nos juraríamos ese amor eterno, esa fidelidad a prueba de montañas, ese vínculo eterno que nos marcaría de por vida y que nos mantendría juntos más allá de la muerte…

En ese momento, vi entre mis cosas, el brazalete que me había regalado Alexis. Me hallé atrapada pensando en él de nuevo; y resonaban las palabras de Martha en mi cabeza. Le daba vueltas y noté que había algo más en el brazalete. Pude ver que en la parte interna tenía una “A”. Ese Alexis, quería hacerse más que inolvidable. Quería quedar grabado en mí.

Me llené de curiosidad y abrí la carta que Alexis escribió a su hermana y su cuñado en Italia. Esa que entregaría a la oficina de correos para hacerla llegar a ellos. Sorprendida por lo escrito, copié los contenidos en una hoja en blanco, por motivos de seguridad. Debía entregarla lo más pronto posible. Me imaginé yendo también a esa boda a la que dijo Alexis que debía asistir, y me sentí muy feliz solo con la idea.

El sonido del teléfono interrumpió mis pensamientos. Descolgué de inmediato, y una voz femenina preguntó:

—¿Todd?

—¿Quién es? —contesté figurándome que sería alguien del catering, o de algún otro asunto que la madre de Todd había organizado para la boda.

Hubo un brevísimo silencio y quienquiera que fuese colgó inmediatamente el teléfono.

Me dejó intrigada, como si la sombra de la duda hubiese vuelto a asomarse a pocas horas de dar el 'sí quiero'.

19

Boda

Llegó el gran día. Todd y yo acordamos que, la noche previa a la boda, dormiríamos separados, y él iría a dormir a casa de su hermana hasta que al día siguiente nos encontrásemos para ponernos los anillos frente al altar.

Mamá vino a compartir la última noche conmigo antes de dar el gran paso. Le hablé de lo que viví en Cuba, de las dudas que me surgieron y de cómo, pese a todo, terminé resolviendo a casarme con Todd. Mamá estaba muy orgullosa de la decisión que había tomado.

—Es normal tener dudas, yo también las tuve cuando me casé con tu padre. Y Todd y tú, ya dabais por sentado que pasaríais el resto de vuestra vida juntos. Es bueno que te hayas parado a pensarlo seriamente, que te hayas desligado de él un poco para pensar más allá de lo que todo el mundo espera de vosotros. Esas dudas, han sido muy sanas y muy normales. Estoy muy contenta de que hayas visto por ti misma cuál es tu verdadero camino.

Le agradecí tanto a mi madre que me dedicase esas palabras. Ahora tenía todo lo que una persona en el mundo pudiera desear: una familia que me quería y me apoyaba, un futuro marido del cual estaba profundamente enamorada, y un bonito porvenir criando una familia, creando un hogar y ocupándome de los míos. Esa era la vida que yo había escogido, que me iba a realizar como persona y que nada en el mundo me podía arrebatar.

O por lo menos eso creía yo.

La mañana del sábado, el gran día, se presentó algo nubosa. Cayeron unos pequeños chubascos por la mañana, pero enseguida escamparon dejando el ambiente refrescado y un limpio cielo azul. Desde muy pronto mi madre me había levantado de la cama, porque según ella había todavía mucha faena por hacer.

—Debes cambiarte, peinarte, vestirte, maquillarte… ¡No vamos a llegar a tiempo!

—Son las seis de la mañana mamá, hasta mediodía hay tiempo de sobra para hacer todas esas cosas

—No, no y no. No pienso dejar que arruines las fotografías de tu boda por haberte quedado en la cama hasta tarde.

Así que mamá en un momento descolgó el teléfono y llamó a cuatro amigas para que le ayudasen a vestirme y peinarme. Yo no soy de ponerme tanto maquillaje, y os juro que esas cuatro horas que me tuvieron allí sentada, meneándome de arriba para abajo, poniéndome

mascarillas, cremas, rulos, pintándome las uñas, maquillándome, alisándome el pelo, volviéndomelo a ondular, encrespándomelo, por si no había sido suficiente, y me dejaron agotadísima.

Finalmente, a eso de las once ya estaba vestida y bien lista para casarme, pero como todavía faltaba una hora, me tuvieron dando vueltas por el barrio con el Mercedes de mi padre. Cuando pasamos por una de las oficinas de correo, recordé a Alexis, y por suerte, llevaba en mi bolso la carta de Alexis. Le pedí a mi madre que me dejaran allí un momento que debía entregar una carta de un cubano que quería hacerle llegar un mensaje a su familia.

A mamá le pareció inoportuno, pero también dijo que le parecía muy lindo que ayudara a "esas pobres personas de Cuba.

Entré a la oficina y escribí dejé una nota disculpándome por haber abierto la carta, sin firmar, sin mi nombre, pero con una dirección (la de Martha) y una petición de que, por favor, me informaran cuando Alexis estuviera en Milán. No podía creer que la última cosa que haría antes de casarme con Todd, sería pensar en Alexis.

Ya era la hora, pero mi madre se empeñó en que la novia tenía que hacer esperar y hacer sufrir algo al novio plantado frente al altar, así que esperamos otros quince largos minutos más.

Por fin llegamos a la iglesia. Me bajé del coche y mi padre me sujetó del brazo.

—Francine… estás guapísima. Hoy es un día muy importante para nuestra familia. Nuestra pequeña por fin se va a casar. Estoy muy orgulloso.

Sonreí. Miré la puerta de la iglesia, como si detrás me esperase una nueva vida; un nuevo destino que, de un momento a otro, iba a abrazar con todas mis fuerzas. ¡Sí, sí, sí! Me sentía la mujer más afortunada del mundo. Empujé la puerta de la iglesia y entonces la música comenzó a sonar. Los invitados se pusieron en pie. Estaban todos nuestros amigos y nuestra familia, vestidos con sus mejores trajes, pendientes de mi lento avanzar por ese pasillo alfombrado con pétalos de rosa. En el fondo de la iglesia, frente al párroco, estaba Todd. Iba muy guapo. Tenía un traje azul marino, con una flor blanca en la solapa. Iba bien engominado y peinado de manera que parecía mayor de lo que era, cosa que a mí me gustaba.

La música cesó suavemente cuando llegué frente al altar. Todd y yo nos cogimos de la mano, el sacerdote hizo una señal para que nos sentáramos y toda la iglesia obedeció.

Llegó el turno del sermón del sacerdote.

Al principio, como estaba tan emocionada, sus palabras sonaban como música para mis oídos, cargadas de una importancia trascendental para mí. Debía interiorizarlas y recordarlas, pues

bendecían la unión eterna entre nosotros. Pero ya, cuando el sermón del sacerdote superaba la media hora, y a alguno de los asistentes se le oía echar una cabezadita, yo misma estaba deseando que terminase.

—…y es por eso, que hoy nos hemos reunido aquí para unir en el Santo Matrimonio a Francine Williams y a Todd Nagel. Por favor, los anillos

Un muchacho trajo entonces los anillos.

—Todd Nagel, ¿aceptas a Francine Williams como esposa para honrarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Sí quiero.

—¿Y tú Francine, aceptas a Todd Nagel como esposo para honrarlo y respetarlo en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—…Sí quiero.

—Entonces, yo os declaro marido y mujer.

Nos besamos y sellamos ese momento que marcaría el resto de nuestras vidas.

20

Despertar temprano

Cuando llegamos al restaurante estaban todos los invitados esperándonos. Llegamos tarde, algo que, de ningún modo, estaba previsto. Al fin y al cabo ¿quién quiere hacer esperar a un regimiento de personas hambrientas que han estado durante casi dos horas escuchando impasibles un aburridísimo sermón? Todd y yo salimos de la iglesia a eso de las dos de la tarde, y luego tardamos casi una hora en recorrer un camino que perfectamente se hubiese podido hacer en diez minutos en coche. ¿El motivo? Se había pinchado una rueda del Mercedes. Quizá fue ese el primer síntoma de que nuestro matrimonio no iba a llegar por sí solo a ninguna parte.

Pero, en ese entonces, yo aún no podía ver que acababa de cometer el mayor error de mi vida casándome con Todd.

La primera evidencia de que nuestra boda había sido un completo desatino la encontré el mismo día en que oficiamos nuestro enlace. A partir del incidente del Mercedes, todo empeoró. Llegamos y teníamos a los invitados de muy mal humor. El abuelo de Todd estaba enormemente molesto. “Estas no son horas de darle de comer a una persona mayor”. Estoy seguro de que si el pobre hombre no hubiese estado tan hambriento, nos hubiese tirado la comida a la cara y nos hubiese despachado a bastonazos.

Realmente Todd y yo casi no comimos. Saludábamos a la gente, nos tomábamos fotografías, nos parábamos a escuchar algunas poesías que algunos invitados se habían molestado en escribir para nosotros. No sé por qué la gente dice que en las bodas se come tanto, si yo no probé bocado alguno. Veía pasar los canapés de un lado para otro, los entrantes, los primeros, los segundos, los postres, el café. Cuando por fin terminamos de saludar a todos los invitados y nos dejaron en paz para comer un trozo de tarta, comenzó el baile, que, naturalmente, tuvimos que abrir. Y luego más de uno que quería bailar con la novia, y luego con el novio, y una fotografía por aquí y otra por allá…

El único respiro que tuve fue un momento en que me escapé para fumar un cigarro. No fumaba, pero si fumar me permitía salir por un momento de esa casa de locos, comenzaría a hacerlo en ese mismo instante. Salí, y vi que el cielo se había vuelto a encapotar y que nubes grises comenzaban a amenazar con aguarnos la velada con tormenta. Respiré hondo. El aire se había vuelto más fresco y húmedo. A lo lejos me pareció ver a Todd hablar con una mujer. Era fácilmente identificable por su traje azul, la mujer era bajita y rubia, pero no iba

vestida como para haber asistido a la ceremonia, sino que lucía unas prendas más bien de calle. Caminaban hablando, y Todd miraba en algún momento hacia los lados, como nervioso de que alguien le viese.

Fue su actitud, algo en ese gesto de verse comprometido, lo que me llevó a pensar en que estaba ocurriendo algo extraño. Decidí no perderles de vista, y les seguí desde lo lejos, hasta que se plantaron frente a un Audi Blanco. Ese coche… ¡ya lo había visto antes! Fue el coche que trajo a Todd a casa la mañana en que me convenció de que se había pasado toda la noche en el bufete trabajando. No me lo podía creer… Recordé lo de la bolsa de deporte, el hecho de que Todd me había hecho creer que había sido imaginación mía.

¿Podía ser verdad? ¿Podía Todd haber estado engañándome todo este tiempo y yo, viviendo en la inopia como una imbécil, sin haberme dando cuenta hasta el mismo día de mi boda? No, no podía ser, Todd y yo nos queríamos. ¿Y si era así por qué estaba hablando con aquella chica, allí tan apartados del resto de la gente, como si él no quisiera que les sorprendiese nadie? Esperé. Se despidieron con un cariñoso abrazo. Ella entró en el coche, y él la saludó con la mano hasta verla desaparecer por la entrada del restaurante.

Esperé a que Todd estuviese cerca del restaurante, y salí a su encuentro. Creo que pudo percibir mi estado de nerviosismo.

—¿Dónde estabas, Todd? Te perdiste en el baile.

—Fui a despedir a Roberto, que ya se marchó. Tenía que cuidar mañana de su hija… no quería quedarse hasta tarde.

—Roberto… juraría que le vi marcharse hace un rato.

—Pues acabo de despedirme de él ahora.

—Ya —esbocé una sonrisa falsa para no delatar mi enfado.

—Te quiero, Francine. Soy tan feliz de haberme convertido en tu esposo.

No me podía creer lo falso que era. ¿De verdad era capaz de decirme que me quería después de mentirme en la cara, y de haber estado con su amante el día de nuestra boda? Fue en ese momento cuando comprendí que me había casado con un grandísimo hijo de puta.

Pero… ¿no estaría haciendo yo una serie de suposiciones exageradas? ¿Cómo sabía que aquella chica era realmente su amante, si nunca les había sorprendido juntos, si tan solo los había visto abrazándose junto a un coche blanco? Necesitaba una prueba, una pequeña prueba y tendría todo lo que necesitaba para confirmar mis sospechas de que Todd, desde el primer día de casados ya me era infiel.

—Yo también. Yo también soy muy feliz de haberte aceptado como esposo, Todd Nagel.

Dije estas palabras dejando traslucir algo de mi rabia. Me

molestaba mucho el descaro con el que me mentía. Él no tenía ni la menor idea de lo que pasó entre Alexis y yo, pero eso no importaba. Yo había tomado mi decisión y ahora tenía que saber más al respecto. No podía quedarme de brazos cruzados sabiendo que mi esposo me estaba siendo infiel, y era tan hipócrita que me decía que me amaba después de haberse encontrado con esa desgraciada. Aunque quizás la desgraciada era yo, que sentía haber tomado la decisión incorrecta.

—¿Estás bien?

—Claro. Es el día de nuestra boda, ¿por qué no debería estarlo?

—No lo sé. Te noto ahora algo extraña.

—Es la emoción

—Ah… Será mejor de que vayamos adentro, los invitados deben estar preguntándose por nosotros

—Ve tú. Ahora te alcanzo

Todd entró en el restaurante, y yo me quedé mirando el horizonte. El cielo se partía atravesado por relámpagos, y las nubes grises comenzaban a descargar una tromba de agua sobre las luces de la ciudad. Una bonita imagen que reflejaba, a la perfección, cómo me sentía por dentro. Pero las cosas, y eso ya lo tenía muy claro, no iban a quedar así.

21

Tesoros escondidos

Es una vergüenza para mí admitir que nuestra noche de bodas fue una auténtica página en blanco. Todd estaba muy borracho, y a mí, desde que había descubierto que algo serio me estaba ocultando, no me agradaba tener con él ninguna clase de contacto físico. Desde la escena del parking escasearon los besos. Algunos invitados advirtieron que entre nosotros algo había cambiado desde esa misma mañana. Todd se empeñaba en decirles que no, que nos queríamos mucho y se esforzaba en darme muchos besos, a los que yo no le correspondía. El resto de las fotografías que me sacaron aquella noche fueron fotografías sacadas a un alma en pena. Pero como la mayoría de gente ya estaba muy borracha, no hubo quien se fijase con demasiada insistencia.

Llegamos a casa, y Todd era incapaz de quitarse los zapatos. Cuando lo logró, me tumbó en la cama, consciente de que tenía que cumplir un deber ineludible como esposo. Me levantó el vestido, me bajó las bragas y se tumbó encima sin ningún tipo de preparación previa. Intentó empujar, pero algo en él no funcionaba del todo. Se apartó de mí e intentó estimularse manualmente. Nada. Estaba tan borracho que no sabía ni donde tenía la polla. Cuando creía que ya lo había conseguido, volvió a tumbarse encima de mí, y después de dos sacudidas se quedó dormido sin terminar lo que había empezado.

Lo aparté de encima, me subí el vestido. El reflejo del espejo mostraba una mujer triste, vestida para el día que tenía que ser el más importante de su vida, para el que tanto tiempo se había estado preparando. Miré a Todd. Dormía con los pantalones bajados. Era ridículo. Aquel capullo, a quien yo creía haber conocido en profundidad, me había estado engañando como a una tonta. Yo misma, que había creído comprender en Cuba que debía volver para casarme con él, ahora me daba cuenta de que era un grandísimo hijo de puta, y yo una completa idiota.

Encima de la cómoda habían unas tijeras que por la mañana habían servido para hacer unos arreglos al vestido. Las cogí, mirando como brillaba el metal y viéndome parte de la cara reflejada en las cuchillas. Miré a Todd. Debo confesar que, por un momento, por un pequeño e ínfimo instante, imaginé el placer que me produciría el clavarle las tijeras en su pecho. Seguro que se despertaría gritando, para escupir algo de sangre antes de que el metal le atravesase de manera irreconciliable el corazón, y su vida se extinguiese en un

momento entre mis manos.

Confieso que por un momento lo pensé, pero no lo hice. No, Todd no se merecía morir tumbado en la cama, así de golpe y sin casi poner resistencia. Si Todd efectivamente era un infiel, cosa que todavía estaba por ver, merecía un destino peor.

A la mañana siguiente me desperté, siendo consciente de que durante los próximos días mi vida no iba a tener otro propósito sino encontrar la definitiva respuesta a la pregunta que durante días me iba a estar acechando: ¿quién era la mujer del coche blanco?

No sabía por dónde comenzar. Debía comenzar por los datos de los que disponía. Un Audi A6 blanco, una bolsa de deporte, unos champús del Remington… ¿una llamada? Recordaba la noche que me había quedado a dormir con mi madre. Alguien, presumiblemente una voz de mujer había preguntado por Todd y luego inmediatamente había colgado. Quizá era ella. Quizá llamó, pensándose que iba a encontrarse con Todd y cuando oyó mi voz colgó aterrada. Quizá todavía estaba su número en la memoria del teléfono y podía contactar con ella pulsando el botón de re llamada.

Corrí al salón y nerviosa, sin saber muy bien lo que iba a decir, pulsé el botón.

Sonaron dos tonos. Luego una voz de mujer:

—Francine, cariño, ¿cómo va todo?

—Hola, mamá.

Demasiado tarde. Había hecho otras llamadas de teléfono, que habían dado al traste con el número.

—¿Va todo bien? anoche te noté algo ensimismada y me pareció algo raro porque por la mañana estabas tan radiante…

—Sí, todo bien, mamá. Los invitados, la pesadez de tener que estar agradeciendo a todo el mundo… Estaba simplemente algo cansada.

Después de decir esto me deshice de mi madre excusándome de que me había equivocado de número de teléfono.

—¿Y Todd está bien? Ayer le vi muy contento, y qué elegante….

Colgué. Amo a mi mamá, y sé que ella me apoya en todo, y hasta me ayudó a llevar la carta de Alexis a la oficina de correos, pero no quería hablar con ella, y mucho menos de lo elegante que iba ayer mi marido adúltero. No entendería nada. Debía seguir pensando y encontrar la manera de dar con la chica del coche blanco.

Si por lo menos supiera su nombre, sería fácil comprobar si en el Remington habían reservado con su tarjeta de crédito. Podría lloriquearle otra vez a la recepcionista con el cuento de la boda. Pero no disponía de nada, ni un triste número de teléfono. ¿Qué más sabía que me ocultaba Todd? La bolsa de deporte… Esa bolsa que Todd me hizo creer imaginaria; debía encontrarla para ir avanzando en las

averiguaciones.

Me asomé a la habitación. Todd todavía dormía, en la misma postura con los pantalones bajados en que le había dejado durante la noche. Crucé de puntillas la habitación y me situé frente al armario. Al abrirlo, se me cayeron encima un montón de cosas, producto del desorden habitual del armario y de los últimos días de trasiego en la casa. Me cayó encima una caja de zapatos, y golpearon también contra el suelo haciendo un ruido que despertó a Todd.

—Cariño, ¿qué haces?, es nuestra primera mañana de casados… debemos aprovecharla… venga vuélvete a la cama

—Ya voy, cariño…

Todd se volvió a dormir, y yo comencé a sacar prendas y más prendas, pero la dichosa bolsa de deporte no aparecía. Miré debajo de la cama. Ni rastro. Recorrí los pasillos de la casa, mirando por todas partes cual podría haber sido un buen escondrijo. Recordé que en el recibidor había un pequeño armario donde Todd solía guardar sus bolas de petanca. Fui hasta allí, y con ayuda de una silla logré abrir el armario. Por suerte estaba ordenado y no se me cayeron las bolas en la cabeza. Como alcanzaba a ver, estando el armario tan alto, tenía que ir moviendo la mano a tientas y reconocer un poco con el tacto que podían ser las cosas. Las bolas de metal, una riñonera y una gorra, y de golpe di con algo extraño que me hizo querer ver de qué se trataba.

Era una cinta de video.

22

Viejos recuerdos

Cumpleaños Sarah, día de playa, minigolf…

Decía una nota adhesiva en el dorso del video. No recordaba haber grabado nunca aquella cinta. Ni siquiera sabía quién era Sarah.

Debía ingeniármelas para conseguir un reproductor de video. En casa ya nos habíamos cambiado al formato digital y Todd, fiel defensor de la tecnología, decía tener alergia a lo analógico. Pensé rápido en quién me podía conseguir uno. Si no me equivocaba, el hijo de la vecina estudiaba para director de cine. “Pues ese tendrá que poder ver películas viejas.

Con el batín y las zapatillas bajé al piso de abajo y llamé a la puerta. Me abrió Giselle, la madre del chico que yo andaba buscando.

—Francine, qué sorpresa… No esperaba de saber de ti tan pronto… ¿no fue ayer cuando te casabas?

—Sí, me casé.

—¿Y qué tal?

—Muy bien, gracias. ¿Está tu hijo?

—¿Mi hijo? ¿Para qué quieres a mi hijo en tu primera mañana después de la boda?

—No seas mal pensada, Giselle, Todd ayer ya me dejó más que satisfecha —mentí. “Vengo porque necesito poder ver una cinta de video, y pensé que tu hijo, que estudia para director de cine, puede tener un reproductor de estos de antes.

—De orquesta. Mi hijo estudia para director de orquesta

—¿Pero no estudiaba para dirigir cine?

—Sí, pero lo dejó y como sabía algo de dirigir pues ahora estudia para dirigir orquestas. Bueno, que sí que tengo yo un reproductor de esos que dices, porque es donde veo los videos íntimos que un su día grabamos mi Andrew y yo.

No podía creer que ella me estuviese confesando eso. Me hizo pensar que ese vídeo de Todd era de ese estilo. Sería la prueba más firme que necesitaría.

—¿Puedes dejármelo?

—Ay, pero yo no sé cómo se quita eso, si pesa mucho y es un trasto. ¿Por qué no vienes tú y ves el video en mi casa? Puedes llamar a Vanessa y nos comemos unas palomitas.

—No, es un video privado. De verdad que no me importa cargar el reproductor, en seguida te lo bajo.

Entré en la casa y Giselle me condujo a una habitación que tenía

en el fondo. Su casa era de lo más patético que había pisado en la vida. La habitación era rosa, tenía moqueta y un pequeño trozo de parqué donde Giselle hacía aerobics. Había una pequeña televisión y bajo ella estaba el dichoso reproductor. Con cuidado, desconecté los cables y cargué con él hasta mi casa. Giselle me gritó cuando me iba:

—Bueno, de nada, espero que la próxima vez que te cases, recuerdes esto y me invites a tu boda…

—Gracias, gracias —le grité antes de cerrar la puerta de mi casa.

Lo llevé hasta la cocina. Me aseguré de que Todd todavía seguía durmiendo y cerré la puerta cuidadosamente. Conecté el reproductor al televisor. Abrí nerviosa la cinta de vídeo, fui a colocarla e en la ranura y me percaté de que me lo impedía una cinta que ya había dentro.

A perrito y a caballo —pillerías de Giselle y Andrew

Recordé para qué me había dicho que usaba el reproductor Giselle, así que con un poco de asco removí la cinta y, en su lugar, coloqué mi cinta de vídeo. Se puso la pantalla azul, y comenzaron a verse imágenes de una grabación casera. En ella se veía una niña, morena y con los ojos verdes, soplar una tarta con cuatro velas. Luego se oían aplausos, y una voz de mujer le decía que sonriera a la cámara. La niña lo hacía, mostrando así una dentadura infantil con dientes que se le habían caído. Entonces aparecía un chico, joven, con una de esas chaquetas que se llevaban en los noventa. El chico besaba a la niña, y luego, la cinta se detenía.

La siguiente imagen en aparecer era la misma niña, en un bonito día de playa. Estaba frente a la orilla, con unos manguitos en las manos y solo la parte de abajo del bañador. Daba saltitos en la arena, y corría un poco hacia atrás cuando la ola llegaba a la orilla. La niña reía y aparecía un chico corriendo saltando al agua. La niña se emocionaba al ver pasar al chico y corría tras él. El vídeo se volvía a detener.

Luego apareció una imagen de un campo de minigolf. Aparecía la niña, pero esta vez sin ningún chico. Estaba arriba del castillo, con una bufanda naranja y un gorro de tela. Se oía a la madre a través de la cámara: —Sarah, Sarah, mira aquí. —La niña permanecía mirando una pelota pasar por el castillo cerca de donde ella estaba. Entonces la cámara apuntó a un marcador que había cerca y aparecieron las puntuaciones junto a un letrero que decía 'Campo Verde'.

La cámara seguía grabando. Quien la sujetaba estaba moviéndose. Entonces volvió a aparecer la niña, desde mucho más cerca, y la cámara giró sobre sí misma apuntando a quien la sostenía. Era una chica rubia, de ojos verdes. Besaba a la niña y le susurraba en voz tierna: —Dile adiós a papá, dile adiós.

—¡Adiós papá! —gritaban la madre y la niña y terminaba el

video.

No podía entender qué era lo que acababa de ver. A esa niña no recordaba haberla visto en la vida. Me acordaría porque era una niña muy guapa. Con un cierto aire familiar, una cierta vaga resonancia a alguien conocido; y la verdad es que me enterneció mucho. Me hallé pensando en los hijos que tendría con Todd y me alegré mucho; pero luego recordé por qué estaba viendo esto y lo que había pasado la noche anterior y volví a ver la cinta, fijándome más en todos los detalles: el salón de una casa en la que no había estado, una playa como tantas otras, un minigolf de un camping de quién sabe dónde. Una chica rubia… con los mismos ojos de la niña. Sin duda sería su madre.

¿Pero a dónde me estaba conduciendo esto? ¿De quién era el vídeo? ¿Para quién iba dirigido? ¿Por qué lo había encontrado en mi casa precisamente en ese momento? ¿Podía ser de Todd? Podría ser también de la antigua inquilina de la casa; al fin y al cabo no hacía mucho tiempo que nos habíamos mudado allí. La verdad es que no parecía tener mucho que ver con él.

Yo no recordaba haber abierto nunca ese armario, sencillamente porque estaba tan alto que no podía ver sin subirme a una silla lo que había dentro.

No, no, no. Debía tener la suficiente mente fría como para ver objetivamente que no tenía ni puñetera idea de dónde había salido ese video. No parecía tener nada que ver con Todd, pero… Todo lo que estaba ocurriendo era tan extraño…

23

El vínculo anterior

Fui lo suficientemente cauta como para desmontar el video antes de que se levantara Todd. Guardé la cinta en un lugar seguro, y fui a devolverle ese viejo trasto a Giselle.

—¿Me imagino que no habrás visto la cinta que había puesta cuando te lo presté?

—No, Giselle, yo respeto las intimidades que tienes con tu marido.

—Pues te tengo que decir que te has perdido una buena escena. De nosotros puedes aprender mucho. Ahora que estás casada y de fijo que te vas a aburrir con tu marido por las noches, necesitaras ideas nuevas, y yo te puedo volver a prestar el video cuando quieras. Tengo muchas cintas y no me importa prestarte alguna, de verdad. Eso sí, te cobraré algo por derechos de autor… ¡Qué no, que es broma!

Me marché dándole las gracias, pero disculpándome por no poder aceptar por el momento su ofrecimiento.

Todd se despertó a eso del mediodía. Como era normal tenía una resaca terrible, y no se acordaba mucho de cómo había terminado la noche.

—¿Al final nos casamos? —me dijo en tono de sorna y fingiendo no acordarse.

Comencé a sacar los platos para que comiésemos, y mientras los colocaba en la mesa Todd me abrazó por detrás. Estaba muy cariñoso, me besaba por el cuello, me acariciaba los muslos. Yo seguía pensando que era un infiel, y que estaba a punto de averiguar si me partiría el corazón… pero al fin y al cabo era Todd… y yo no me podía resistir a sus besos.

Me llevó hasta la cama y lo hicimos. Nada que ver con la noche anterior. Anoche Todd no daba con nada y fue quizás el intento de follar más patético desde que somos pareja.

Nos levantamos dos horas después.

Comimos algo que nos habían apartado del banquete del día anterior, y luego Todd se marchó a jugar una partida de cartas. Yo me quedé en casa, pensativa. Primer día de casados y Todd ya se marchaba al bar con sus amigos, dejándome sola y sin mover un solo dedo por ayudarme a fregar los platos. Teníamos lavavajillas, era cierto, pero alguien debía programarlo y a las alturas de siglo en que estábamos, darle al botón no era una tarea reservada solo a las mujeres.

Decidí continuar con mis investigaciones, aunque interiormente no sabía si me estaban llevando a buen puerto. De momento tan solo disponía de una cinta cuya relación no terminaba de entender con lo que estaba pasando. Aproveché que Todd se había marchado para rebuscar por toda la casa, con la esperanza de que apareciese la dichosa bolsa de deporte. Finalmente, intenté reconstruir los pasos de Todd aquella misma mañana en que el suceso ocurrió. Todd se metió en el baño, y la bolsa estaba encima del sofá. Seguramente debido a un descuido de Todd, que se dio cuenta cuando salió de la ducha de que se había dejado pruebas incriminatorias de su adulterio fuera.

Yo me metí en la cocina, y es probable que él saliese del baño todavía con la toalla puesta y recogiese la bolsa sin yo darme ni cuenta.

En el dormitorio no había podido entrar, porque yo lo hubiese visto desde mi posición en la cocina. El despacho, normalmente solía estar cerrado con llave, y hubiese sido demasiado ruidoso que Todd hubiese intentado abrirlo. Entonces solo le quedaban dos posibles lugares: el mismo salón o el recibidor. Bien pudiera Todd haber ocultado la bolsa durante un momento y luego, al marchar al trabajo habérsela llevado consigo, previendo que yo intentaría rebuscar en casa sin haberme convencido su artimaña de hacerme creer que se trataban de imaginaciones mías.

Me situé en el pasillo. Caminé observando las paredes, y tratando de pensar en una situación desesperada como en la que se habría visto Todd. Frente a la puerta del recibidor, había un paragüero. Detrás había un hueco que hubiese sido ideal para ocultar la bolsa hasta que Todd se la llevase, pero ¿a dónde?

En ese instante recaí en una posibilidad que no había contemplado hasta entonces. Abrí la puerta de casa y me metí en el ascensor, marcando el botón del sótano. Me vi por un momento reflejada en el espejo, todavía llevaba mi batín de estar por casa, estaba aún algo maquillada y el pelo lo tenía ligeramente despeinado. Rechacé por completo que esa fuera a ser mi imagen de mujer casada, presa de la obsesión por descubrir a su marido infiel. El ascensor llegó al sótano y yo empujé la puerta con fuerza antes de que realmente estuviera abierta.

Recorrí los fríos y grises pasillos del sótano del edificio, que era donde se encontraban los trasteros de la comunidad. Por ser propietarios, teníamos derecho a un trastero que apenas utilizábamos. Allí Todd guardaba sus maquetas de trenes a las que sentimentalmente se sentía tan apegado como para no poder deshacerse de ellas, y yo guardaba algunos de mis trabajos y apuntes de la universidad. Llegué frente a la puerta y, nerviosa, busqué mis llaves de casa, junto a las cuales tenía una copia de la llave del trastero.

Dentro, había muchas más cosas de las que pensaba. Multitud de cajas se amontonaban hasta casi alcanzar el techo, y al lado unos palos de golf que no recordaba que Todd se hubiese comprado. También había unos esquís, que estaba seguro de que eran prestados. Como la habitación estaba impracticable, eché un vistazo superficial, intentando encontrar algún hueco por el que conseguir adentrarme. Era imposible, al mínimo movimiento que hacía amenazaban con caerse cualesquiera de las cosas que por allí había amontonadas. Cuando ya estaba a punto de abandonar la empresa, me fijé en que una de las cajas parecía estar apartada del resto, y, a diferencia de las otras, no estaba precintada.

La abrí. Me sorprendió encontrar dentro unos paquetes de cartas, ordenados por años. No recordaba haber visto jamás esas cartas. Como allí casi no tenía espacio, decidí llevarme los paquetes arriba, para mirarlos con total tranquilidad. Me senté en el despacho, la luz del flexo recalentaba el café humeante. La primera carta que escogí al azar decía lo siguiente:

Cuba, 15 de enero de 1993.

Estimado Todd,

Nos hemos mudado de vecindario. El Malterroso estaba muy bien, pero al final ha resultado demasiado caro para nosotras. Sarah está algo extraña, come poco y por las noches duerme muy mal. Dice que aquí en Cuba no tiene amigos. Te echa mucho de menos y todavía, de vez en cuando, me sigue preguntando por ti. Yo no sé cómo explicarle que… Bueno, que las cosas no son tan fáciles.

A mí también me gustaría que estuvieras aquí con nosotras. Es una isla tan paradisíaca… Mis estudios sobre el océano van viento en popa. Por fin he conocido a mi director de proyecto, se llama Martín y es cubano. Sabe mucho de los océanos, y creo poder aprender mucho de él.

¿Tu cómo lo estás pasando? ¿Has recuperado ya esos kilos que me dijiste que habías perdido? Un abrazo,

Siempre tuya,
Delia.

Después de leer la carta me invadió una sensación de profunda confusión. Eran cartas dirigidas a Todd que tenían fecha del año 92; el año en que Todd y yo nos conocimos. ¡Y además venían de Cuba! Pero, ¿quién era Delia? ¿Por qué decía echar de menos a Todd? ¿Y por qué él jamás me había mencionado una palabra al respecto de esta chica? Además hablaba de Sarah; el mismo nombre de la niña del vídeo que encontré. Necesitaba seguir leyendo, averiguar más. Sentía que algo muy importante de mi vida dependía de ello. La siguiente carta, cronológicamente enviada un mes después de la anterior, decía lo siguiente.

Cuba, 13 de febrero de 1993.

Estimado Todd.

Me alegró mucho saber de tu preselección para la universidad de Yale. Sé que para ti llegar a ser dueño del negocio familiar es algo importante, tal como para mí lo es ser oceanógrafa… estamos tan cerca de poder cumplir nuestros sueños… aunque eso implica que los logremos separados. He de confesar que desde que nos despedimos, no he logrado olvidarte. Tampoco Sarah lo ha hecho. ¿Te dije que todavía me pregunta por ti? Ahora le ha dado por coleccionar conchas, como pasamos tanto tiempo en la playa… Está aprendiendo algo de español. Las noches, le resultan algo duras, parece que su cuerpo no se adapta del todo bien a la climatología, y se pasa las noches tosiendo. Martín dice que es normal para una niña de su edad, que no hay de qué preocuparse... Está siendo tan simpático con nosotras. No sé, es como si tuviese algo especial.

Te dejo antes de aburrirte con mis tonterías. Escríbeme más contándome sobre esa chica que has conocido, me muero de curiosidad por saber cómo es ella.

Te adoro,
Delia.

Imposible. "*Esa chica que has conocido…"* no podía ser otra que yo misma. Todd le había escrito hablándole de mí, poco tiempo después de conocernos… Y entre ellos parecía existir una extraña amistad. Al menos eso se desprendía de la forma de escribir de ella, que, rozando lo nostálgico, parecía haber amado en algún momento a Todd. ¿Entonces Todd también le había amado a ella? ¿Podía ser Sarah, la niña, hija de Todd? El corazón me latía acelerado, los dedos me temblaban, y no podía resistir la fuerte inclinación a seguir leyendo.

Cuba, 19 de Abril de 1993.

Estimado Todd.

Disculpa que no te haya respondido a tus anteriores cartas. Sarah está empeorando, y ni yo ni Martín sabemos muy bien qué hacer. La hemos llevado a médicos, pero no están seguros de qué es lo que le pasa. Hay días que se encuentra bien, otros, que se levanta a gritos empañando todas las mantas de sudor. No sé qué hacer… Volver a los Estados Unidos y esperar allí a un diagnóstico fiable es una opción. Aunque ahora mismo ella no puede abandonar un tratamiento que ha empezado, y debe evitar realizar un esfuerzo como ese… Estoy desolada. Ninguna madre querría ver a su hija en tan lamentable estado… Me pesa tanto verla así. Ella es tan pequeña, tan frágil…

Me alegra saber que esta chica Francine te esté haciendo sentir eso tan bonito. El amor aparece donde menos uno se lo espera… Lo mío con Martín no ha sobrevivido a la angustia por la enfermedad de Sarah. Al principio, lo intentamos… pero tampoco estoy viviendo mi mejor momento. Me dejó. No le culpo, hay angustias que le amargan a una el carácter, y es difícil empezar una relación en una situación como esta. Contigo, fue todo

muy distinto.

Te escribiré pronto, cuando tenga noticias de la mejoría de Sarah.

Te quiero,

Delia.

P.D.: A veces la niña dice tu nombre cuando se duerme presa de la fiebre que le asalta por las noches. Todavía no te ha olvidado, y no es la única.

Esta carta lo confirmaba todo: Todd y Delia habían salido juntos antes de conocerme a mí. Pero entonces Todd solo contaba con 17 años. ¿Podía ser él el joven que aparecía en la grabación? Sin duda, estaba muy cambiado desde entonces, pero al verlo sin mucho detenimiento me dio la impresión de una cierta familiaridad. ¿Pero cómo podía Todd haber sido padre de la criatura, si debió dejarla embarazada cuando él tan solo contaba con… con unos trece años?

No tenía sentido. No podía ser… Todd padre de una criatura tan joven, sin haberme hablado nunca de que tuviera una hija. No, no tenía ningún sentido. ¿Quién era Delia? ¿Y por qué Todd jamás me había hablado de ella, ni de su hija Sarah? Recordé que antes de casarnos, yo tan solo le había dicho a Todd que quería hacer un viaje al Caribe, pero, a pesar de todo, fue él quien propuso que fuéramos a Cuba, sabiendo que a mí me encantaría la idea… ¿sería posible que esta niña y Delia fuesen el motivo de su propuesta? ¿Sería que aquella noche en la que se desapareció Todd de nuestra habitación, se había ido con ellas?

Cuando me disponía a seguir leyendo y desvelando el tortuoso rompecabezas, oí como en la puerta de la calle se introducía la llave y giraba la cerradura. Era Todd, que volvía de su habitual partida de cartas. Tan rápido como pude, arrojé las cartas a un cajón del escritorio, y me levanté de la silla acercándome rápidamente a la puerta. En el comedor estaba Todd, quitándose los zapatos y dejando la chaqueta en el perchero.

—Hola cariño, ya estoy en casa. ¿Qué hay de cena?

—Hola Todd. No lo sé. ¿No esperarás que desde el primer día de casados ya tengas tu sirvienta particular en casa?

—No te pongas así, mujer, si yo no quiero que te mates a cocinar, a mí me sirve cualquier cosa.

Le miré enfadada. Él se sentó en el sofá y buscó entre los cojines el mando de la televisión. No sé por qué, pero tenía al Todd de siempre, sentado frente a mí, y nunca lo había sentido tan extraño. En ese momento mi marido era para mí un perfecto desconocido. Toda esa historia con Delia, con la niña enferma… Me había desorientado tanto. ¿Con quién diantres me había casado?

Por un instante estuve a punto de echarlo todo a perder. Estuve a punto, a puntísimo, de plantarme frente a Todd, y de decirle sin ningún tapujo, que había encontrado las cartas y el video, y que no

solo había descubierto que era un adúltero de mierda, sino también que era un genial mentiroso, que me había estado ocultando una parte importante de su pasado. Estuve a punto de poner el santo en el cielo, de pedirle explicaciones, para luego pedirle el divorcio allí mismo. Pero me contuve. No sé por qué, me imagino que iluminada por alguna clase de fuerza espiritual que me hizo contener la rabia y me aseguró la serenidad. Simplemente me di la vuelta, y, mordiéndome los labios me dirigí de nuevo al despacho.

—¿No vas a hacer nada de cenar, entonces?

—Si quieres algo de cena, ya sabes dónde está la cocina —gruñí. Y entré al despacho y cerré la puerta con llave, para que el atolondrado de mi marido no pudiera interrumpir mis descubrimientos.

24

Viejas cicatrices

Me situé frente a la ventana del despacho, y miré hacia la calle. Desde la tarde del día anterior que no había parado de llover. Era domingo, y aunque todavía no se era de noche, no se veía ningún peatón cruzar por esa acera tan llena de agua y tan mal iluminada. De tanto en tanto, uno que otro coche cruzaba la calle para luego perderse en la rampa que conducía al aparcamiento.

Tomé un sorbo de café, que hacía rato que se había quedado frío. Sentí que todo había estado sucediendo rápida y confusamente, y ayer ansiaba un marido y ahora, lo único que ansiaba era conocer la verdad. Una verdad oculta, que hasta entonces había ignorado, pero que, en ese momento, se me antojaba tan fundamental como el aire mismo que respiraba.

Me di la vuelta, y abrí el cajón donde había escondido las cartas. Tomé el paquete y volví a la carta exacta donde había quedado. Esta vez reparé en detalles como la caligrafía o los síntomas evidentes del envejecimiento del papel. En la siguiente carta, todo cambiaba. La letra era bastante más ilegible, seguramente fruto de una gran agitación mental por parte de Delia. Era un papel distinto, con un sello del hotel Príncipe de La Habana.

Cuba, 29 de abril de 1993.

Estimado Todd,

Ya está decidido. Mañana cogemos un avión que nos va a llevar a los Estados Unidos. Voy a volver a casa de mis padres. He hablado con ellos, han entendido que Sarah está en una situación crítica y que necesita de una intervención médica urgente. Aunque no están dispuestos a aceptarla, tampoco son tan malvados para dejar que se muera… No sé por qué digo estas cosas, Sarah no va a morir, Sarah va a recuperarse y a ponerse bien… ¡Estoy tan desesperada!

El médico me ha aconsejado que me vaya inmediatamente. He avisado al Oceanógrafo y han sido muy comprensivos con mi situación. Aquí todo es tan confuso… parece que políticamente Cuba está viviendo una situación muy agitada, que se han peleado dos senadores, que Estados Unidos amenaza con un bloqueo y con romper todo tipo de relaciones. Me han aconsejado que me marche antes de que sea demasiado tarde.

Te escribiré cuando llegue.

Un abrazo,

Delia.

La siguiente carta, estaba escrita con el mismo papel del hotel

Príncipe de la Habana. Fechada un día después de la anterior misiva, decía lo siguiente:

Cuba, 30 de abril de 1993.

Estimado Todd,

Ayer se produjeron disturbios y manifestaciones antiimperialistas en la ciudad. Nuestro país definitivamente ha roto relaciones con Cuba y se han cerrado todos los vuelos hasta que Estados Unidos tenga un plan para repatriar a todos sus conciudadanos. Según nos han informado desde la embajada, hasta que podamos volver a casa todavía pueden pasar unos días, cosa que no sé cómo puede influir en la salud de Sara. He ido a suplicar al cónsul, a pedirle que nos lleve cuanto antes en su avión privado. Pero se ha negado. Está más preocupado por el honor estadounidense contra el que Cuba ha atentado que por salvar la vida de mi pequeña… Ahora sí que estoy desesperada.

Hay mucho bullicio en la calle y he ido a pedir que nos trasladen a una habitación interior del hotel. En Cuba escasean las medicinas y mi Sarah no pasa un minuto sin estar temblando.

Se muere Todd, se muere y no puedo hacer nada para salvarla.

Te escribiré cuando tenga la más mínima noticia de que podamos volver pronto. Todavía me queda un resquicio de esperanza…

Delia.

Tragué saliva. Una carta como esa no era nada fácil de digerir. Una niñita tan pequeña, que en el vídeo parecía un angelito, tan frágil y, a la vez, tan desgraciada por haber sido señalada por la muerte. Proseguí leyendo.

Cuba, 2 de mayo de 1993.

Estimado Todd,

Si todo sigue igual, Sarah en pocos días morirá en esta asquerosa isla que es Cuba. A sus casi cinco años, nuestra niña va a dejarnos sin poder haber disfrutado de la agridulce experiencia que es la vida. Y yo no aguantaré el infierno que me espera día a día sin ella. Morirá, y pienso culpar de su muerte a esos asquerosos políticos que están más pendientes de que nadie les pise su honra que de salvar las vidas de las personas a las que prometieron representar.

Mis oraciones no han sido escuchadas. Dios me ha abandonado. Me gustaría que por lo menos pudieras venir a despedirte de ella… si todo fuese tan fácil como coger un maldito avión…

Por favor, Todd. Ven a salvarnos

Te espero.

Delia

Las lágrimas se me escaparon mojando el rugoso papel del Hotel Príncipe dónde estaba escrita la vacilante letra de Delia. No había conocido a esa niña, tan solo le había visto unos segundos en un deteriorado video casero, pero me causaba una profunda tristeza leer

esas palabras que mostraban un espíritu angustiado y presa de la desolación.

Entre las manos me quedaba la última carta, el desenlace; la última pieza del rompecabezas que yo creía que me acercaría a descubrir la verdad sobre el asunto. Intuía que lo que iba a encontrar escrito no sería nada llevadero, ni siquiera agradable. Que el final ya era palpable, pues el destino de la pequeña Sarah hacía tiempo que ya estaba escrito. La misiva, comenzaba así.

Cuba. 24 de octubre de 1993.

Sarah ha muerto, imbécil. La que fue tu hija durante un tiempo, a la que quisiste como tal, nos dejó ya hace muchísimas noches en ese asqueroso hotel de La Habana. No he podido dormir desde esa noche, sabiendo que ni siquiera tuvo un padre a su lado que pudiera cogerle de la mano en sus últimos instantes de vida.

Sé que estás muy ocupado. No te culpo. Pero imaginé que disponiendo de los contactos de los que dispone tu padre no te hubiese sido difícil encontrar un avión privado y aterrizar en la isla en pocas horas. Fui idiota pensando que estarías aquí, que la verías por última vez, que le cogerías de la mano antes de que expirase su último aliento.

Créeme que hasta el último instante estuve con un ojo posado en nuestra niña, y con otro pendiente de la puerta, creyendo que aparecerías en el último momento. Pero no lo has hecho, Todd. A pesar de que lo nuestro se terminó, que ya no existe nada entre nosotros, no has podido hacer un acopio de fuerzas y plantarte aquí para tratar de salvar a tu pequeña.

No quiero volverte a ver jamás. A partir de ahora viviré recluida, con un agujero inmenso en mi pecho, dónde solía estar mi corazón, antes de que Dios me abandonase y la vida me dejase completamente de lado. No quiero saber nada más de ti, ni de tu nueva novia, ni de tu asquerosa vida en el bufete de abogados de tu padre. Espero que tu nueva vida te mantenga ocupado y que no vuelvas a pensar jamás ni en mí, ni en Sarah.

Te detesto profundamente,

Delia.

Aparté la carta de mis manos y me hundí en la silla llevándome las manos a la cara. Lo que sentía en mi interior no era otra cosa que rabia. Rabia hacia Cuba, hacia Todd, hacia Dios por haberse llevado a esa niña tan pequeña que no había tenido oportunidad disfrutar de la vida. No entendía por qué Todd no había movido un solo dedo para sacarlas de allí, para evitar que Sarah muriese, para acompañar a Delia en ese duro trago final.

La infidelidad, los acontecimientos descubiertos en las últimas horas me habían cambiado totalmente la concepción que yo tenía de Todd. Ya no vivía ensimismada con él, ya no le tenía en lo alto de un pedestal, ya no ignoraba su malhumorado carácter. ¿Por qué había

tomado la trágica decisión de casarme con él y por qué un día después de casarme descubría que me había casado con una mala persona?

No podía continuar así. No podía dejar que mi vida se destrozase tal y como se había destrozado la de Delia. Tenía que poner las cartas sobre la mesa, descubrirle a Todd la verdad, y luego marcharme, marcharme bien lejos.

25

Una verdad

Cuando salí de la habitación, Todd estaba dormido frente al televisor. Tumbado en el sofá, con los calcetines sucios apoyados encima de la mesilla, tenía su alrededor invadido por una aglomeración de latas vacías de cerveza. Roncaba, y en el televisor se escuchaba a bajo volumen un programa de apuestas deportivas.

Desde el otro lado del salón miré la escena, y recordé que quedaban pocos minutos para que terminase nuestro primer día de casados. ¿Esa era la imagen del día a día que Todd me prometía? No, yo no estaba dispuesta a aceptar ese cuadro de por vida, eso lo tenía muy claro.

Seguía obsesionada con encontrar pruebas, aunque era inminente la necesidad de desenmascararle, preguntarle por las cartas, por el video, echarle a la cara todas sus mentiras y hacerle confesar todas y cada una de sus infidelidades. Pero algo en mí no había quedado satisfecho por completo con las pruebas que hasta ahora había encontrado. Sabía que Todd me seguía ocultando algo más… ¿Después de todo quién era la mujer que vio a Todd el día de nuestra boda?

Algo me empujó a husmear en la chaqueta, que colgaba en el perchero. Intentando hacer el menor ruido posible, metí la mano en los bolsillos y encontré su cartera, unos cupones y una caja de cerillas. Abrí la cartera, y saqué las tarjetas que Todd llevaba siempre encima. Tan solo una me llamó la atención: era una tarjeta completamente blanca, con un chip electrónico asomándose por uno de los reversos. Sin duda, lo más probable es que se tratase de una llave de acceso a la habitación de un hotel. Me fijé en unas pequeñas letras que se asomaban en el lateral del circuito electrónico. “Hotel Remington. Devuélvase la tarjeta, una vez abandone la habitación.

¡Lo sabía! Finalmente, Todd había pasado aquella noche en el Hotel Remington, seguramente en una habitación a nombre de la mujer del coche blanco. En ese momento la rabia me invadió, sufrí un cortocircuito y no pude evitar plantarme frente al sofá y despertar a Todd de una violenta sacudida.

—Pero ¿qué haces, mujer? ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa, Todd? ¿De verdad me preguntas que qué pasa?

—Sí, mujer, ¿qué pasa? Me despiertas de esta manera, digo yo que algo grave estará pasando, ¿no?

Todd me miró extrañado y pude ver cómo su mirada se dirigía al armario de donde había sacado la cinta del cumpleaños de Sarah. Vi

cómo tragó saliva, pero intentó mantener la compostura, y casi pareció que todo había sido muy casual. Volvió su mirada a mí con el ceño fruncido y le dije:

—Sí, algo muy grave pasa, Todd. En eso tienes razón...

—Pues, dilo, mujer, dilo…

—¿Quieres que lo diga? ¿De verdad quieres saberlo, Todd?

—Sí, sí, ahora no me dejes con las ganas de saberlo, porque como me hayas despertado de esta manera para ahora no decírmelo…

—Pasa que me he dado cuenta hoy. En nuestro primer día de casados —le dije señalando mi anillo, "de que he cometido un grave, un gravísimo error, casándome con un cerdo y un mentiroso como tú.

Todd se quedó en blanco, y enmudeció. Se llevó una mano a la cabeza y para no darme señales de nerviosismo, aparentó limpiarse sudor de la frente.

—¿Por qué dices eso, mujer?

—No te hagas el tonto, Todd, que lo sé todo. Sé que me has estado engañando desde que nos conocimos. Que me ocultaste que tenías una relación y una familia desde antes de que empezáramos a salir. Que te viniste de Cuba, no para afinar los detalles de nuestra boda como maliciosamente me hiciste creer, sino para reunirte en el Hotel Remington con tu amante. Que me engañaste haciéndome creer que mis sospechas tan solo eran fantasías producto del cansancio, y que tuviste la desvergüenza de reunirte con ella el mismo día de nuestra boda. Que me engañaste, Todd, que me humillaste y que nuestra relación está construida sobre tus mentiras.

Todd se quedó en silencio durante un momento, y respiró hondo, como resignándose ante lo que le había dicho. No tenía escapatoria. No podría inventar ninguna excusa. Lo había puesto en evidencia. Se levantó del sofá y se apoyó de la pared, junto a la puerta del apartamento.

—¿Cómo lo averiguaste?

—¿Lo admites? ¿Admites que eres un infiel? ¿De verdad? Esto es increíble.

—No. Digo lo de la familia. ¿Cómo averiguaste lo de la familia?

—Eso no importa, Todd. Antes te veía como una buena persona, como un héroe para mí. Ahora, sé que eres un capullo sin sentimientos, un cobarde que no tuvo el coraje de salvar a los seres que más le importaban.

—Eso es mentira —gritó Todd.

Todd se acercó furioso yendo hacia donde yo me encontraba. Varias latas de cerveza cayeron en el piso haciendo un ruido que no olvido, y golpeando con rabia la mesita, El cristal se agrietó

—No vuelvas a repetir eso o te juro que yo…

—¿Que tú qué? ¿Ah? —le grité inquisitiva y provocándole.

Todd se colocó frente a mí, acorralándome contra la pared, y temí lo peor. Vi cómo sus manos se cerraban en forma de puños. No lo creía capaz de hacerme daño, pero ¿qué era esto? Ya no tenía idea de quién era Todd.

—Te juro que no me podré controlar —y dicho esto dio un puñetazo contra la pared atravesando con los nudillos el hormigón. Retiró la mano, y se la llevó a la boca chupando unos pequeños resquicios de su propia sangre, que me mancharon la blusa que llevaba.

—Mira, Francine, no sé qué clase de mentiras te han contado, pero te aseguro que no son verdad.

—¿Y por qué debería creerte sabiendo que has tenido el descaro de mentirme tantas veces a la cara? Incluso cuando la verdad era tan evidente que la había visto con mis propios ojos… ¡qué tonta he sido!

—Está bien, puede que te haya ocultado algo durante un tiempo, que ese secreto me haya estado obligando a construir una red de mentiras a mi alrededor, para protegerme, para proteger un secreto que creí que debía mantener…

—Déjate de tonterías, Todd. Eres un buen mentiroso, lo admito. Para haberme mantenido todo esto en secreto durante todo este tiempo es innegable que tienes que tener cierto talento para el arte de la mentira. Pero, créeme, ya no me vas a engañar más… porque ya no voy a creer una sola palabra que salga de tu boca.

—Te estás equivocando, Francine…

—¿Y por qué desde el principio me estás ocultando tantas cosas?

—Porque todavía no consigo entender yo la verdad…

—¿La verdad? ¿De qué verdad me hablas? ¿La de que dejaste morir por cobardía a tu hija Sarah en un hotel de mala muerte en Cuba?

—¡Basta, Francine, basta ya!.

Todd tomó esta vez la mesita y la arrojó contra la pared, sintiéndose una sacudida que recorrió las paredes de todo el piso, y las latas llenaron de estruendo y de cerveza toda la sala. El perro del vecino comenzó a ladrar.

—No tienes ni puñetera idea de lo que pasó en realidad. No sé quién te ha contado eso, pero estás muy equivocada…

A pesar del miedo que me daba ver a este Todd, ya me había metido hasta el fondo en este interrogatorio. Era el momento de escuchar qué era lo que tenía él por decir. Ni la mesa rota, ni la pared agrietada, ni las cervezas sobre el tapete de la sala estaban tan destrozadas como mi corazón en este momento; como nuestra mentira de relación.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué me equivoco?

—En todo…Absolutamente en todo…

—Explícamelo. Explícame qué es lo que sucedió de verdad…

—No puedo… no estoy preparado…

—Eso, haz tiempo para inventarte más mentiras.

Todd se tumbó en el sofá y era como si el león se hubiese apaciguado de alguna manera. Ya había hecho suficiente daño, y, por suerte, no me había golpeado, a mí… Pero repito, aunque ahora sabía todo esto, sabía que él era incapaz de realmente hacerme daño físico.

—Te lo imploro, Francine. Déjame en paz… —me suplicó con un tono patético, mientras escuchaba cómo se le quebraba la voz.

—No Todd… no te voy a dejar en paz. No hasta que me cuentes quién eres en realidad. Creo que después de estos diez años conviviendo contigo, después de habernos casado, de haber tomado la decisión de compartir nuestra vida juntos… saber la verdad es lo mínimo que me merezco.

Se hizo un silencio. A Todd se le asomaban lágrimas en los ojos, y escuché cómo respiraba con dificultad. Levantó la parte superior de su cuerpo del sofá, me miró y balbuceó:

—Está bien. Creo que tienes ese derecho….

Con paso sosegado, se acercó a la chaqueta y extrajo las cerillas y su paquete de cigarrillos. Se puso uno en la boca, y lo encendió.

—¿Desde cuándo fumas?

—Empecé hace poco.

—Lo ves…Hay tantas cosas que no sé de ti.

—Es mejor que no las sepas. Pero puestos a hablar, te las contaré todas. Siéntate en esa silla y te pido que no me interrumpas. Yo hablaré, y luego, cuando yo termine, puedes gritarme, insultarme o escupirme todo lo que quieras. Pero primero necesito que me escuches, necesito expresar esto que siento sin que nadie me interrumpa ¿de acuerdo?

Lo miré con reconcomio, y, resignada, asentí con la cabeza. Todd pegó una larga bocanada al cigarro y comenzó entonces su relato.

Larga vida, largo amor

Mucho antes de que nos conociéramos, Francine, yo salía con una mujer que era diez años mayor que yo. Se llamaba Delia. Era rubia, tenía los ojos verdes, y una belleza exuberante. Era inteligente, culta, y sobre todo atractiva. La conocí en el club de náutica al que me llevaba mi padre, y ella, que era también parte de una influyente familia, se pasaba la mayor parte de su tiempo libre allí, estudiando la composición de los océanos. Su sueño era llegar a ser oceanógrafa. Fui conociéndola poco a poco, y al final se terminó fijando en mí, me imagino que porque yo era un muchacho fuerte y bastante desarrollado para la edad.

Al poco tiempo de salir juntos, fuimos una noche al parque de atracciones, y allí viendo la ciudad iluminada desde el punto más alto de la noria, me confesó su más íntimo y terrible secreto: Delia acababa de descubrir que estaba embarazada. Había salido una noche con un chico que había conocido en un pub y habían tenido sexo. Cuando ella se dio cuenta de que esperaba un bebé, el chico desapareció sin dejar rastro. Ella estaba desesperada, no sabía qué hacer, no sabía a quién acudir. Si sus padres se enteraban de la noticia, estaba convencida de que le obligarían inmediatamente a abortar. Pero ella no quería. Algo en su interior deseaba dar a luz a esa criatura.

Cuando Delia comenzó a manifestar unos síntomas más que evidentes de su estado, sus padres le obligaron a marcharse de casa. No querían que Delia tuviese un hijo tan joven, y mucho menos sin estar casada. Le ofrecieron acudir a una clínica de inmediato o que ella se marchase de casa, para no volver a cruzar esa puerta jamás. Entonces Delia pasó a vivir en pensiones y en hoteluchos, hasta que por fin dio a luz a una niña preciosa que recibió el nombre de Sarah.

El día que Sarah nació, yo convencí a mi padre para que me dejase ir a vivir con el tío Herbert, que pasaba la mayor parte del tiempo en viajes de negocio fuera de casa, y así pude dar cobijo a Delia y a Sarah, en un momento como ese, en que tantas atenciones necesitaban. Yo era muy joven, y me enamoré profundamente de Delia. Quería a Sarah como si fuera mi propia hija y estábamos siempre juntos. Jugábamos, paseábamos, íbamos a la playa. Éramos como una feliz pareja bendecida con el milagro de una bonita niña de ojos verdes.

Luego, cuando Sarah cumplió los tres años, Delia un día me dijo que se iba a marchar a vivir a Cuba. Le habían ofrecido un trabajo en

un grupo de investigación del oceanógrafo cubano y yo me alegré, porque el mar siempre había sido la pasión de Delia, y porque para ella era una magnífica oportunidad de futuro. Pero yo no podía acompañarles. Mi futuro estaba en los Estados Unidos y en poco tiempo iba a entrar en la universidad. Fue una dura separación, ella me prometió que seguiríamos en contacto y que podría visitar muy pronto a la pequeña Sarah.

Tardé mucho en olvidarla, y poco después te conocí a ti, Francine. Todavía tenía abierta la herida de una ruptura que tú me ayudaste a cerrar. Cuando creía que el dolor no desaparecería nunca, la luz del día volvió a brillar entre las tinieblas. De vez en cuando, Delia y yo, nos mandábamos algunas cartas explicándonos cómo nos iba en la vida. Ella, añadía fotografías y videos de Sarah, para que yo viese lo rápido que la pequeña había crecido. Dejamos bien claro desde un principio que lo nuestro había pasado a ser una bonita amistad.

Delia se enamoró de Cuba; no quería volver. Había encontrado allí su sitio, su gente. Sarah crecía allí a ritmo vertiginoso y las dos parecían muy contentas. Hasta que, un día, por un misterio que jamás se llegó a explicar, Sarah enfermó y Delia no supo muy bien cómo reaccionar. Fue cosa de los médicos, algunos le decían unas cosas, y otros le decían otras. Justo cuando Delia se decidió a volver para que curasen a Sarah en América, fue demasiado tarde.

Un bloqueo americano cortó toda comunicación con la isla, y Delia se quedó en tierra con la niña enferma, a merced de unos difusos acuerdos internacionales de repatriación. Me escribió, me suplicó que moviese todos los hilos que mi familia pudiese mover, y que fuese a buscarlas a ella y a la niña… Quería que encontrase un avión privado, que volase la misma noche hasta la isla y que las llevase fuera del peligro inminente que sobre la isla se iba a cercar.

Y yo… así lo hice. Conseguí un avión y un piloto, y salimos esa noche hacia la isla. Nos acompañaba mi primo Jeremy en otro avión. Era una noche cerrada, el cielo estaba completamente lleno de nubes y pilotar se hacía algo difícil en esas condiciones. Más de una vez estuvimos tentados a parar y dar media vuelta, pero entonces la imagen de la pequeña Sarah sufriendo, empapada en sudor y lágrimas, me volvía una y otra vez a la cabeza. Al acercarnos a la tierra cubana, el retransmisor nos avisó de una alerta inminente.

—Americanos, dense la vuelta inmediatamente. Están infringiendo las leyes internacionales.

Continuamos con la ruta, a pesar del miedo que teníamos, y poco después la radio volvió a retransmitir un mensaje muy parecido.

—Americanos, les habla el comandante Domínguez. Hagan caso. O van a recibir una respuesta proporcionada

El piloto, activó el piloto automático con rumbo de regreso a

Estados Unidos y me dijo que ya no tenía caso, pero yo no podía dejar que ellas se quedasen allí en la isla. Tuvimos una fuerte discusión, y, en uno de mis arrebatos, nos peleamos, pero él me dio un golpe que me dejó inconsciente.

Cuando desperté, estábamos de nuevo en Estados Unidos. Nunca volví a hablar con el piloto. Lo despreciaba. Lo había arruinado todo. Había impedido que rescatara a Sarah, y aunque quizás también nos había salvado la vida, pensé que tal vez hubiese sido mejor que me hubiese muerto ante esa respuesta proporcional de las fuerzas armadas cubanas. Pregunté por mi primo Jeremy, pero nadie me supo dar respuesta sobre él.

Traté de comunicarme con Delia. Le escribí cartas por meses, sin recibir ninguna respuesta. Hasta que un día, me llegó una, en la que me decía que la pequeña Sarah hacía tiempo que ya había muerto. No solo no pude verla y abrazarla por última vez, sino que me gané el desprecio de Delia, que me escribió declarándome que nunca más me quería volver a ver, y desapareciendo para no volver a verla más. Me culpaba a mí directamente de la muerte de la pequeña Sarah y la desaparición de mi primo Jeremy.

En este punto Todd se acercó al minibar, y extrajo una botella de whisky escocés, de las que le solía regalar su padre por su cumpleaños. Le temblaban las manos, puso el vaso sobre el mostrador de cristal, y el primer chorro de whisky cayó prácticamente fuera del recipiente. Estaba muy nervioso, se le veía profundamente afectado por tener que revivir ese amargo momento de la muerte de la pequeña Sarah. Logró mantener el pulso, y atinó. Dejando inmediatamente la botella sobre el mostrador, se bebió el contenido del vaso de un solo trago. Mirando por la ventana, viendo la ciudad encenderse frente la negrura de la noche, prosiguió su narración.

—Ya en Estados Unidos, traté de retomar mi vida haciendo ver que nada de aquello había ocurrido. Antes, le tuve que contar a mi padre toda mi historia con Delia, y él me ordenó que rompiese del todo con ese pasado, que la olvidase a ella y olvidase a la niña. Que borrase todos esos años de amor y aprendizaje literalmente de mí. Aunque al final para mí todo aquello había supuesto una profunda experiencia traumática, mi padre prefirió no llevarme a ningún psicólogo que me ayudase a cerrar la herida que había abierta. Prefirió enterrar el trauma, esconderlo debajo de la alfombra y hundirlo en una dieta a base de narcóticos recetados por nuestro médico privado.

Pasamos meses buscando a mi primo Jeremy y el mismo gobierno nos ayudó a buscarlo. Aparentemente, lo había capturado el gobierno cubano, convencido de que era un espía americano que quería cruzar las líneas enemigas en un intento de salvar a un compañero espía que

habían apresado. Mi pobre primo que muy poco tenía que ver con todo esto, terminó injustamente secuestrado por ayudarme a salvar a Delia y a Sarah.

Cuando, por fin regresó a Estados Unidos, liberado por mi padre, nos contó que pasó meses en un sótano de una comisaría de la Habana, donde lo torturaron, lo violaron, y le hicieron cosas que no desearía que se las hicieran a ningún otro ser humano. Estaba mucho más débil y más delgado. Y al enterarse de que la pequeña Sarah hacía tiempo que ya había muerto; entró en una terrible depresión, que acabó con su suicidio.

Pasé una temporada sumido en el dolor por todo lo que había causado esta desgracia. Tomaba pastillas por la mañana, por la tarde y por la noche. Tomaba pastillas para contrarrestar el efecto de otras pastillas: somníferos, estimulantes, analgésicos, antidepresivos. No tenía ganas de nada, me había separado en la vida de lo que más había llegado a querer. Pero un día, después de unos meses a la sombra, recordé que antes de la muerte de Sarah, ya de vuelta en la universidad, te volví a ver, Francine. Sin saberlo, me ayudaste a recuperar las ganas de vivir.

Fue entonces, cuando nosotros comenzamos a salir oficialmente. Mi padre aprobó rápidamente nuestra relación porque sabía que, si yo estaba entretenido saliendo contigo, me olvidaría fácilmente de Delia. Y así fue. De vez en cuando ellas dos regresaban a mí en algún sueño, en alguna extraña pesadilla en la que las veía atrapadas en aquel hotel de mala muerte en la Habana, con los disturbios en las calles y el cielo tiñéndose del color de la sangre, y mi primo cayendo desde la ventana del apartamento; con ese sonido estruendoso que hicieron sus huesos y su carne al explotar y llenar de rojo el suelo de la calle. Debí haber muerto yo en su lugar.

Pero inexplicablemente, cada vez Delia, Sarah y mi primo Jeremy se hacían más lejanos y más confusos. No sé si fue cosa de los fármacos, pero un año después del suceso, yo casi no las recordaba. Mi mente no ponía mucho interés en revivir esa época. Era como si el tratamiento al que me había sometido mi padre hubiese hecho un terrible efecto, y yo volviese a ser el mismo chico que era antes de conocer a Delia.

Te tenía a ti. Nos jurábamos amor eterno y las cosas nos iban bastante bien. Fueron pasando los años, fuimos haciéndonos mayores, progresando, viajando, cenando, hospedándonos en hoteles... La cómoda vida de la clase alta americana nos sumió en una especie de letargo, en una burbuja en la que nada podía perturbarnos. Te propuse matrimonio, creyendo que eras definitivamente la mujer de mi vida. Aceptaste. Llegaste un día a casa, cuando todavía planeábamos la boda y me propusiste hacer el viaje al Caribe. Por curiosidad, y te juro

que sin intenciones de serte infiel, te dije que fuésemos a Cuba para ver si podía ver a Delia y pedirle perdón por todo lo ocurrido.

Sin embargo, apenas lo dije, me dio miedo; había algo dentro de mí que, cada vez que pronunciabas el nombre de la isla, se revolvía y me angustiaba, pensaba de nuevo en mi primo Jeremy. Pero tú estabas tan emocionada, y yo tenía como misión tan solo velar por tu felicidad, que acepté que hiciéramos el viaje. Creía que sería un viaje de esos para tumbarnos en una playa de arena fina a beber mojitos, alejados del ajetreo de la vida moderna. Creía que sería un idilio, un remanso de paz y comodidades en un hotel de cinco estrellas, con aire acondicionado y servicio de desayuno en la cama, un viaje del que regresaríamos los dos afianzando nuestro amor y dispuestos a dar el grandioso paso de jurarnos amor eterno… y quizás tendría la oportunidad de hablar con ella, si aún seguía allí; y así liberar a mi corazón de todo el dolor que tenía, a pesar de todo, por la pequeña Sarah.

Pero no fue así. Cuba fue tanto para ti como para mí una sacudida interior. Tú llegaste y enseguida conectaste con otra forma de pensar y de vivir, que te hizo replantearte tus sentimientos. ¿Crees que no me di cuenta? Claro que lo noté. Noté eso y muchas más cosas que en mi interior bullían: sensaciones reencontradas, olores, vagos recuerdos que acudían a mi mente. Traté de mantenerme frío y de no hacer caso, pero eran tan intensas esas sacudidas que me sobrecogían, que al final se hacía imposible ignorarlas. Opté por no decirte nada y me refugié en el alcohol. Tú te ibas a tus paseos, yo me pasaba la mañana en el hotel intentando no colapsar por esa confusión total que me abrumaba, por esos recuerdos.

Esa noche que me fui del hotel, fui a buscar a Delia. A saber dónde estaba, pero no la pude hallar. Descubrí que ella ya no vivía allí en Cuba; según me dijeron en su antiguo trabajo. Me sentí terriblemente mal, por estar haciendo y por saber que te estaba presionando y haciéndote daño. Estaba desesperado y solo quería casarme contigo para librarme de todo.

Sinceramente, creo que hice bien marchándome, porque ambos estábamos viviendo nuestros procesos paralelamente, y mi cabeza no hubiese sido capaz de explicar lo que me pasaba. Opté por huir, por dejarte en la isla hasta que yo consiguiese aclarar lo que me estaba sucediendo.

Llegué a los Estados Unidos, dispuesto a descubrir la verdad, o a volverme loco por completo. Antes de llegar al colapso, lo primero que hice fue reencontrar las cartas, los videos y las fotografías que me había enviado Delia. Volví durante unos días, una y otra vez a esos años. Recordé todos esos días felices, la sonrisa de la pequeña Sarah y los ojos preciosos que tenía Delia. Recuperar esas memorias hizo que

cambiara algo en mi interior. Creía que si quería cerrar, de una vez por todas, ese capítulo de mi vida debía encontrar a Delia y contarle lo que aquella desastrosa noche había pasado.

La comencé a buscar por todas partes. Rastreé sus pasos valiéndome de la influencia y de los contactos que había hecho en la administración pública. Hoy día, en los registros del estado hay tanta información de ti que podrían adivinar hasta la marca de tu dentífrico preferido, así que no me costó encontrarla sobornando a un par de funcionarios. El registro decía que Delia vivía en un apartamento de un pueblo a dos horas, y se había cambiado el nombre por Loretta Duncan. Era profesora de biología en un instituto.

Armándome de valor, reservé una habitación con un nombre falso en el único hotel del pueblo, el hotel Remington y me instalé allí durante unos días. Quise ser cauteloso, sabía que a Delia no le haría ninguna gracia verme. Tomé todas las precauciones posibles hasta acercarme a ella, y efectivamente, lo primero que hizo al verme aparecer por la cafetería donde corregía unos exámenes fue arrojarme la taza de café caliente a la cabeza. Como era previsible; me odiaba. Me atribuía toda la culpa de la muerte de su hija Sarah, y de su posterior declive alcohólico. No estaba dispuesta siquiera a escucharme.

Tardé varios días en conseguir que me otorgase tan solo un minuto de atención. Le expliqué lo ocurrido aquella noche, le conté lo del avión, cómo el piloto había impedido que llegara a la isla, dejándome inconsciente, y cómo mi primo había sido secuestrado por la policía secreta cubana.

—¿Y por qué debería creerme yo todo eso? —me espetó con la mayor indiferencia después de escuchar los horrores de mi desgracia.

—Porque es verdad.

—Por tu culpa murió Sarah. No pretendas que todo cambie por haberte visto ante la amenaza de un accidente de avión

Me derrumbé. Lloré todo lo que en estos años había sido incapaz de llorar. Ante su dureza se derrumbó mi fachada, mi masculinidad, la imagen de hombre duro que yo creía representar. Lloré sin parar durante horas, me convertí en un niño que tan solo pedía clemencia. Finalmente, Delia me creyó. Aunque tardó unos días, finalmente me logró perdonar, y mi corazón reencontró en ella el amor pasado que ella fue: mi primer amor.

Maneras comunes

Todd hizo una pausa dramática, y apartó por un momento su vista de la ventana. Me miró a los ojos, mi corazón estaba latiendo a cien por hora. En ese momento vi que Todd estaba llorando.

—¿Qué quieres que te diga Francine? No pude evitar que resurgieran mis sentimientos hacia Delia.

Todd pronunció estas palabras que se me clavaron como un fino cuchillo de hielo sobre varios puntos de mi cuerpo. Esencialmente en el corazón.

—Pero no por ello he dejado de amarte… —prosiguió.

—Todd… ¿La quieres?

—Sí. Pero también te quiero a ti...

—¿Y ella te quiere, Todd?

—…

—¡Responde, por favor!

—… sí.

Sonreí, pero para digerir mejor otra puñalada que me acababa de dar. Se me derramaban las lágrimas. Haciendo un considerable esfuerzo, me puse en pie.

—Entonces… ¿por qué nos hemos casado? Explícamelo, Todd.

—Porque eso no hace que nosotros nos queramos menos.

—Tú no me quieres, Todd. Nunca me has querido. Siempre has sido tan… tan antipático con las personas, que nunca has sabido complacer ni querer a nadie…

—Eso era antes, Francine, ahora ya he descubierto quién soy realmente…

—Y también has descubierto que tu nuevo yo quiere a otra persona… Pero te voy a decir que no me importa, Todd. No me importa que no me quieras porque tú y yo nunca supimos querernos el uno al otro. Yo te idolatraba, y me sentía a gusto teniéndote a mi lado. Pero en Cuba descubrí que mi vida podría ser de otra manera, de una manera en la que no estuvieses tú, y yo sería igualmente feliz. Esa posibilidad me pasó por la cabeza una y otra vez durante el tiempo que lo pasé en la isla. Yo podría ser feliz sin ti Todd, y tú sin mí. Fuimos necesarios el uno para el otro en algún punto de nuestras vidas, y luego… luego nos distanciamos. Ahora hemos terminado casándonos por el miedo a decirle a la otra persona que nos hemos desenamorado, que ya no queremos seguir viviendo junto a él.

—…Y si tú lo tenías claro, ¿por qué volviste a los Estados Unidos

para casarte, Francine?

—Volví porque necesitaba equivocarme. Seguramente si no hubiese vuelto, si me hubiese quedado en Cuba y no nos hubiésemos casado, jamás me habrías dicho que tú tampoco me amas. Nos habríamos separado sin entender las auténticas causas del fracaso de nuestro matrimonio: que no hay amor que lo sostenga. Aunque nos mintamos, como hice yo conmigo misma, convenciéndome de que yo quería lo que tenían Alfred y Marianne.

—¿Quiénes?

—Unos amigos que conocí en Cuba… vaya. Acabo de recordar que no te conté nada de mi parte en solitario del viaje. No te conté nada de cómo casi me ahogo en el mar; de la genial pareja que hacían Alfred y Marianne, de lo mucho que aprendí de Melisa, del babalawo…

—Babala… qué?

—Babalawo. Son unos sacerdotes de la religión santera cubana que te curan de hechizos y maldiciones, y te pronostican el futuro..

Todd hizo una mueca de escepticismo.

—Por cierto, mi augurio se ha cumplido. El babalawo me dijo que tenía que sacrificar algo, para evolucionar y continuar mi camino.

—¿Y qué es lo que se sacrifica?

—¿No lo ves? —sonreí. “Nuestro matrimonio.

Todd calló.

—¿De verdad quieres terminar con lo nuestro?

—Sí. Será lo mejor para ambos. Tú quieres a Delia, y yo… yo quiero explorar el mundo. Explorar la vida. Todavía soy joven, quiero regresar a Cuba, comenzar mi vida de nuevo allá, o en otra parte… donde el corazón me lleve.

Todd respiró hondo. Rellenó dos vasos de whisky y me acercó uno. Bebimos en silencio, parecía que en ese momento sobraba toda palabra, estuvimos varios minutos tan solo escuchando el tic tac del reloj y algunos de los ruidos de la noche en la ciudad. Finalmente, Todd se resolvió a romper su pensativo silencio.

—De acuerdo.

Nos abrazamos, y ya comenzaba a despuntar el día.

La carta de Alexis

Ya habíamos cerrado de la manera más sana ese tortuoso capítulo de nuestras vidas para dar paso a mejores cosas. No había podido pensar mucho en Alexis luego de todo lo que nos había pasado a Todd y a mí, pero allí seguía en mis pensamientos. Si tan solo supiera que entregué su carta el mismo día de mi boda. Creo que estaría muy feliz de saber que pensé en él, el día que me casaría con quien Alexis consideraba su rival.

Entre tanto ensueño, se apoderó de mí el deseo de llamar a Martha para saber si había alguna respuesta sobre su carta, pero al intentar comunicarme con ella, noté que no se encontraba en su casa. Llamé a su móvil y me contestó rápidamente:

—Francine, querida, ¿ya te divorciaste? —me preguntó sin siquiera haberle dicho una sola palabra.

—Sí, pero no te estaba llamando por eso.

Escuché la risa de Martha del otro lado del teléfono. Qué capacidad tiene esta mujer de ser sabia e insolente al mismo tiempo.

—Me lo esperaba.

—Escúchame, Martha. Sé que no estás en tu casa, pero…

—Lo siento, amiga. No me puedo quedar a hablar mucho. Ya voy a despegar y no pienso aceptar más llamadas, mientras esté de vacaciones con Anna —me interrumpió.

—Vale, Martha, pero…

Me colgó y no me dejó decirle más sobre la inquietud que tenía. Ni siquiera sabía cuándo volvería a su casa. No podía angustiarme mucho al respecto, pero sinceramente quería saber sobre Alexis. Probablemente no había llegado aún a Milán, o acaso salido de Cuba, pero la ansiedad me devoraba. Era como una adolescente que deseaba saber cuándo llegaría, finalmente, el amor a su puerta.

Pasaron, exactamente, y sí, los conté, 63 días, en los que pasé esperando que llegara Martha de sus vacaciones. La estuve llamando por lo menos tres veces al día, durante esos días. Mamá, con quien me había mudado de vuelta, me decía que dejara a Martha en paz, y que por qué no me buscaba a un hombre decente para que reemplazara al “desgraciado de Todd.

—¿Todd no tiene algún amigo, o algún primo, hija? —me preguntó.

Ni me esforzaba en contestarle esas preguntas a mamá. Entendía que le frustrara el hecho de que no permaneciera casada con Todd,

quien era millonario y tenía todo lo que 'una mujer podría desear' pero no podría explicarle a mamá que me había enamorado de Cuba y de su gente sin que me dijera 'si te escuchara tu padre' quien claramente ya me había escuchado también y estaba totalmente en contra de que pretendiera llevar mi vida en Cuba o casada con 'alguno de esos comunistas locos'.

No podía explicarles a ellos, tan conservadores, lo que significaba para mí ese viaje que tuve y las experiencias que me había hecho vivir Alexis y toda la gente cubana. Jamás lo entenderían, pero yo sí los entendía. Ellos querían lo mejor para mí, aunque eso no tuviese nada que ver con mi verdadera felicidad.

Cuando finalmente me pude comunicar con Martha, me dijo que había llegado una carta de Italia a su buzón, con el nombre de Alexis.

—Ya yo la leí, y creo que vas a querer venir a leerla lo más pronto posible —me dijo en el teléfono—. Pero vas a tener que traerme algo para convencerme de que te la entregue.

—¿Qué rayos te voy a llevar a ti, Martha?

Qué amiga tan pesada me gastaba.

—Pues, no sé, ¿qué te parece una botella de whisky de esas de tu ex-esposo?

—¿Me estás hablando en serio, Martha?

—Claro, Francine, ¿crees que bromearía con una botella de escocés?

Suspiré y accedí a su petición absurda. Estaba dispuesta a hacerlo todo por leer esa carta; hasta ir al apartamento de Todd a pedirle una botella de whisky.

Cuando llegué a casa de Todd, me recibió con una sonrisa y me presentó a Delia. Era un poco absurdo pensar que hace un par de meses me había divorciado de él, y ya, después de tan poco tiempo, estaba en su casa contándole sobre Alexis y mis planes de saber qué era de su vida, y quizás mudarme a Italia.

Delia estaba fascinada conmigo y le explicaba a Todd, frente a mí, que notaba la pasión con la que tomaba mis decisiones, guiadas por un profundo sentimiento de amor, tal como él le había comentado, aparentemente a ella en sus misivas. No lo había visto así, y me halagó la idea.

La verdad es que creo que nunca me había sentido tan feliz de estar con Todd, y no me imaginaba que sería cuando estuviese con otra mujer. Era evidente que Todd ahora sí era feliz.

—Sin ningún problema, Francine —me dijo tan pronto le pedí la botella de whisky—. ¿Y sabes qué? Llévate dos para que en Italia brindes con el doctor.

Él ya no sentía ningún tipo de celos por mí. Realmente me alegraba ver que estaba frente a un hombre reformado y cambiado. El

amor obraba de maneras maravillosas en sus vidas, y sabía que me deparaba unas cuantas a mí también.

Me despedí de ellos y fui directo a casa de Martha. Allí me esperaba, tras la reja, con la carta en la mano. Me sentí como si estuviera haciendo un intercambio con algún criminal.

—El whisky —me dijo sin siquiera saludarme.

—La carta —le dije siguiendo su juego.

Solo ella rió, nos entregamos ambas nuestras partes del trato y cerró la puerta. Escuché su risa desde dentro y a Anna con ella celebrando por su nueva adquisición. Seguro que pasarían una buena noche, y yo no podía creer que había sido más fácil negociar con mi ex-esposo, que con mi mejor amiga.

Sin siquiera esperar a irme del portal de su casa, abrí la carta y la leí. Estaba demasiado emocionada como para llevármela a leerla en otro sitio.

—Amadísima Francine,

Para el momento en que leas esta carta, seguramente ya serás una mujer casada y estarás feliz con tu marido, pero sé que agregaste tu dirección en la carta que enviaste acá a Milán, con la firme intención de saber que estaba bien, que estaba fuera de Cuba y que había podido salir de allá, gracias a ti.

Estoy en Milán, por fin. Estoy feliz de haber llegado a Europa. Acá la vida es muy distinta. Te cuento que logré salir debido a un diagnóstico falso que solicitaba que fuese recluido con mi familia acá en un sanatorio. Me alegra poder decirte que estoy buscando un trabajo acá. Mi tío me recibió y con ellos estoy comenzando a hacer mi vida acá.

Te extraño y me gustaría verte pronto por acá. Puedes ver mi dirección en la carta, por si viajas a Milán y deseas verme. No pienso interponerme en tu matrimonio, pero quiero que no olvides lo agradecido que me siento contigo.

Solo te repito, porque quiero que lo sepas, si vivieras conmigo en Italia, sería capaz de darte una vida mucho más feliz que la que te dará tu marido. Ven a visitarme, que acá todos te recibiremos como una compatriota más.

Te amo,
Tu Alexis.

29

L’amore

Pasaron tres meses en los que estuve trabajando duro en dos empleos para no irme a Italia sin dinero; ya no tenía acceso a las tarjetas de Todd, por lo que no podía viajar ciegamente, creyendo que todo iba a estar pagado, sin importar lo que costara. No pretendía pedirle ayuda a Todd, aunque probablemente no me la negaría. Era momento de tomar las propias riendas de mi vida.

Le escribí una carta en respuesta a Alexis, pero no había recibido una nueva misiva de su parte. Me imaginé que estaría ocupado con su nuevo trabajo, en caso de que ya lo hubiese encontrado, por lo que no me angustié en particular por el hecho.

Me sentía feliz de que, tal como Alfred me lo había pedido, pude ayudar a un cubano a escapar de la isla; y sobre todo, me llenaba el alma de gozo saber que lo había hecho para que el hombre que amaba, huyera de las fauces de todo aquello de lo que deseaba apartarse. Veía todos los días, a toda hora, el brazalete que él me regaló. Lo llevaba puesto todo el tiempo y hasta me bañaba y dormía con él.

Volé durante casi once horas, haciendo escala en Dublín, y, tan pronto aterricé en Milán, en el aeropuerto de Linate, lo primero que hice fue tomar un taxi e ir a la dirección de la carta de Alexis. No os imagináis lo complicado que fue llegar allí, sin saber una palabra de italiano. Todo era “grazie” para mí, y de los letreros solo entendía “pizza” o “pasta.

Emocionada, llamé al timbre de la casa, y me recibió un joven italiano rubio, que me echó unas miradas un tanto atrevidas, pero que ignoré por el objetivo de mi búsqueda. Le pregunté como pude por Alexis, pero el chico no me entendía nada de lo que le decía. Intenté hablar con él en inglés y me dijo lo que todos saben decir en inglés: —Sorry, I don’t speak English.

Me fui frustrada y me senté en una pizzería. Probablemente no había entendido bien la dirección, así que le pregunté al dueño de la pizzería, que probablemente sí hablaba mi idioma. Efectivamente, nos pudimos comunicar y me confirmó que la casa que había visitado era exactamente la de la dirección que tenía, pero que muy probablemente la persona a la que estaba buscando ya se había mudado de piso.

—Es muy normal que la gente cambie de vivienda acá en Europa, por cuestiones del arrendamiento, el precio y sus empleos —me

comentó.

—Pero es una persona que no se perdería fácilmente en Italia —le expliqué—. Es un cubano.

Al mencionarle esto, el hombre sonrió y me preguntó:

—¿Alexis?

—Sí, ¿lo conoce?

—¡Claro! Alexis vivió en esa casa por un par de meses, pero consiguió un trabajo lejos y se mudó —me dijo—. Pero, deme su número de teléfono y venga en un par de días. Haré contacto con varios amigos, que podrían saber algo de él y así le puedo ayudar a localizarlo, señorita, que creo que usted ha venido a Italia a ver a su amigo, pero se va a querer quedar porque Milán es una ciudad hermosísima.

Le agradecí y salí de allí a buscar un lugar dónde hospedarme, ya que, antes de llegar a este punto, tenía la certeza de que encontraría de inmediato a Alexis y no tendría que pagar hospedaje. Así que tomé mis maletas y rodé por las hermosas calles de Milán; en las que me perdí, di vueltas y estaba maravillada por cada una de las esquinas, edificios y piedras del camino. Era una hermosura, de la que, tal como me dijo el pizzero, me enamoré velozmente. Sabía que me encontraría con una ciudad hermosa, pero no tenía idea de que tanto.

Me sentí, de alguna forma, en Cuba. Sé que estaba muy lejos de allá, y que en general, la experiencia era muy distinta; sobre todo cuando vi un Starbucks, y todas las franquicias que estaban en mi país, pero había algo en el ambiente, en la gente, que se parecía a ese espíritu que se vivía en Cuba. Era algo que le debía comentar a Alexis tan pronto lo viera.

Conseguí hospedaje en un hotel de lo más acogedor, y no tan costoso, en una zona llamada Lampugnano, desde la que podía llegar fácilmente a la pizzería para volver a encontrarme con el dueño, quien me llamó luego de dos días. Dos días, que, en ese momento, me parecieron los más largos de mi vida.

Sin embargo, durante ambos días, paseé tanto y conocí tantas cosas, desde el Duomo di Milano hasta la ópera en el Teatro alla Scala, que terminé enamorada de la ciudad. De verdad, me aburría tanto en Estados Unidos. Mi destino probablemente era este; viajar por el mundo junto al verdadero amor de mi vida, con quien pronto estaría.

Mi corazón latía rápidamente cuando volví a la pizzería. El dueño me sonrió y me dijo:

—Te pude haber dado la dirección por teléfono, pero te quería regalar una de nuestras pizzas para que veas por qué tu amigo venía tanto para acá.

Agradecí su gesto y, con el hambre que tenía, a pesar de las ganas de estar con Alexis, no pude evitar aceptar su generosidad. Me comí la

pizza e insistí en pagarle, pero como no me lo permitió, le dejé una propina bastante alta. Estaba muy feliz de saber que la gente era tan amable en tantos sitios del mundo, e incluso en situaciones tan distintas.

El pizzero me dijo: —dile a Alexis, que Gennaro, el *pizzaiolo*, le manda saludos.

—Se los haré llegar, señor Gennaro. Muchísimas gracias y que tenga buena tarde —le respondí y me despedí.

Tomé un taxi hacia la casa de Alexis, que se encontraba en una municipalidad llamada Basiglio, en las afueras de Milán. El taxista intentó hablar conmigo, pero al notar que no hablaba en italiano, puso una cara de pocos amigos. No entendía cómo a algunas personas no les gustaban los turistas… ¡y mucho menos, cuando su trabajo está financiado principalmente por los turistas!

Eran casi las 4:30 cuando salí y llegué en media hora. Cuando me detuve frente a la puerta, sentí escalofríos paseando por todos los rincones de mi cuerpo. Llamé al timbre y sentí que el sonido era mi corazón desesperado gritando a viva voz.

Medidas Desesperadas

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho… Pasaron nueve segundos para que él abriera la puerta. Yo me sorprendía demasiado de este nuevo vicio de contar el tiempo de las cosas, de sentirme tan ansiosa como una adolescente enamorada.

Y cuando le vi de nuevo, sentí que me iba a desmayar, tal como me pasó en Cuba varias veces. Creo que esta situación me estaba volviendo loca. Él sonrió, me abrazó y estaba viviendo el momento más feliz de mi vida hasta ahora. Por fin, estaba con él, luego de meses de larga espera, de un divorcio, de una frustración y un cambio total.

—¡Francine, no lo puedo creer! ¿Cómo llegaste hasta acá?

—En avión —le respondí torpemente, y de inmediato me di cuenta de lo tonta que había sido mi respuesta. “Gennaro, el pizzaiolo, me ayudó a encontrarte luego de que te buscara en la dirección de tu carta. Me dijo que te habías mudado para acá; así que quise llegar hasta acá para verte. Por eso vine a Milán.

Su cara no dejaba de demostrar sorpresa. Quería pasar con él a su casa y que nos besáramos e hiciéramos todo lo que me había negado a hacer antes por todas las confusiones que tenía en ese momento.

—Te traje una botella de whisky, Ale —le comenté con confianza.

—¡Qué maravilla! Muchas gracias.

—¿Podría pasar? —le pregunté un poco nerviosa, pero claramente buscando hacer presión.

Alexis cerró la puerta de su casa y me dijo: —¿Por qué no me acompañas a tomar un café acá cerca? Tienes que probar el café italiano.

—Lo he probado, y me encanta.

—Pero no te has tomado uno conmigo —me dijo con picardía—. Y además, el de Starbucks no cuenta.

Ambos reímos y nos fuimos a por ese café. Amaba lo simpático que era él conmigo. Deseaba estar bajo las sábanas de su cama con Alexis, pero esa era una Francine desenfrenada que estaba muerta del deseo por ese hombre que se había apoderado de mi corazón en La Habana, y que había tenido que dejar ir, por razones ajenas a mi voluntad, aunque yo no supiese que eso era así.

Nos sentamos en el café y me agradó escuchar cómo Alexis hablaba en italiano con todos allí, me preguntaba a mí qué quería y luego se lo decía al camarero en un perfecto italiano… o al menos a

mí me parecía perfecto.

Era encantador saber que a él le estaba yendo tan bien en Milán. Me contó que estaba trabajando en un hospital muy cerca de la localidad de Basiglio y que se sentía muy feliz de estar lejos de lo que le estaba haciendo sufrir, y muy cerca de su familia.

—¿Y hay muchos cubanos acá, Alexis? —le pregunté con curiosidad.

—Pues, cada día somos más acá y en varias partes de Europa. Me dicen que en Madrid hay muchísimos. Tengo un sobrino que vive por allá y la verdad es que está muy contento con España.

Me sonrío y me tomó las manos, y yo sentí cómo el calor de sus manos grandes y fuertes me llenaba de fuego el cuerpo entero, desde mis dedos hasta mi vientre, donde se concentraban cierto deseo y cierta pasión.

—Gracias a ti pude salir de allá. Y como muchas personas más, que han sido ayudadas por extranjeros, tú me diste una nueva vida, por la cual te agradezco mucho, Francine.

—No tienes nada que agradecerme. Todo es 'gracias a la mano invisible de los corazones solidarios', Ale —le dije guiñándole el ojo.

—No es la primera vez que escucho eso —me confesó sonriendo, y de inmediato me preguntó: —¿Y cómo está tu marido?

Estaba bebiendo mi café y tuve que resistir el impulso de escupirlo, tan solo por la mención de Todd en este momento.

Le expliqué todo lo que había pasado y él se quedó sorprendido.

—Sé lo duro que fue ese momento, y no me extraña lo que me cuentas del primo de Todd. Muchos americanos fueron secuestrados a cuenta de ser aparentes espías. Y los militares de mi patria no se caracterizan por ser los más piadosos, déjame que te diga, mi hermana —me confesó triste.

—Pero eso no tiene importancia. Ahora estás acá, y ahora estoy yo a tu lado, para que comencemos una vida juntos.

Me acerqué a besarlo, y esta vez fue él quien se apartó de mí. Lo miré extrañada y muy dolida. Este momento era aún más incómodo que aquel en el hotel en La Habana.

—Francine, escúchame bien lo que te voy a decir… —comenzó a decirme las palabras, que probablemente me dolerían más en la vida.

—… no te quiero engañar diciéndote cosas que distan de nuestra realidad, pero todo ha cambiado muchísimo. Yo te amé mucho, y por muchos meses te extrañé, es verdad. Sin embargo, debo ser muy sincero contigo. Creo que te lo debo. Agradezco muchísimo que hayas venido hasta acá a visitarme y, sobre todo, que me hayas ayudado como lo hiciste para que pudiese salir de la isla, pero debo confesarte varias cosas que probablemente harán que me odies, y odies a mi pueblo cubano, por el resto de tu vida, pero como te dije en la carta

que te escribí esa noche en la que me dejaste tu mano marcada en el rostro, sé que me entenderás, porque tienes un corazón grande.

Alexis bebió todo su café de un sorbo y se llevó ambas manos a la cabeza, antes de seguir contándome lo que había sucedido.

—Yo sí te amé, te amé en verdad, pero, en gran parte te quería seducir para que me sacases de la isla. Y te lo digo porque sé que soy un desvergonzado; porque me parecías hermosa y además tenías la nacionalidad americana. No quiero que lo veas así, pero…

—Yo era tu pasaje de salida —le interrumpí con el corazón destrozado.

—Sí, un poco así, pero, por favor, entiéndeme, Francine Las cosas en Cuba no son tan bonitas cómo las ven ustedes los que no son nativos de la isla.

—Yo me enamoré de ti, por completo. ¿Lo sabes? Pensé de inmediato en ti, tan pronto me divorcié de Todd, y ahorré como pude para llegar a ti, Alexis.

—Y lo siento mucho, Francine, pero eso no es todo.

En el fondo de mi corazón sentí cómo se iban despedazando cada una de mis ilusiones, mis sueños y mis ganas de amar, y sobre todo, de amarlo.

—¿Qué más pasa, Alexis? —le grité con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy casado, Francine. Me casé aquí en Italia.

Alexis ya no me podía ver a los ojos, miraba hacia todas las direcciones y tenía los ojos inundados en lágrimas. Sabía que no estaba orgulloso de su realidad, pero estaba siendo sincero conmigo, probablemente porque no le parecía justo todo lo que estaba ocurriendo.

—Tienes que entenderme. Son las medidas desesperadas a las que recurrimos quienes no conocemos más que miseria, querida Francine —me explicó llorando—. Yo te amé. En serio te amé. Y te esperé tan pronto llegué, pero necesitaba asegurar que no iba a ser deportado de Italia. No quería regresar a Cuba. Y estando acá me enamoré de una italiana, Francine. Conseguí tener mis papeles legales y ya estoy viviendo una vida soñada. Tengo un coche, tengo tranquilidad, y mi esposa está embarazada.

No lo podía creer. Todo lo que soñaba me lo había destruido en cuestión de minutos. Me sentía como si yo no hubiese nacido para amar a nadie. Pero, en cierto modo me alegré de saberlo ahora y no después de años en un romance, o, en caso de que él no se hubiese casado, de habernos casado y vivido juntos, y que, en alguna discusión, me sacara eso a la luz haciéndome profundamente infeliz. Quizás Alfred ya me lo había dicho, de alguna u otra forma, cuando me comentó sobre el deseo de muchos cubanos; y el propio Alexis

también cuando me entregó la carta, pero no entendía nada.

—Espero de verdad que algún día me puedas perdonar, Francine.

Le di una cachetada, y le arrojé el brazalete que me regaló en el hotel, aquella noche en la que creía estar convencida de que mi felicidad estaría con Todd. Me fui del sitio con los ojos bañados de ese color del dolor que tanto me había acompañado durante mi relación con Todd. Me fui de Milán, me fui de Italia, y no volví hasta allá en muchos años.

Rompiendo récords

Ha pasado tiempo ya desde ese segundo día de casada en el que Todd y yo decidimos separarnos. Quizá batimos el récord de matrimonio más rápido de la historia, pues a las pocas horas de tener aquella conversación, firmamos de mutuo acuerdo los papeles del divorcio. Y cómo les conté él se marchó con Delia, que, efectivamente era la mujer del coche blanco. La conocí, y puedo decir que se trataba de una mujer muy simpática, algo mayor para él y un poco triste a veces, quizá debido a las amarguras que le ha deparado la vida. Pero Todd es feliz con ella. Se marcharon de la ciudad, viven en el pueblo donde ella da las clases en el instituto público. Todd ha abierto una pequeña sucursal del bufete de su padre, donde tan solo acepta trabajos pequeños, como divorcios, herencias... Viven tranquilamente y sin grandes aspiraciones. No se plantean tener hijos, cosa que me parece bastante acertada, viendo el triste destino que corrió la pequeña Sarah. Definitivamente hay gente que no está hecha para la paternidad.

Alfred y Marianne, murieron juntos en su casa del Reino Unido, veinte años después, luego de criar a un joven cubano que adoptaron, y que, probablemente, tuvo a los mejores padres que pudo haber tenido. Solo espero que ese niño no tenga los hábitos de festejar del padre.

De Alexis no escuché más y no quería escuchar más, la verdad. Entendía su situación, pero me sentí usada vilmente. Llegué a viajar a Milán de nuevo con mi nueva familia, pero no hubo, ni habrá intereses de volver a entablar siquiera una conversación con él.

Como podéis ver, mi vida ha cambiado mucho desde que me casé y me separé de Todd. Dejé los Estados Unidos y traté de iniciar una nueva vida en Cuba, pues, incluso después de lo sucedido, todavía persistía en mí esa magia inusitada que experimenté el primer día en que pisé la isla. Volví a recorrer las calles de La Habana durante un tiempo, hasta que me ofrecieron un pequeño trabajo en una fábrica de café en Santiago de Cuba. Era un buen trabajo, aunque vivía en una casa pequeña sin muchos lujos.

Mantenía relaciones comerciales con los Estados Unidos, consumidores tan asiduos de esta bebida, cosa que me permitía poder hacer viajes a casa de mis padres constantemente. Conocí el Caribe: Haití, Jamaica, República Dominicana, Puerto Rico... Todos estos países me hacían ver que yo, a pesar de haber nacido en los Estados

Unidos, tenía algo de caribeño en la sangre. Enseguida me acostumbré a su ritmo de vida, a su manera de afrontar la escasez y los malos momentos, a su rebosante vitalidad… y, como no podía ser de otra manera, me enamoré de un cubano, y no uno como Alexis, sino uno que se llamaba Gabriel, un bailarín del Ballet Nacional Cubano. La música para él era un sueño, que su país había logrado hacer realidad permitiéndole bailar en los más reconocidos escenarios y junto a los más reputados artistas internacionales.

Nos conocimos, luego de varios años, cuando decidí volver a La Habana, por recomendación de mi terapista; porque sabía que era la solución a todos mis problemas, y porque era lo que de verdad deseaba de todo corazón. Incluso desde antes de ese lamentable viaje a Italia.

Gabriel era simpático, fornido, muy inteligente, culto y además me hizo sentir cosas que, al menos hasta donde me llega la experiencia, solo los hombres del Caribe le pueden hacer sentir a una mujer. Gabriel sinceramente, era todo lo que deseaba para mí, y lo supe desde el momento en que lo vi bailando por primera vez, y no precisamente ballet. Él me enseñó a bailar salsa, merengue y muchos otros bailes caribeños.

Era tan maravilloso y me sentía tan cómodo con él, que, sin dudarlo, a los cinco meses de conocernos, nos casamos. De nuestro amor, tuvimos dos hijas: Lisa y Margarita, que crecieron entre sus dos patrias, la americana y la cubana. Con el tiempo ellas se han hecho mayores, y Gabriel y yo decidimos tomar caminos separados en la vida, principalmente porque teníamos objetivos distintos en la vida… Pero no abandoné Cuba. Y creo que nunca, aunque me muera, voy a abandonar esta isla bella.

Ahora soy mayor. No me considero todavía una anciana, como probablemente era mi salvadora, la sirena Marianne, pero sí una persona experimentada que ha disfrutado de una vida plena, llena de emociones, de alegrías y ¿por qué no decirlo?, de alguna que otra tristeza ahogada por medio de las lágrimas. Sigo abierta a lo que la vida me ofrezca, sigo abierta a encontrar de nuevo el amor. En estos momentos escribo mis memorias. Escribo lo que hice en mi vida por amor, creyéndome que lo que hacía estaba sujeto a las leyes del destino, creyéndome que era el destino el que tomaba las decisiones por mí. Pero mis años de experiencia me han enseñado que no existe el destino, que lo que lleva a todos los seres humanos a moverse de un país a otro, a evolucionar, a cambiar de forma de ver la vida es el amor.

Porque el amor, es el motor que mueve el mundo. Y es el amor y no el destino, el motor que ha movido mi vida.

Table of Contents

Chapter 1: El paraíso
Chapter 2: Nuestro pasado y presente
Chapter 3: Un entorno diferente
Chapter 4: Días de Cuba
Chapter 5: Banana Bacardi
Chapter 6: Gente de Cuba
Chapter 7: Todavía aquí y completamente presente
Chapter 8: Herida
Chapter 9: Ver a Alexis de nuevo
Chapter 10: Obtención de distancia
Chapter 11: Despertar solo
Chapter 12: Sangre de Vida Cósmica
Chapter 13: Silencio secreto
Chapter 14: Bajo la Superficie
Chapter 15: Amor inesperado
Chapter 16: Un Triste Adiós
Chapter 17: La Llamada
Chapter 18: Preparativos matrimoniales
Chapter 19: Boda
Chapter 20: Despertar temprano
Chapter 21: Tesoros escondidos
Chapter 22: Viejos recuerdos
Chapter 23: El vínculo anterior
Chapter 24: Viejas cicatrices
Chapter 25: Una verdad
Chapter 26: Larga vida, largo amor
Chapter 27: Maneras comunes
Chapter 28: La carta de Alexis
Chapter 29:L'amore
Chapter 30: Medidas Desesperadas
Chapter 31: Rompiendo récords